



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### **Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### **About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

WIDENER



HN NH7A B

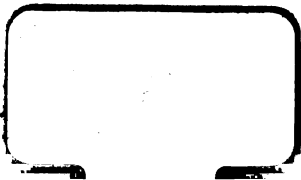
DC 8708.82.5

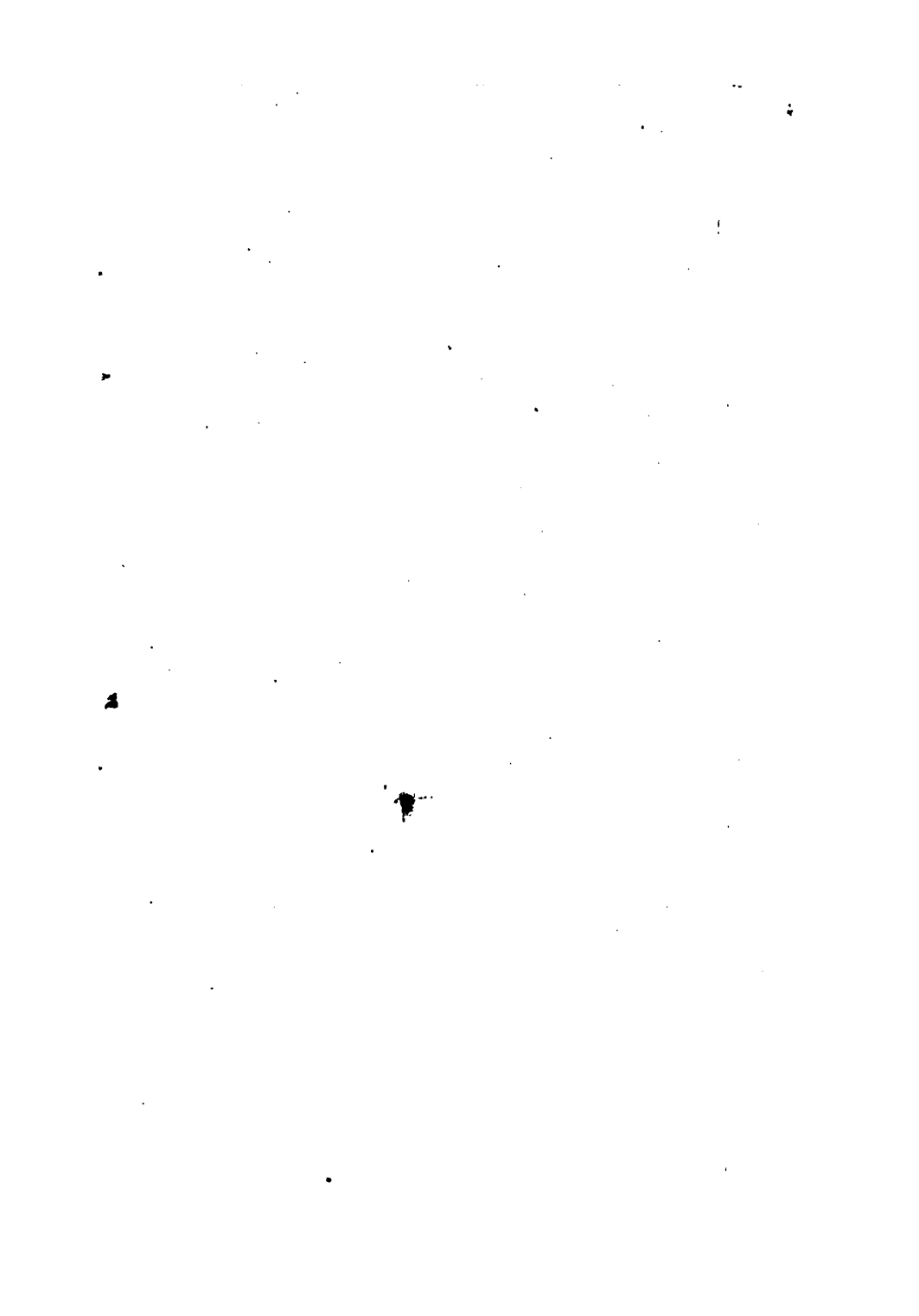
**HARVARD COLLEGE LIBRARY**  
**CUBAN COLLECTION**

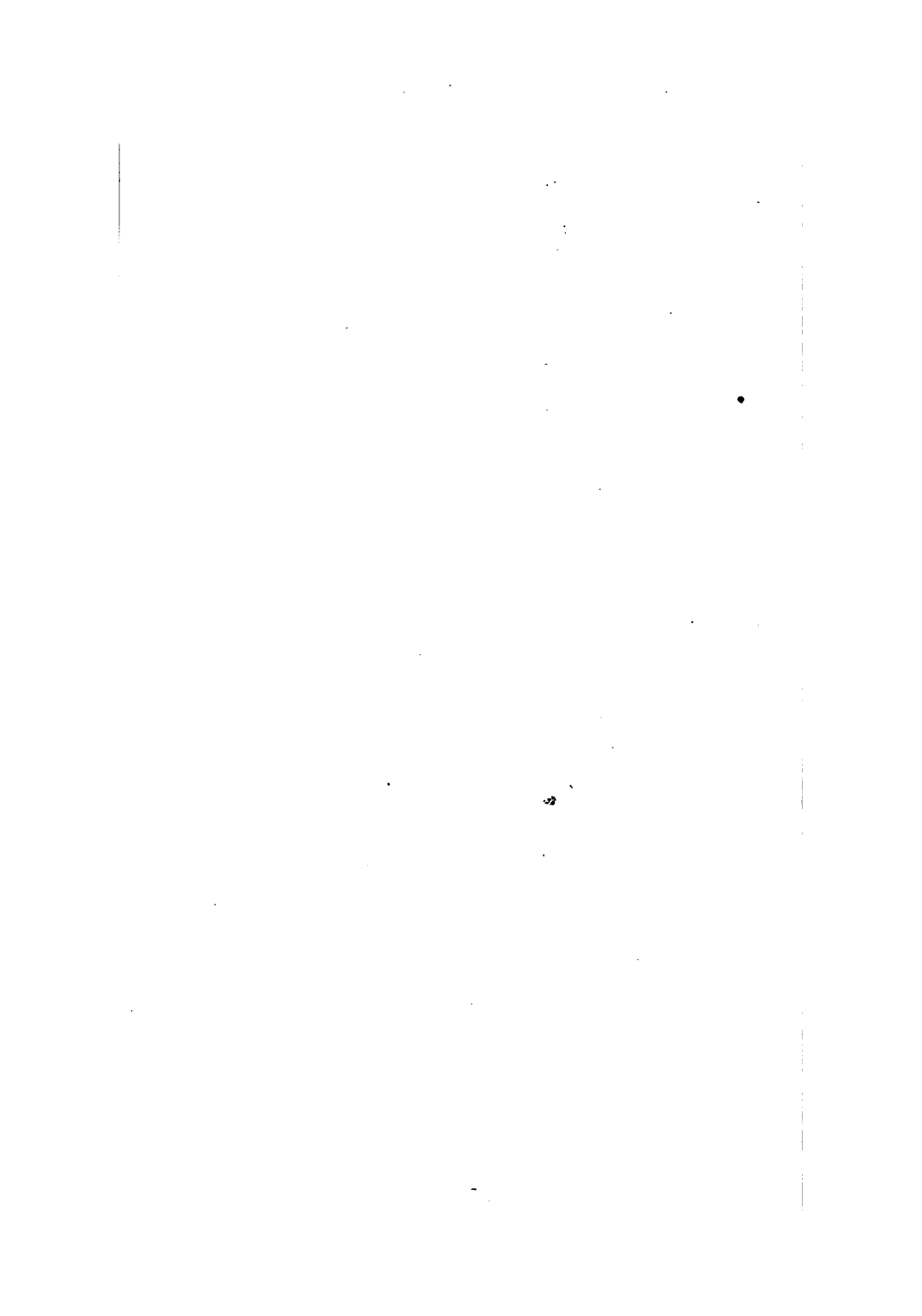


**BOUGHT FROM THE FUND**  
**FOR A**  
**PROFESSORSHIP OF**  
**LATIN AMERICAN HISTORY**  
**AND ECONOMICS**

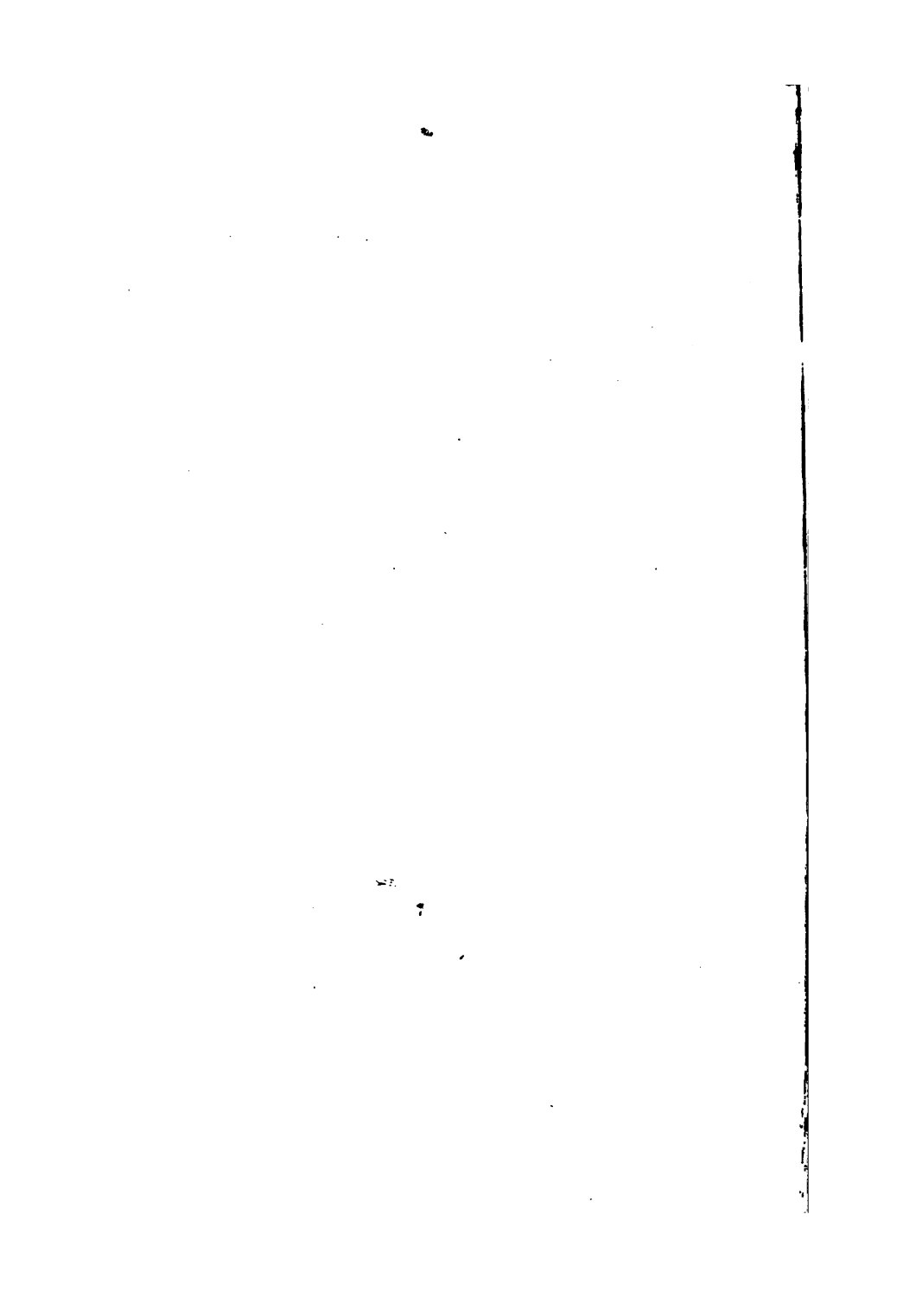
**FROM THE LIBRARY OF**  
**JOSÉ AUGUSTO ESCOTO**  
**OF MATANZAS, CUBA**







Vertical line of text or markings on the left side of the page.





# ESCENAS FILIPINAS.

NARRACIONES ORIGINALES

DE

COSTUMBRES DE DICHAS ISLAS

FOR

FRANCISCO VILA,

PROMOTOR FISCAL Y JUEZ DE PRIMERA INSTANCIA QUE HA SIDO  
DE LOS DISTRITOS DE BOHOL, BATAAN, LEYTE, SAMAR Y QUIAPO,  
EN AQUEL ARCHIPIÉLAGO,

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

de

D. RAFAEL GINARD DE LA ROSA,

y seguidas de algunas voces tagalas y visayas más usuales

entre los indios

LIBRERÍA

—Y—

~~Taller de encuadernación~~

—DE—

FRANCISCO SALA

PRADO 113, MADRID: HABANA  
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ,

Carrera de San Jerónimo, 2.

1882

Es propiedad.  
Derechos reservados.

## PRÓLOGO.

---

Al extremo del mundo frecuentado por las Naciones cultas, como último límite del progreso y postrera estación de los grandes caminos de la cultura humana, surgen del seno de las olas, cubiertas por la espléndida vegetacion de los trópicos, habitadas por laboriosa poblacion, las Islas Filipinas.

Si de algun lado puede venir el remedio de nuestros males, de nuestra postracion económica, es del lado del Oriente, del lado de la naturaleza virgen inexplorada de los trópicos, que no nos ofrece oro ni plata, como las funestas minas americanas, sino productos y materias primeras, que valen más que los diamantes de Haiderabad y que las perlas de Ceylan.

El que estas líneas escribe ha pasado los más bellos dias de su vida en aquel encantador Archipiélago, sembrado de Norte á Sur, en el Gran Océano Pacífico, como estribos del puente en construcccion que la naturaleza tiende entre las tierras

del asiático continente y las islas oceánicas, grupos de tierras reservados al porvenir de la especie humana, constelaciones de islas sobre el mar azul, que esperan, en la paz del crecimiento, á que la mano del hombre las arranque los productos de su fecundo suelo.

Comprende el Archipiélago un territorio como la mitad de la Península Ibérica, poblado por 5 millones de habitantes, y que puede sustentar á 20 millones. El clima tropical está templado por brisas constantes. Los aborígenes no oponen obstáculos á la cultura, antes bien la mayor parte hace siglos que forman una sociedad civil y política en la que reina el orden y la armonía. Su suelo fecundísimo es de fácil roturación y cultivo; sus numerosos puertos favorecen al comercio; sus productos naturales suministran á la industria incalculables elementos.

¿Qué falta, pues, para que esas comarcas, hoy como perdidas en el seno de las olas, se pongan al frente de todas las del extremo Oriente? Que nos propongamos decididamente desenvolver los gérmenes de riqueza que encierran, y que complete-mos la educación social y económica de las poblaciones que las habitan.

Tengo para mí que la causa principal de progreso en los países allende los mares consiste en la colonización, en la inmigración europea. Tes-

tigos de ello los Estados-Unidos, la Australia, la Isla de Cuba.

El europeo, por do quiera que va, despierta la aletargada energía de los indígenas, disputa sus frutos á la naturaleza enemiga, lleva el espíritu de empresa y el rumor del trabajo á las soledades, y esparce las semillas de la civilizacion y las hace fecundas donde fija su morada.

Carece Filipinas de este inmenso beneficio, pues las corrientes de la emigracion europea se dirigen especialmente hácia la Australia y el Japon, sin tocar á sus costas.

Los europeos, excepcion hecha de los frailes, que por su instituto poco pueden hacer directamente en el fomento de los intereses materiales, solo acuden al Archipiélago, los más á servir algunos años en la Administracion ó en el ejército, los ménos á enriquecerse en breve tiempo en el comercio, para volver cuanto antes á su país natal.

No hay allí poblacion europea fija, sedentaria, apegada al suelo, que allí nazca, que allí muera, porque para los hombres de la raza caucásica, Filipinas no es una pátria; y como no hay poblacion europea, no hay progreso rápido, ni movimiento, ni gran riqueza, ni esa vida, si se quiere azarosa, llena de fiebre, pero vida al fin, de las colonias australianas.

Verdad es, y no lo olvidamos, que el clima propende á relajar la fibra de los hombres del Norte, y que á la larga los enerva y abate; pero se concede al clima mayor importancia que la que en realidad tiene. El clima de Cuba es tan riguroso como el de Filipinas, y á mayor abundamiento malsano, y no obstante Cuba tiene inmensa poblacion europea.

Por otra parte, fuera empeño audaz el de aclimatar allí al europeo como brazo para la agricultura. Su destino reduciríase á poblar y hacer fecundas las extensas líneas de cultivo que se extienden al través de las islas del Archipiélago, sobre la base del trabajo libre de los indígenas, que solo necesitan de direccion y del acicate de las necesidades que crea la cultura.

Justamente la emigracion está despoblando las provincias marítimas de España: los emigrantes marchan al Africa, á contribuir al florecimiento del poder colonial de Francia; á la América del Sur, donde no siempre hallan grata acogida.

Pues bien, diríjanse esos emigrantes á nuestras islas Filipinas, que allí, en el seno de aquella pródiga y hospitalaria naturaleza, olvidarán las lacerias que los arrojaron de Europa, y por medio del trabajo y de la propiedad, conquistarán para sí holgada existencia y vastas y florecientes regiones para su Pátria.

Dilatados horizontes de esperanza se abren al pueblo español con la posesion de Filipinas, que se presenta á nuestros ojos con los atractivos de la vírgen América, envuelta en gasas de espumas, adormecida por el embate de su mar de corales y perlas, cubierta de bosques donde el mundo vegetal se entrega á una especie de fiebre creadora, y que esperan el hacha del hombre civilizado, mensajero de paz y de progreso.

\* \*

Tal es el porvenir de ese Archipiélago. Su pasado carece de interés dramático, y sus tiempos pre-magallánicos son desconocidos casi por completo.

La raza malaya que habitaba las islas, dividida en multitud de Naciones y tribus, cada una con lengua, costumbres y tradiciones diferentes, no dejó monumentos arquitectónicos, ni literarios que nos permitan apreciar su cultura.

Hoy mismo, hoy que tanto interés inspiran las tradiciones, los cantares, la literatura oral de los pueblos primitivos, ahora que hay un coleccionador incansable en cada region poco explorada, desconocemos casi en absoluto las manifestaciones del ingenio poético de aquel pueblo, no obstante que recuerdo haberle oido en sus armoniosas lenguas sencillas narraciones, sentidos cantares,

de los cuales solo los religiosos, los consagrados á relatos bíblicos y católicos, es decir, aquellos que ménos se relacionan con su modo de ser original, se han publicado y se publican por las prensas de la capital del Archipiélago.

El cuento fantástico predomina en esas narraciones de los habitantes de Filipinas. Aprisionados en el seno de una naturaleza llena de asombros, agitada por las tempestades del trópico y por el suelo cubierto de volcanes en actividad, el terror penetra en sus cantos y en sus recuerdos, y su fantasía puebla á cielo y tierra de extrañas visiones, de siniestros duendes, que ora descienden de las nubes con el rayo, ora bullen en las entrañas de la tierra con el terremoto, ora sigilosos, burlones. malignos, influyen en el ánimo sencillo de los indios, trastornando á veces hasta el orden del mobiliario de sus pobres cabañas.

Los duendes, las brujas, los gigantes de las supersticiones europeas son allí conocidos, bajo los nombres de *asuanes* y *cafres*. Tambien rodean de fantástico terror á los *tulisanes* (ladrones en despoblado) y á los grandes criminales, suponiéndoles en relaciones con los espíritus del mal. Como en España, la vida de los bandidos ocupa un lugar importante en la literatura indígena.

Por desgracia, ningun español ha cuidado de traducir y publicar esas leyendas indias, de gran



interés sin duda para juzgar del carácter íntimo, de los pensamientos de aquel pueblo, sorprendiéndole en el fondo de su hogar y de su conciencia, con sus vicios y con sus virtudes, con sus supersticiones y sus puerilidades.

Los individuos pertenecientes á las órdenes religiosas, que durante tres siglos han recogido en multitud de volúmenes cuanto se refiere á la historia, á las lenguas y á las costumbres del país, no han dado importancia, que sepamos, á las escasas producciones de la literatura oral de los indios, no obstante que nadie como los religiosos pudieran realizar ese trabajo, hallándose como se hallan en inmediato contacto con la población indígena de los campos.

Fuera de desear que algunos de los religiosos de las islas emplearan sus ócios en la detenida exploracion de los vírgenes campos de la vida intelectual de los filipinos. No mucho, pero sí lo bastante para formar juicio acerca de este asunto, se encontraría en todas las islas y en todas las lenguas que se hablan en el Archipiélago.

Hay que hacer ese trabajo con urgencia, porque gracias á nuestro sistema colonial, que consiste en la absurda asimilacion de las colonias á la madre Pátria, por distantes, por antagónicas que sean á nuestro modo de ser, en las escuelas se está enseñando á los filipinos el castellano,

amenazando así de un golpe á la pureza y gallardía de nuestra lengua y á la existencia de las lenguas filipinas, que en mi sentir debieran cultivarse y enriquecerse, no tan solo como símbolo que son del carácter nacional de los filipinos, sino tambien porque parece más razonable que los 1.000 funcionarios españoles aprendan el tagalog ó el visaya para administrar aquel país, que no que 5 millones de indios aprendan el castellano para entender á los 1.000 funcionarios.

\* \* \*

El Sr. Vila, ya que no la literatura oral de los indios, publica en este volúmen algunas narraciones de sucesos contemporáneos del país, que le sirven para pintarnos la vida íntima del pueblo filipino.

El autor, en mi concepto, peca de algun apasionamiento contra la sencilla y ruda raza filipina. Su residencia en aquel país, residencia forzada y oficial, le hacen mirar con pesimismo y desabrimiento la vida filipina, que no es mejor ni peor que la de los demás pueblos primitivos, y que por sus rarezas, sus niñerías y violencias se parece bastante á la de muchos pueblos atrasados de Europa.

No obstante esto, el Sr. Vila se ha hallado en excelente posicion para acopiar materiales destinados á formar un libro de costumbres filipinas.

Como el lector ha de juzgarlo inmediatamente, creo excusado emitir opinion alguna acerca de su

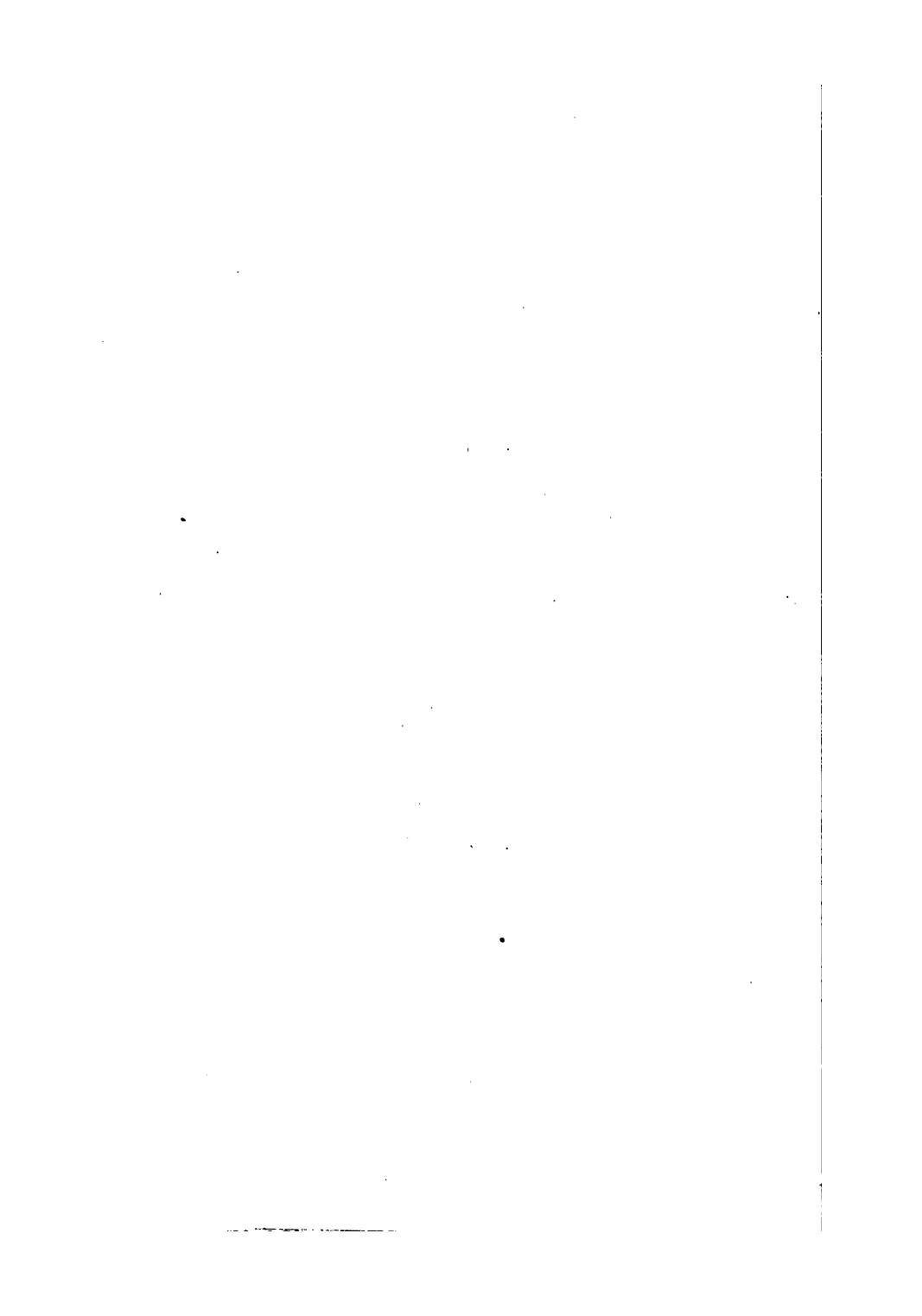
mérito literario. Puedo, sí, asegurar que en lo relativo á la lengua, á los usos, á la pintura de los tipos filipinos, hay en el libro del Sr. Vila la exactitud propia de quien habla de lo que ha visto y describe lo que ha observado sobre el terreno.

Sea, pues, mayor ó menor el mérito literario de este libro, tiene, sobre otros del mismo género, la inmensa ventaja de que no fantasea ni inventa nada, sino que refleja fielmente muchos hechos y muchos aspectos de las costumbres filipinas, cuyo conocimiento solo se adquiere despues de algunos años de residencia en aquel singular país.

Libros de la índole del que nos ocupa, libros acerca de países distantes casi desconocidos y en los que tremola la bandera española, son utilísimos, son necesarios para el conocimiento de su vida. Pocos hay acerca de Filipinas, y de ellos la mayor parte escritos por quienes apenas han habitado en aquel país, que al cabo es una porcion de la Pátria y merece gran estudio y prolijas investigaciones.

Por tratarse de materia aun no explorada, y por el acierto con que el Sr. Vila ha cumplido su empeño, le auguramos un éxito feliz y el honor de que su libro ocupe lugar preferente entre los que estudian y describen el vasto Archipiélago descubierto por Magallanes.

R. GINARD DE LA ROSA.



## AL LECTOR.

---

Dos veces, aunque no por mucho tiempo, he permanecido en el Archipiélago descubierto por Magallanes y Legaspi.

Fruto de estos viajes es el presente libro, que, á falta de otros méritos, creo tiene el de la verdad y la exactitud en cuanto en él se expone ó se refiere.

En la actual carencia de obras, principalmente de amena literatura, referentes á aquellas regiones, la presente viene á contribuir en algo á llenar aquel vacío.

Quien desee conocer con más claridad y precisión de las que un trabajo de esta índole permite mis juicios y opiniones sobre aquel remoto país, que, por razón de los cargos que en él tuve la honra de desempeñar, háme sido dado observar algún tanto, puede leer el folleto que bajo el título de *Filipinas* publiqué hace unos meses sobre aquel Archipiélago.

Y basta de advertencia.



## ESCENAS FILIPINAS.

---

### EL CRÍMEN DE MALAMANIC.

#### I

Poco tiempo despues de mi llegada á Balanga, cabeza ó *cabecera*, como se dice en Filipinas, de la Alcaldía ó Juzgado de Bataan, en la isla de Luzon, para desempeñar el cargo de Promotor fiscal en mi primera estancia en aquellas regiones, hallábame una tarde en casa del Escribano.

La conversacion durante un cuarto de hora giró sobre diversos asuntos, sin fijarse en ninguno.

Deseoso de oír la relacion de algun suceso acaecido en el país, que tal vez en otra ocasion pudiera servirme de materia con que satisfacer esta malaventurada aficion á la literatura que nunca me abandona, sean cualesquiera la situacion en que me halle ó el punto en que me encuentre, manifesté á aquel mis deseos y le rogué me lo contara.

Mala fué su primera contestacion, pues respondió que nada sabia que ofreciera algun interés.

Insistí.

Díjeme que en el Juzgado acaso habria alguna causa notable, interesante.

Entonces me refirió lo que voy á contar, y ved aquí, lectores adorados, el origen de mi conocimiento de la presente historia.

Porque desgraciadamente mi relato es una historia, rara, sencilla, triste, dolorosa, como que hay en ella dos cadáveres.

Una víctima y su verdugo, que muere luego en un cadalso.

O mejor dicho, dos víctimas.

La una de su asesino.

La otra de las pasiones humanas.

Y es una historia que, en medio de su sencillez, pinta perfectamente el país descubierta por el gran Hernando de Magallanes en 1521, aquellas gentes, aquella raza.

País hoy, triste es decirlo, pese á quien pese y tenga la culpa quien la tenga, poco más ó menos en el mismo estado que cuando aquel y sus valientes compañeros arribaron allí.

Gente ignorante, inculta.

Raza pobre, infantil é incomprendible.

Dicho esto, comencemos nuestra narracion, cual ya hemos manifestado, enteramente histórica.

## II

Todos los que desde Europa se dirigen, ya por el cabo de Buena-Esperanza, ya por la nueva vía del Canal de Suez, á la llamada *Perla del Oriente*, ó sea Manila, conocen los famosos montes de Mariveles,



que se alzan á su entrada, cerca de la célebre isla del Corregidor, lo que ha dado origen á la frase de que en Filipinas *se entra por Mariveles y se sale por Cagayan*, aludiendo á la situacion de esta última provincia al extremo opuesto de la isla de Luzon, al propio tiempo que á ciertas cosas y fenómenos muy comunes en aquellos lejanos climas, de los que no es lícito aquí dar más explicaciones.

A la falda de dicha montaña, por la parte de la contra-costa, ó sea del lado de tierra, existe un pueblecillo que toma nombre de la montaña; el pueblo de Mariveles.

Dependiente de él, á corta distancia, hay una especie de barrio que en aquellas comarcas se llama *visita*.

La *visita* de Cabcaben.

Este barrio, esta *visita*, componiase, y probablemente continuará componiéndose, de veinte ó treinta casucas de caña y *nipa* esparcidas por el monte, pobres, tristes, miserables, desvencijadas.

Por si no sabeis lo que es una de estas casas, os lo diremos.

Figuraos una barraca ó covacha sostenida por seis ú ocho troncos de árboles ó cañas gruesas, elevada del suelo como la altura de un hombre, formada de cañas mejor ó peor entrelazadas y cubierta con una gran montera de *nipa*, semejante á nuestra espadaña, y tendreis idea de lo que es una de las pobres viviendas de los indios de las antiguas islas de la Especeria, bautizadas luego con el nom-

bre de islas Filipinas en honor de Felipe II, á la sazón Príncipe de Astúrias, por el insigne Ruy Lopez de Villalobos, jefe de la cuarta expedición para el descubrimiento y conquista de aquellos países.

Penetremos en una de ellas, y no de las más pobres.

### III

Una mujer, una india en cuclillas, al lado de un barreño que la sirve de hogar en un rincón de la covachá, menea con un pedazo de caña lo que al parecer está cociendo en una grande olla, de ancha boca y de forma esférica por la parte inferior.

Está haciendo la *morisqueta*.

La *morisqueta*, que no es otra cosa que arroz cocido, mejor ó peor, más ó ménos blanco, es el manjar del indio.

Quitad al indio la *morisqueta*, y se lo habeis quitado todo.

Aquella india representaba unos 40 años de edad.

Era fuertemente morena, casi negra, delgada, enjuta, cejas y pelo negros, ojos oscuros algo en ángulo ó como allí dicen *achinados*, frente pequeña y nariz chata y remangada.

Su traje se componía de una chaquetilla que ellas llaman *camisa*, porque no usan otra, de una telilla de algodón parecida á la muselina, con anchas mangas dobladas y recogidas hacia el hombro, bastante sucia y algo rota, y saya también de algodón

á cuadros negros y azules que tenia cogida entre las piernas, y que apenas llegaria, puesta en pié la mujer, á la rodilla.

Como todos los indios dentro de casa, aun los que para salir usan *zuecos* ó chinelas, hallábase enteramente descalza, mostrando unos piés negros, asperos, ordinarios.

Un escapulario viejo y sucio caia sobre su espalda.

El escapulario, especialmente en algunas provincias, es una prenda indispensable para toda india.

La habitacion única que tenia aquella casa, era un espacio de ocho á nueve metros en cuadro, franqueado á todos los vientos por unas grandes ventanas que se cerraban con unas á modo de trampillas de caña, que era el material de que la casa se componia, abiertas hácia afuera, de abajo arriba, sostenidas por otra caña, formando tejadillo.

Sus muebles y adornos reducíanse á una arca grande de madera, una especie de vasar, formado de cañas sostenido por *bejucos* al lado de lo que pudiéramos llamar hogar, y una estampa de la Virgen, como de un palmo de altura, pegada á las cañas que constituian el muro de la choza frente á la puerta que servia de entrada.

En un rincon, arrimados unos á otros, habia una docena de *bayones* llenos de *palay*.

Llaman *bayones* á unos como costales hechos de palma ú otra materia semejante.

*Palay* es el arroz con la cascarilla, antes de mondarle.

Caidos sobre los *bayones* veíanse un gran arco para arrojar flechas, y dos de estas algo más cortas que el arco.

Aunque parezca raro que en territorio español, y en el último tercio del siglo XIX se usen aun como armas el arco y la flecha del salvaje, así sucede en Filipinas.

Y esto es tan cierto, que en esa misma provincia de Bataan, al lado de Manila, el arco y la flecha son las armas que usan amenudo muchos agentes de la autoridad, algunos con admirable habilidad.

Cerca de los *bayones* y las flechas habia una puerta bastante más pequeña que la que servia de entrada.

Esta puertecilla conducia al *batalán*.

Llaman *batalán* á una especie de balconcillo ó azotea, más chico ó más grande, que hay en todas las casas, y que es en ellas de suma utilidad.

El de la que venimos tratando era muy pequeño y estaba formado por la continuacion de las cañas que constituian el piso de la cabaña.

Una escalerilla hecha de dos cañas y unos cuantos palos que hacían de peldaños, servia para ascender á la choza desde afuera.

## IV

Un hombre del país, un indio, apareció en la escalerilla.

La mujer, sin levantarse, volvió la cabeza hácia el que llegaba, miró y tornó de nuevo á su primitiva posicion.

El hombre era un indio de ocho ó diez años más de edad que la mujer, de estatura mediana, delgado, y de tipo muy semejante al de la mujer.

Su traje consistia en camisa de *sinamay*, que es un tejido fuerte y claro, á listas encarnadas, abierta por el cuello y por el pecho y puesta á uso de los indios, esto es, con los faldones por fuera, y un pantalón bastante viejo de algodón, azul oscuro, remangado por encima de las rodillas.

Un pañuelo á cuadros amarillos y verdes ceñía su cabeza.

Los piés enteramente descalzos.

Sin decir una palabra, dirigióse el hombre á donde estaban las flechas y puso con ellas una lanza, tosca, pero fuerte y aguzada, que traia en la mano.

La mujer en idioma *tagalo*, que es el de los indios de aquella provincia, exclamó:

—¿Qué es eso? ¡una lanza!

—Ya lo vés, contestó el hombre acercándose á la mujer, después de dejar la lanza con el arco y las flechas.

—¿Y es tuya? preguntó la mujer.

—Cabal, contestó el hombre.

Y despues de un instante de silencio, añadió:

—La he cambiado por el *bolo*... tenia dos... como me basta.

El *bolo* es una especie de machete de que no carece ningun indio.

Los hay de todos tamaños, chicos, medianos, grandes.

Con el *bolo* cortan leña, podan los árboles, recogen la yerba, pulimentan madera, aflan palos, en fin, lo hacen todo.

Para un indio, el *bolo* es el instrumento universal.

Hacha, martillo, barrena, sierra, escoplo, lima, azadon, piqueta, navaja, cuchillo, hoz, todo, haciendo algunos, sin más instrumento que él, trabajos verdaderamente admirables.

El indio en vez de sentarse, no lejos de la mujer, se puso en cuclillas, que es tambien otra costumbre especial de los indios.

Un indio, mejor que sentarse, se pone en cuclillas, posicion en que sin fatigarse, con la mayor naturalidad, permanece horas y horas.

Y esto aunque tengan banco ó asiento en que poder sentarse.

Nada más comun en Filipinas que ver á uno ó más indios encima de un banco, no sentados, como parece lo más cómodo y natural, sino encogidos, en cuclillas, y no por otro motivo sino por hallarse así más á su gusto.

Y esto acontece no solo á los hombres, sino tambien á las mujeres.

Rarezas del país, tal vez inclinaciones naturales, pues realmente las diferencias entre el indio y el europeo son muchas y visibles, físicas, intelectuales y morales.

Continuemos.

—Pues ha sido gusto, repuso la mujer sin mirar al hombre, y continuando en su faena.

Y añadió:

—¿Para qué querrás la lanza?

—¿Para qué? preguntó el indio con algun retintin.

—No lo sé, replicó la mujer con un acento entre inocente y malicioso, que hacia sospechar no era del todo exacto lo que manifestaba.

—Pues yo sí lo sé, contestó el hombre, añadiendo despues de un corto silencio: que se descuide algun dia quien tú sabes y ya verá si yo le siento la mano, y fuerte.

La mujer no contestó.

Hizo un gesto de desagrado, se puso en pié, y con acento seco y desabrido, exclamó volviéndose un poco al indio, pero sin mirarle:

—Si quieres, almorzaremos, esto ya está.

—Bueno, respondió el hombre.

Dirigióse la mujer á la puertecilla que conducia al *batalán*, salió y volvió en seguida con una mesilla que parecia más bien una banqueteta.

Colocó la mesilla, de ménos de un pié de altura frente al hombre, el cual no se movió de su posi-

cion ni de su sitio, tomó del vasar una especie de fuente de madera que ellos llaman *batea*, vertió en ella lo que cocía en la olla y puso la *batea* en la mesilla.

Acto continuo, se dobló sobre sus rodillas como hallábase anteriormente, y hombre y mujer, uno enfrente del otro, sin más cubiertos ni menudencias, aprestáronse á comer, valiéndose de los cinco dedos, no muy limpios, que cada uno tenia en su mano derecha, el oscuro y desigual arroz que humeaba en la *batea*, ó sea la famosa *morisqueta*.

## V

Como ya se habrá acaso comprendido, estos dos personajes eran marido y mujer.

Llevaban quince años de casados.

No tenían hijos, ni nunca los habían tenido.

Sus parientes se reducían á un hermano del marido, que habitaba otra choza semejante, á distancia de un cuarto de hora de camino de la de éste.

Comprendíase á primera vista que en aquel matrimonio, las relaciones entre los esposos no eran todo lo íntimas y cordiales que debiera apetecerse.

Algunas de las palabras que les hemos oído lo indican claramente.

—Que se descuide algun dia quien tú sabes y ya verá si yo le siento la mano, y fuerte.



Esta amenaza del marido encerraba algun misterio.

Vamos á explicarlo.

## VI

Cinco ó seis meses antes del tiempo en que da principio nuestra narracion, empezó á correr por el pueblo el rumor de que Guillerma y Raimundo eran amantes.

Guillerma era la mujer que ya conocemos.

Raimundo era un indio de la misma *visita* ó aldea.

El rumor fué extendiéndose hasta llegar por fin á oídos de Diego, marido de Guillerma.

Sucedió, pues, lo que sucede siempre en estos casos cuando el marido ama á la mujer.

Diego se puso sobre aviso y preparóse á castigar al atrevido, tan pronto como se propasara á alguna cosa indebida.

Y preparó el arco y las flechas que hemos visto en un rincon de la vivienda.

Y aprovechó la ocasion que se le proporcionó de adquirir una lanza á cambio de uno de los dos *bolos* que tenia.

Y como sabemos, la llevó á su casa y la puso con las flechas, dispuesto, cual le hemos oido, á sentar

la mano, y *fuerte*, si se descuidaba el que, segun noticias, trataba de robarle su amor y su honra.

Porque los indios, por salvajes que sean, sienten tambien amor, tienen tambien honra.

Ved aqui explicadas las misteriosas palabras de Diego á su mujer.

Ved aquí el motivo de esa falta de calor, de ternura y cordialidad que hemos podido sorprender entre Guillerma y su marido.

## VII

Marido y mujer acabaron de almorzar.

Guillerma limpió con la mano la *batea* que les habia servido para comer la *morisqueta*, y la llevó de nuevo al vasar.

Cogió la mesilla y la volvió á llevar al *batalán*.

—¿No hay *buyo*? pregunto Diego levantándose.

Guillerma no respondió.

Pero fué al vasar donde hacia poco habia dejado la *batea*, cogió una cosa verde del tamaño de una castaña, y se la alargó á su marido.

Era el *buyo*, lo que aquel hombre la habia pedido.

El *buyo*, tan amado del indio como la *morisqueta*.

La *morisqueta* es su alimento.

El *buyo* es su golosina.

El *buyo* se compone:

1.º De la *bonga*, que es el fruto de un árbol llamado así, de la forma y color de una almendra.

2.º De una pequeña cantidad de cal, hecha de conchas de mariscos.

Y 3.º De una hoja de *buyo*, árbol del país, que da nombre á la golosina, de un sabor fuertemente picante, en la que se envuelve la cal y la *bonga*.

Aquí teneis explicado lo que es el *buyo*, adorado por el indio.

Como ya hemos dicho, es su golosina.

Y por cierto que es una golosina que acaso no sea perjudicial; pero que es seguramente, al ménos para el que escribe estas líneas, súa y repugnante.

El *buyo*, produciendo una saliva abundante, espesa y rojiza oscura, que hace aparecer al que le masca como si estuviera *comiendo higado*, segun la fuerte, pero exacta expresion de un amigo nuestro, da á la boca de los que lo usan, que son casi todos los naturales, hombres y mujeres, de aquel país, y aun desgraciadamente bastantes españoles, un olor y un aspecto sumamente desagradables.

Nada más comun al cruzar por las calles de Manila, que ver en la acera ó en el muro de las casas unas grandes manchas rojizas que parecen de sangre.

Son las huellas del *buyo*.

Guillerma, despues de dar un *buyo* á su marido, tomó otro y se lo metió en la boca.

Diego se dirigió á la puerta, y mascando el *buyo*

que le dió su mujer, púsose en cuclillas en lo alto de la escalera mirando al exterior.

Tanto Diego como Guillerma escupian frecuentemente una saliva rojiza.

La producida por el *bugo* que mascaban.

### VIII

Trascurrido un cuarto de hora, durante el cual no pronunciaron una palabra ni Diego ni Guillerma, aquel se levantó, y volviendo un poco la cabeza hacía el interior de la cabaña, por donde andaba su mujer, dijo:

—Hasta luego.

—Adios, contestó Guillerma sin mirarle.

Diego bajó y desapareció.

Pasados apenas diez minutos, otro indio apareció en la escalerilla de la casa.

Entró.

Vióle Guillerma, y dejando una saya en que pocos momentos antes habíase puesto á coser, se alzó y acercóse al que llegaba, el cual no era otro que Raimundo.

### IX

Raimundo era un hombre de 27 años de edad, de estatura regular, moreno, aunque no tanto como Guillerma y su marido, cejas y pelo negros, ojos claros, fornido, y como buen indio, chato.

Vestia camisa de *sinamay*, por supuesto con los faldones por fuera, que es como todos, indios y mestizos, la llevan en Filipinas, pantalon de algodón azul oscuro y sombrero blanco de *buri*.

*Buri* es una especie de espadaña con la que hacen bayones, sombreros, talegos, petacas y otros muchos objetos.

Igualmente descalzo.

—Adios Guillerma, exclamó entrando.

—Anda, vete, contestó aquella algo azorada, que puede venir mi marido.

—No tengas miedo, replicó Raimundo, va hácia el monte, le acabo de ver.

—¿Y te ha visto él?

—No.

—No importa... vete, prosiguió Guillerma, puede haberte visto, y...

—Te digo que no me ha visto... estoy seguro de ello.

—No importa... insistió Guillerma, está muy escamado... me ha dicho... que no te descuides... porque... te va á sentar la mano... y fuerte.

—Eso dice... ya lo sé... pero... ya veremos... que tenga él tambien cuidado... porque yo tampoco soy manco.

—Mira la lanza que ha traído hoy, dijo Guillerma, cogiéndola y enseñándosela á Raimundo.

Éste miró la lanza y no contestó.

Guillerma volvió á dejar la lanza donde estaba, con el arco y las flechas.

Y, acercándose á la puerta de la choza, continuó:  
—Vete, Raimundo, vete.

Y sosteniéndose en una mano que apoyó en la caña que servia de marco de la puerta, inclinó el cuerpo adelante y miró hácia fuera á derecha é izquierda.

## X

—Oye, ven, exclamó Raimundo despues de unos instantes.

—¿Qué quieres? preguntó Guillerma, que continuaba mirando desde la puerta.

—Ven, repitió Raimundo.

Guillerma, en silencio, se acercó á Raimundo.

—¿Quieres que le mate? preguntó éste mirando á Guillerma fijamente.

—¿A quién, á Diego? exclamó Guillerma con rapidez, pero sin inmutarse ni dar señales de emocion ni de sorpresa.

—Sí, contestó Raimundo con firmeza.

Guillerma bajó la vista y no respondió.

Raimundo continuó de este modo:

—Él ya sospecha de tí y de mí, y no nos pierde de vista. El medio de salir de este pantano... era lo que te digo. Si quieres, pronto está hecho. Hace una semana que no hemos podido hablar. Yo... así... no quiero seguir. Con que... si te parece... dímelo, y verás qué pronto quedamos libres.

Guillerma continuaba en silencio y con la vista clavada en el suelo, fija, inmóvil, sin pestañear.

En su aspecto, en su mirada, había algo de tremendo, de trágico y terrible.

Aquella mujer, á la que proponían la muerte de su marido, lo cual oía en silencio, sin sorpresa, sin muestra alguna de oposicion ó desagrado, inmóvil, fijos los ojos en el suelo, rígida y callada, era una figura que inspiraba terror.

Hubo unos instantes de silencio.

Raimundo fué el que le rompió, diciendo:

—Así no se puede seguir.

Y quitándose el sombrero y limpiándose con un pañuelo que de él sacó el sudor que bañaba su frente y corría por sus atezadas mejillas, añadió:

—¿No piensas tú lo mismo?

Guillerma no respondió.

—Vamos, habla, repuso Raimundo poniéndose el sombrero.

Guillerma continuó callando.

—¿Qué dices? preguntó Raimundo haciendo ademán de tomarla la mano.

—¡Qué he de decir! exclamó por fin Guillerma levantando la cabeza y mirando al indio, *tú cuidado*.

Ved aquí una frase sumamente usada en Filipinas.

*Tú cuidado, Vd. cuidado*, significa:

—Tú verás, ó Vd. verá.

—Como quieras, ó como Vd. quiera.

—Lo que te parezca, ó le parezca á Vd.

—Eso corre de tu cuenta, ó de la de Vd.

—Tú cuidarás de eso, ó Vd. cuidará de eso.

—Bien, bueno, corriente.

—Yo no me cuido de eso.

Y otras muchas cosas que seria largo enumerar,

Por lo que al decir Guillerma á Raimundo *tú cuidado*, era lo propio que decirle: tú verás lo que has de hacer, yo no me meto en eso, haz lo que quieras.

Así fué que Raimundo, apenas oyó la terrible frase pronunciada por Guillerma, exclamó:

—Bueno; pues... *yo cuidado*.

Lo cual era lo mismo que decir: pues yo me encargo de eso.

Y comò Raimundo creia que la vida de Diego era un obstáculo para sus amores con Guillerma, y veía que ésta no se oponía á la realizacion de tan atroz pensamiento, la frase *yo cuidado* de Raimundo podia bien decirse que equivalía á la sentencia de muerte del desgraciado Diego.

—Pues entonces, adios, exclamó Raimundo, cogiendo una mano de Guillerma.

—Adios, contestó ésta con la mayor impasibilidad.

El indio salió de la cabaña.

Guillerma le siguió hasta la puerta, permaneciendo en ella durante algun tiempo.

Dirigióse despues á donde estaba la saya en que cosía á la llegada de Raimundo, sentóse en el suelo, cogió la saya, buscó la aguja que habia dejado clavada en ella, todo con suma tranquilidad, y conti-



nuó de nuevo su tarea, fria, serena, como si nada aconteciera.

## XI

Esta calma, esta impasibilidad no eran efecto de un corazon malvado y corrompido.

Esta calma, esta impasibilidad, esta indiferencia en medio de la horrible tempestad que se estaba formando, ante los gravísimos sucesos que se preparaban, no era otra cosa que la calma, la indiferencia propia y peculiar de aquellas gentes, de aquella raza.

El indio de Filipinas, efecto acaso del clima, de su método de vida, de sus cortas necesidades, es flojo, débil y sin energía, asi para lo bueno como para lo malo.

Hace muchas cosas sin saber lo que hace, por costumbre, por imitacion, por desidia, por pereza.

Como hemos dicho arriba, el indio tiene mucho de infantil.

En muchísimas cosas parece un niño.

Esto explica por qué no siendo Guillerma, como no lo era, un mónstruo de maldad y de perfidia, pudo oír con la calma que hemos visto el proyecto de asesinato de su marido, y continuar despues como si nada supiera ni nada se tramara.

Pasadas dos horas de esta terrible entrevista, volvió su marido.

Comieron.

Diego cogió un *petate* que estaba doblado á un lado de la habitacion, le extendió en el suelo y se echó.

El *petate* es una especie de esterilla, hecha de *buri*, de que ya hemos hablado, y que generalmente constituye toda la cama en Filipinas, aun para las personas ricas y bien acomodadas, pues á causa del calor que allí domina casi todo el año, no puede hacerse uso de colchones, costumbre por cierto que ha molestado no poco al que esto escribe durante su permanencia en aquellos países.

Guillerma, poco despues, echóse tambien al lado de su marido.

## XII

Trascurrieron algunas horas.

El sol ya se acercaba á su ocaso.

Guillerma y Diego se pusieron á merendar, ó como ellos dirian, á cenar.

La misma *batea*.

La propia mesilla.

La eterna *morisqueta*.

Apenas, desde por la mañana, habíanse cruzado algunas palabras entre los esposos.

Diego aparecia frio, indiferente.

Guillerma sería, reservada, cavilosa, distraida.

Durante la comida, merienda ó cena, pues de todo parecia participar, Raimundo, acompañado de otro indio, apareció.

Entraron.

A Raimundo ya le hemos descrito.

Lo único que en él se notaba, que no pudiéramos haber visto por la mañana, era un *bolo*, no muy grande, que en su vaina de madera, traía colgado á la cintura al lado izquierdo, debajo de la camisa.

Ya sabemos lo que es un *bolo*; un cuchillo, un machete.

Su compañero era otro indio, algo más bajo y más joven que Raimundo, delgado, y de figura y aspecto bastante desagradables.

Su frente pequeña y deprimida no daba indicios de grande inteligencia.

Algunas costras, vulgarmente llamadas *empeines*, aparecían en su cuello, en sus manos, en sus brazos.

Como buen indio, chato, y excesivamente chato.

Su traje se reducía á una camisa blanca de algodón, pero muy vieja y muy sucia, y á unos pantalones, blancos también, tan viejos y tan sucios como la camisa.

Una de las piernas del pantalón, la perteneciente á la derecha, la llevaba levantada hasta cerca de la rodilla.

La izquierda, caída.

Un *bolo*, algo más grande que el de Raimundo, pendía también de su cintura, asomando bajo su camisa.

La cabeza enteramente descubierta.

## XIII

Como hemos dicho, Guillerma y Diego estaban comiendo en la mesilla que ya conocemos, puestos en cuclillas, uno enfrente de otro.

Su traje tambien el que ya sabemos.

Unicamente Diego aparecia con la camisa, pero sin pantalon.

Debajo de la camisa, cruzado por entre las piernas y sostenido por un cordel, ó como ellos dicen un *mecate* atado á la cintura, tenia un trapo oscuro llamado *tapa-rabo*.

En el campo, fuera de las poblaciones, hombres y mujeres andan casi desnudos.

Y á veces en las mismas poblaciones.

Y esto sin escándalo, como una cosa usual y corriente y sin llamarse unos á otros la atencion.

Mucho sobre esto pudiéramos decir.

Pero seguiremos adelante.

—Buenas tardes, dijo en su lengua Raimundo al entrar en la casa séguido de su compañero.

—Buenas tardes, contestó Diego, volviendo la cabeza á los que llegaban.

Añadiendo á poco:

—¿Quereis?

—Gracias, contestaron aquellos á una voz.

—Venimos del monte, repuso el compañero de

Raimundo con acento oscuro y tardo, de ver si halláramos al negro Cajabel para que nos enseñase *bejucos* que pensábamos cortar mañana... pero... no le hemos encontrado y... como estábamos cerca de tu casa... nos hemos venido aquí.

Diego no contestó.

El que así había hablado, se acercó á la mesilla en que estaban comiendo Diego y su mujer, y se fué agachando hasta quedar como éstos en cucullas.

Raimundo se dirigió á los *bayones*, á los que como sabemos estaban arrimados el arco, las flechas y la lanza, y cogió del suelo una piedra como del peso de dos libras que estaba medio oculta entre los bayones y las armas.

Era una piedra de las que usan los indios para afilar sus cuchillos y sus *bolos*.

—Buena piedra, exclamó Raimundo mirándola y dándola vueltas en la mano.

—Sí, no es mala, contestó Diego á media voz.

Raimundo sacó el *bolo* que llevaba pendiente de la cintura, y empezó á aflarle en la piedra.

Cruzaron algunas palabras Diego y el desconocido.

Algunas miradas cruzáronse tambien entre Guillerma y Raimundo, mientras éste aflaba ó hacia que aflaba su machete.

Marido y mujer acabaron de merendar.

—Dame agua, exclamó Diego.

Dirigióse Guillerma á una tinajilla puesta junto á la puerta que conducía al *batalán*, cogió el *tabo*

que hacia de tapadera, le llenó de agua y se lo alargó á su marido .

*Tabo* es una especie de cuenco ó tazon hecho de la corteza del coco.

Diego se alzó, cogió el *tabo* que Guillerma le alargaba, y comenzó á beber.

Acercóse Raimundo á Diego y aprovechando el momento en que este apuraba el *tabo* y alzaba la cabeza, metióle el *bolo* por la garganta.

Cuanto hemos dicho y seguiremos refiriendo es completamente histórico y segun consta en el proceso que luego se formó y que original hemos tenido en nuestro poder durante algunos dias.

Diego cayó al suelo sin dar un grito, ni pronunciar una palabra.

Ya en el suelo, Raimundo se echó sobre Diego y empezó á darle tajos en la cabeza hasta dejarle cadáver.

#### XIV

Consumado el asesinato, Raimundo y Guillerma se acercaron al desconocido y le amenazaron con hacer con él lo propio si descubria cuanto acababa de presenciar.

Guillerma le ofreció además por su silencio diez *cabanes* de palay.

Un *cabán* viene á ser próximamente una fanega de España.

Su precio es muy vario.

Puede calcularse de seis á ocho pesetas.

El desconocido prometió callar.

Comenzaba á oscurecer.

Raimundo dijo á su compañero que le ayudara á sacar de la casa el todavía caliente cadáver de Diego.

Cogieron este ambos y lleváronle al monte, á unas quinientas brazas de la casa.

Cubriéronle con algo de ramaje, y se marcharon.

Guillerma no salió de la cabaña.

Instantes despues de desaparecer Raimundo y su amigo con el cuerpo inerte de Diego, cogió Guillerma la *batea*, echó en ella agua, lavó la sangre de su desdichado marido que manchaba el suelo, y se tendió en el *petate*.

## XV

Unas horas despues, como á las seis de la mañana, Guillerma se encaminó á la casa del Teniente primero de Cabcaben que era la autoridad local del sitio donde se hallaba situada la casa del difunto Diego, marido de Guillerma.

Presentóse á él y le dijo:

Que hallándose en su casa, en el sitio llamado Malamanic, de aquella jurisdiccion, y estando durmiendo con su marido, éste la despertó para que

cociera un poco de *morisqueta*, pues tenia algo de hambre.

Que entonces ella se levantó y salió al *batalán* por la olla donde tenia el arroz.

Que habiendo visto á cinco hombres, volvió y se lo dijo á su marido, el cual la aconsejó que se fuera de la casa por si eran *tulisanes* (ladrones, malhechores).

Hizólo así, y estando como á unas cuarenta brazas de la casa, en medio del *gasac*, (*gasac* es monte roturado, cultivado), aturrida, asustada y algo calenturienta, tropezó y cayó, no teniendo fuerzas ni valor para levantarse.

Que allí permaneció por espacio de una hora, oyendo ruido en su casa de armas y gente.

Que al fin pudo levantarse y se dirigió al pueblo á dar parte de lo acaecido, lo cual verificaba, sin poder decir nada acerca del paradero ó suerte de su marido.

Todo ello, como ya se supone, entre lágrimas, sollozos y exclamaciones de dolor.

## XVI

A consecuencia de este aviso, empezaron á formarse las competentes diligencias en averiguacion del delito denunciado.

Extendióse el auto cabeza de proceso.

En él se hizo constar la declaracion de Guillerma.



Acto continuo, el Teniente, con dos testigos de asistencia, algunos agentes de la autoridad, que allí se llaman *cuadrilleros*, y el médico del pueblo, ó como dicen, el *mediquillo*, encaminóse al sitio designado.

Algunas manchas de sangre aquí y allá esparcidas á las inmediaciones de la casa de Diego, anunciaban el delito.

Dentro ya de la covacha, hallaron:

El arca abierta.

Alguna ropa esparcida por el suelo.

Un *petate* extendido, con dos almohadas, como de haber estado allí durmiendo dos personas.

Los *bayones*, las flechas, el arco y la lanza que ya conocemos.

Buscaron á Diego.

No le hallaron.

¡Cómo le habian de encontrar!

Su cadáver, sin embargo, no estaba muy lejos.

Recogieron las flechas, el arco y la lanza; el Teniente encargó á los *cuadrilleros* dieran una batida por los alrededores, con objeto de descubrir, si era posible, el paradero de Diego y de capturar á los criminales, y acompañado de los dos testigos y el *mediquillo*, dió la vuelta al pueblo.

Inmediatamente, como era su deber, participó lo ocurrido al *Gobernadorcillo* de Mariveles, su superior gerárquico.

En Filipinas, casi todos los cargos públicos de los pueblos tienen nombre diminutivo: el *Goberna-*

*dorcillo*, el *Mediquillo*, el *Vacunadorcillo*, el *Directorcillo*, el *Abogadillo*.

El *Gobernadorcillo* se lo trasmitió á su vez al Juez del partido, ó como allí se dice, al Alcalde mayor.

Este, en el momento que recibió la noticia, dió el correspondiente auto para que el *Gobernadorcillo* practicara las primeras diligencias del sumario, con arreglo al Real auto acordado de 31 de Agosto de 1860, y las remitiera á la Alcaldía en el término prefijado en dicho Real auto.

El *Gobernadorcillo* ordenó la comparecencia de Guillerma á su tribunal.

Guillerma se ratificó en cuanto habia manifestado ante el Teniente 1.º de Cabcabén, añadiendo únicamente, como para detallar más el suceso, que los *tulisanes* ó ladrones se habian llevado tambien cinco *gantas* de arroz y dos camisas de su marido, una de muselina blanca y otra de *sinamay*.

Veinticinco *gantas* forman un *caban*, de que ya hemos hablado.

Hízose comparecer al hermano de Diego, que, como ya dijimos, vivia tambien en el monte, á un cuarto de hora de distancia de la casa del difunto.

Tomóse declaracion á los *cuadrilleros* que estuvieron batiendo los alrededores de la casa de Diego por órden del Teniente.

Manifestaron que nada habian visto ni observado.

## XVII

Dentro de los cuatro dias señalados por el citado Real auto de 31 de Agosto, en que se marcan las atribuciones de los *Gobernadorcillos* como auxiliares de los Jueces ó Alcaldes, y se les dan reglas para la formacion de las primeras diligencias del sumario, el *Gobernadorcillo* de Mariveles remitió al Alcalde mayor las actuaciones practicadas.

Nada se habia podido descubrir.

Nada en ellas aparecia que pudiera dar alguna luz ni sobre los delincuentes ni sobre el paradero del secuestrado.

Suponíase que los *tulisanes* habian llevado al monte á Diego, y que allí le asesinarían ó le acabarían de asesinar.

Esta era tambien la opinion de Guillerma.

Pero nada se sabia con exactitud.

No eran más que conjeturas.

Nada se habia podido averiguar.

## XVIII

Llegaron las diligencias á la Alcaldía.

Las vió el Juez, y dijo:

—Pues no hay más remedio que sobreseer.

Y ya iba á dictarse el auto de sobreseimiento.

Mas llega un parte del *Gobernadorcillo* de Mariveles.

En él manifiesta que el Teniente 1.º de Cabcaben le acaba de avisar que los asesinos de Diego están en su poder, y que se hallan presos é incomunicados en la cárcel de aquel *Tribunal*.

En Filipinas llámase *Tribunal* á la casa de la Villa ó de Ayuntamiento, como decimos en la Península.

El crimen se habia cometido al anochecer del 1.º de Febrero.

El parte del Teniente dando cuenta de la captura de los asesinos llevaba la fecha del 8 á las siete de la noche.

El Alcalde mayor, no pudiendo, á causa de sus ocupaciones, trasladarse al sitio de la ocurrencia, da orden al *Gobernadorcillo* de Mariveles para que vaya á la *visita* de Cabcaben, reciba la indagatoria á los presos, practique cuantas diligencias crea necesarias para el esclarecimiento del delito, y las remita á Balanga dentro de tercero dia con las personas de los presuntos criminales.

Trasládase el *Gobernadorcillo* al Tribunal de Cabcaben y empieza á tomar declaraciones.

¿Quién habia delatado á los asesinos de Diego?

¿Cómo se habia descubierto un crimen que parecia envuelto en el más profundo misterio?

¿Quién habia roto aquel secreto?

¿Qué motivo, qué causa habia existido para ello?

Vamos á saberlo.

## XIX

Tiburcio gemía bajo el terrible poder de un acreedor.

Esto en el mundo no deja de ser frecuente.

Como ya los lectores habrán acaso imaginado, Tiburcio no era otro que el que ayudó á Raimundo á llevar al monte el cadáver de Diego.

Tiburcio debía á Urbano Calimbas dos *cabanes* de palay.

Varias veces Urbano le reclamó ó el palay o el dinero.

Un hermano de Urbano, para facilitar más la conclusion de aquel asunto, propuso á Tiburcio que puesto que no daba á su hermano ni dinero ni pa-ay, fuera á trabajar en su *caña-dulzal* á cuenta de lo que debía á Urbano.

*Caña-dulzal* es un terreno sembrado de caña de azúcar.

Pero Tiburcio no era ni rico, ni trabajador, por lo cual ni pagó á Urbano, ni fué á trabajar para descontar la deuda al *caña-dulzal* de su hermano.

Urbano entonces le amenazó con demandarle judicialmente.

Hablando de esto Tiburcio con el Teniente de Cabcaben, que era la autoridad ante la cual Urbano debía entablar su reclamacion, Tiburcio, con una adorable candidez, propia solo de aquellos indios, ó

de quien en vez de cabeza tiene una calabaza, dice al Teniente que si Guillerma le pagara los diez cabanes de palay que le *ofreció por su participacion en la muerte de su marido*, pagaria á Urbano.

Como era natural, lo oyó el Teniente y le arrestó.

—Que yo no le maté, exclamaba Tiburcio. Yo no hice más que ayudar á Raimundo á llevarle al monte.

—Bien, bien, contestaba el Teniente. Luego se verá, á la cárcel.

Y el mismo Teniente con un alguacil le lleva á la cárcel del Tribunal, sita en el piso bajo del edificio, de madera y *nipa*, más fuerte y espacioso.

Le toman declaracion y lo descubre todo; el hecho de herir Raimundo á Diego en la garganta con su *bolo* mientras bebia agua en el *tabo*; la conduccion al monte de su cadáver, el sitio en que le dejaron, todo.

Van en busca de Raimundo.

No le hallan, van á casa de Guillerma, le encuentran allí y le llevan tambien preso.

Le toman declaracion y manifiesta ser indio, soltero, jornalero, de 27 años de edad.

Que hallándose en casa de Guillerma se presentó el alguacil, le prendió y le llevó á la cárcel.

En fin (palabras testuales de su declaracion) *que para abreviar trabajo á la justicia y agobiado de sus remordimientos, dirá la verdad.*

Y segun habia hecho Tiburcio, refiere nuevamente cuanto ya sabemos.

Llaman á Guillerma.

Y manifiesta, como Raimundo, *que los remordimientos la obligan á decir la verdad.*

Y hace otra nueva relacion semejante del asesinato de su marido.

Conforme á lo declarado por Raimundo y Tiburcio, van al monte en busca del cadáver de Diego, y le hallan en estado ya de putrefaccion y medio devorado por los perros y los cuervos, pero exactamente en el sitio designado.

El misterio habia desaparecido.

Todo estaba descubierto.

## XX

Las diligencias practicadas por el *Gobernadorcillo* de Mariveles y las personas de los culpables, fueron remitidas al Juzgado.

El Juez decretó inmediatamente la prision de los procesados, la ampliacion de sus declaraciones y cuanto procede en estos casos.

Referiremos un detalle que pinta bien aquel país.

Al ir Guillerma ante el Juez á ampliar la declaracion que habia prestado en el Tribunal de Cabca-ben, llevaba al cuello, cayendo sobre el pecho y la espalda, á usanza de las indias, dos escapularios y un gran rosario, con una porcion de medallas de vírgenes y santos.

La mujer que no habia tenido inconveniente en

ser, primero, adúltera, y luego cómplice en el asesinato de su marido.

Omitamos comentarios.

## XXI

Tanto Guillerma como Raimundo y Tiburcio, desdijéronse en sus nuevas declaraciones de casi todo lo que habian depuesto anteriormente.

Guillerma decia, que Raimundo y Tiburcio habian asesinado á su marido, pero que ella no hubo tomado en el crimen parte alguna.

Raimundo confesaba haber herido á Diego mientras bebia, pero añadiendo que el que le habia muerto, dándole tajos cuando cayó al suelo, fué Tiburcio.

Este negaba haber dado golpe alguno á Diego, y únicamente confesaba, que obligado por las amenazas de muerte de Raimundo habia consentido en ayudarle á conducir al monte su cadáver, motivo tambien por el cual no dió luego parte de aquel delito á la autoridad.

Como se vé, cada cual, para salvarse ó disminuir al ménos su culpabilidad, procuraba, como vulgarmente se dice, echar el muerto al otro, frase que por desgracia cuadra aquí en todos sentidos, recto y figurado.

Poco les importaba agravar por su falsa declaracion la suerte de su compañero.



La cuestion era salvarse.

Espectáculo triste y repugnante, pero muy comun en los procesos, especialmente en los que se persiguen delitos tan graves como el en que nos venimos ocupando y del que segun todas las probabilidades resultaria, como así sucedió, alguna sentencia de muerte.

Guillerma ya no se acordaba del amor que poco tiempo antes manifestaba sentir por Raimundo.

Ni ocultó ni procuró al ménos atenuar la parte que Raimundo habia tenido en el delito.

Antes al contrario, en cuantas declaraciones tuvo ocasion de prestar durante la sustanciacion de la causa, en todas manifestó lo mismo constantemente, á saber, que Raimundo dió á su marido el primer golpe en la garganta, mientras se hallaba bebiendo; que Diego cayó al suelo y allí Raimundo y Tiburcio acabaron de asesinarle.

Tal vez despues de conocer estas declaraciones de Guillerma, Raimundo sintió aumentarse su pena con algun amargo desengaño, desengaño que acaso vino á hacer mayor el remordimiento que destroza-  
ba su alma por el crimen cometido á causa del amor á aquella mujer, que ya tan poco parecia cuidarse de su suerte.

¡Cosas del mundo!

Porque los indios, como todos los mortales, están sujetos tambien á los defectos y debilidades de la pobre naturaleza humana.

Y aquí, aunque sea distraernos unos instantes

de nuestra historia, ocurresenos algo no del todo fuera de lugar.

Creer algunos, ó así al ménos lo sostienen, que las luces, el progreso, la civilizacion, pervirtiendo el corazon humano, desmoralizan, corrompen, hacen peores á los hombres.

La inocencia, la honradez, toda clase de virtudes se encuentran segun ellos en los pueblos ignorantes, en los pueblos primitivos, allí donde la civilizacion no ha derramado su *ponzoña*.

¡Error grande y crasísimo!

Váyase allá y se verá que no es así.

Se verá casualmente todo lo contrario.

Todas las malas pasiones, todas las debilidades, flaquezas y defectos que desgraciadamente se hallan en los pueblos cultos, se encontrarán, y aumentados, empeorados, mayores todavía, en los ignorantes y primitivos.

Y esto tiene su explicacion.

La educacion, el decoro, las exigencias de la sociedad, la cultura de las ideas, el trato, las costumbres, todo, todo es un motivo de perfeccionamiento, de mejora, siquiera en apariencia, de todas las pasiones y defectos que aquejan á la humanidad.

¿Sucede esto en los pueblos salvajes?

No, y mil veces no.

Todas las debilidades, todos los vicios y malos instintos, revisten en ellos una forma baja, grosera, inculta, selvática y soez.

La envidia, la calumnia, la venganza, la osten-

tacion, la codicia, la vanidad, todo se encuentra en ellos, y aun peor, aun más grande y repugnante.

Pudiera todavía añadir alguna cosa; mas basta con lo dicho por ahora en justa defensa de los pueblos civilizados, tan zaheridos por algunos.

Continuemos nuestra historia.

## XXII

Cual es de presumir, tanto Guillerma como Raimundo hallábanse grandemente irritados contra Tiburcio, causa del descubrimiento del delito y de cuanto pudiera resultar.

En efecto, su torpeza es casi increíble.

Decir que pagaria á su acreedor si Guillerma le entregaba los diez *cabanes* de palay que le habia ofrecido por su participacion en la muerte de su marido, que era lo mismo que delatarse cómplice en un asesinato, parece una cosa inverosímil.

Natural es que Guillerma y Raimundo le odieran y maldijeran.

Colocada Guillerma en la cárcel en una habitacion separada de la de los hombres, tenia pocas ocasiones de ver ni hablar á Tiburcio.

Esto solo sucedia al practicar alguna diligencia para la que desde la cárcel tuvieran que ser conducidos al Juzgado.

No sucedia lo propio con Raimundo.

Este y Tiburcio ocupaban el mismo departamento.

Varias veces Raimundo despues de insultarle y denostarle con dureza, estuvo próximo á cometer con él alguna tropelia, teniendo los compañeros que interponerse y separarlos.

Hizóse preciso ponerlos en distintos departamentos.

### XXIII

Pronto se halló la causa en estado de sentencia.

El crimen cometido por Raimundo estaba tan patente, iba acompañado de tales circunstancias, que era muy difícil, si no imposible, con arreglo á derecho, que el Juez obligado á sentenciar no tuviese que pronunciar una sentencia de pena capital.

Guillerma, y sobre todo Tiburcio, no se hallaban tan comprometidos.

Guillerma no habia tomado parte material en la ejecucion del hecho.

Tiburcio se encerraba en decir que él no habia hecho más que ayudar á Raimundo á conducir al monte el cadáver de Diego.

Raimundo no estaba en esta situacion.

Tanto Guillerma como Tiburcio, le designaban cual autor de la muerte de aquel.

Él mismo lo confesaba, si bien añadiendo que Tiburcio hablale ayudado á rematar á Diego, lo que, como sabemos, negaba Tiburcio resueltamente.

Su salvacion era punto ménos que imposible.

El que esto escribe, sin embargo, en su horror á la pena de muerte, acaso hubiera hallado motivos para no fulminar contra él una sentencia tan terrible.

Aquel infeliz, al cometer el delito lo habia hecho arrebatado, ofuscado por el amor, por una pasion que ciega y que trastorna.

Una de las circunstancias que atenúan la responsabilidad criminal, segun nuestro Código y segun todos los Códigos del mundo, antiguos y modernos, porque así debe ser, porque así lo dictan la razon y la justicia, es la de *obrar por estímulos tan poderosos que naturalmente hayan producido arrebatado y obcecacion.*

¿Y qué estímulo más poderoso que el amor?

El hecho, no obstante, podía ser apreciado de diversa manera.

Así sucedió.

Raimundo y Guillerma fueron al fin condenados á muerte.

## XXIV

Segun la sentencia pronunciada, Tiburcio fué condenado á diez años de presidio con retencion, (conforme á la nomenclatura de nuestro antiguo derecho, que era á la sazón y es aun allí el vigente en la mayor parte de los casos), y Guillerma y Raimundo á muerte en garrote, *arrastrados hasta el lugar del patibulo en un seron de bejuco, una indem-*

nizacion al hermano del difunto, y todos mancomunadamente en las costas; determinándose que la ejecucion de Raimundo y de Guillerma habia de tener lugar en la plaza de Cabcaben.

Como recordarán nuestros lectores, Cabcaben era la *visita* á que correspondia el sitio de Malamanic, donde se cometió el delito.

Aun aquella sentencia no era ejecutoria.

Tenia que ser aprobada por la Audiencia de Manila.

Fué, pues, elevada *en consulta*, que es la frase acostumbrada en estos casos.

Cinco meses despues, la *Real Audiencia* (que así se llamaba y continúa llamándose) dictó su fallo, condenando á Raimundo á muerte en garrote, que debia sufrir en Balanga, cabecera de la provincia, y omitiendo lo de ser *arrastrado en un seron*, que decia la de primera instancia.

Guillerma era condenada á diez años de reclusion con retencion.

Tiburcio á ocho años de presidio.

Y todos tres, mancomunadamente, en indemnizacion de 200 escudos á los parientes más próximos de Diego y en las costas del proceso.

Todavía, respecto de Raimundo, esta sentencia no era ejecutoria.

Aun le quedaba el recurso llamado de *súplica*.

Interpuesto este recurso, la sentencia de *vista* fué confirmada con las costas, quedando así hecha ejecutoria.

Remitióse al Juzgado la llamada *Real provision* para la ejecucion de la sentencia.

La vida de Raimundo tocaba á su término.

## XXV

Desde la cárcel, Raimundo fué conducido á una habitacion del piso bajo de la casa de la Alcaldía, y que por ser aquel Alcalde tambien el Jefe político y gubernativo de la provincia, á uso del país se llamaba la *Casa Real*.

Allí se habia preparado la *capilla*.

En ella, asistido del Reverendo Cura Párroco del pueblo, fraile dominico; de su coadjutor, presbítero, hijo del país, de otros sacerdotes de los pueblos inmediatos, del Juez ó Alcalde mayor, del escribano, el *Gobernadorcillo* y los llamados *principales* de la localidad, estuvo cerca de tres dias.

Allí se despidió de su madre, pobre ciega sexagenaria, que fué desde Cabcabén, donde vivia, á dar á su hijo el último adios.

Segun la persona á la que debo todos estos detalles, y que por su empleo tuvo necesidad de intervenir en esta triste historia, Raimundo, hasta la mañana del dia de la ejecucion, dió muestras de gran serenidad.

Desde aquella mañana varió completamente.

Su jovialidad, su animacion, desaparecieron, substituyéndolas la mayor tristeza y el más profundo desaliento.

## XXVI

Eran las primeras horas de la mañana del día 12 de Setiembre, diez y nueve meses y doce días después del en que había tenido lugar el asesinato del desgraciado Diego.

A la salida del pueblo, en una esplanada sembrada poco antes de *caña dulce* para hacer azúcar, el ejecutor de la justicia había levantado el fatídico tablado, para lo que, escoltado por alguna fuerza del ejército, llegara el día antes de Manila.

Minutos después de dar las once en el reloj de la iglesia, el reo salió de la capilla, y se puso en marcha la comitiva.

Todas las inmediaciones del patíbulo y de la carrera que el reo había de seguir, estaban inundadas de gente, indios y mestizos, que era la mayoría de la población.

Entre ellos aparecían también como hasta un par de docenas de chinos, tenderos y mozos, que llaman *cargadores*, de Balanga, de Abucay, de Orion, de Orani y otros pueblos inmediatos.

El calor, si bien bastante, como es por lo general en Filipinas, excepto dos ó tres meses, de Noviembre á Febrero, en que reinan los aires Nortes, no era tanto como otros días, á causa de estar el cielo algo nublado, lo que de seguro no sentían los que hacia tres ó cuatro horas estaban esperando el



paso de aquel infeliz, pues digan lo que quieran los que aparentan admirarse de la multitud que asiste en Madrid á presenciar actos semejantes, una cosa parecida sucede en todas partes, lo mismo en Madrid que en Sevilla, lo mismo en España que en Francia, lo mismo en Europa, que en Asia ó en América.

La tropa que desde Manila habia acompañado al ejecutor (parece que hasta repugna la palabra *verdugo*), rodeaba el patíbulo.

Algunos *cuadrilleros* y alguaciles, abriendo paso, precedian la comitiva.

Rodeado de cinco sacerdotes, tres de ellos religiosos dominicos, que son en aquella provincia los encargados de las parroquias y de la direccion espiritual de sus habitantes, del escribano y dependientes del Juzgado, el *Gobernadorcillo*, los Tenientes y *Comun de principales*, como allí se llama la corporacion municipal ó como decimos en España, el Ayuntamiento, de algunos soldados del entonces llamado *Tercio de policia*, sustituido hoy en aquel Archipiélago por la Guardia civil, y de una masa compacta y grande de curiosos que cerraba la marcha, vestido con una especie de túnica blanca de algodón, que casi del todo le cubria las piernas, y un casquete ó birrete de la misma tela, á pié, sumamente acongojado, abatido y desfallecido marchaba el reo, el desdichado Raimundo, á quien con frecuencia alguno de los que le auxiliaban tenia que ayudar en su penosa peregrinacion.

Muchos de sus convecinos, antiguos amigos y conocidos, se hallaban allí.

Como generalmente sucede en casos parecidos, la compasion era el sentimiento que por lo comun inspiraba la vista del que, lleno de vida y en la flor de su edad, habria dentro de pocos momentos dejado de existir, y cuyo delito, si bien grande y atroz, no era, sin embargo, efecto de bajos ó pérfidos instintos.

El Alcalde mayor, á caballo, aparecia tambien no lejos del cadalso.

Diez ó doce minutos duró la travesía.

Llegado que hubieron al patibulo, el reo, sostenido y auxiliado por los sacerdotes que le acompañaban, subió las escaleras con bastante dificultad.

El *Gobernadorcillo*, el escribano, los *principales* y todos los demás que formaban la comitiva, quedaron al pié del tablado, dando frente al reo.

Sentóse éste, casi exánime, en el fatal banquillo.

Ciñeron á su cuello la férrea argolla.

El verdugo, sin la prevision de echarle antes un pañuelo por la cara, que ocultase á los espectadores el cuadro de su agonía, cumplió su triste oficio.

Uno de los religiosos, al lado del que ya habia dejado de existir, tomó la palabra, y, en *tagalo*, dirigió una plática á la multitud.

Acabado el discurso, descendieron del tablado los sacerdotes y detrás el verdugo, uniéronse aque-

llos á los que habian formado la funebre comitiva, y ésta se disolvió.

Algunos soldados quedaron custodiando el cadáver del ajusticiado.

## XXVII

Poco antes de las cinco de la tarde, el Escribano, el *Gobernadorcillo*, los *principales* y otras varias personas, seguidos de algunos sirvientes, cuatro de los cuales llevaban en hombros unas parihuelas donde se veia un ataúd, sin tapa, forrado de percalina negra con cintas blancas de algodón, dirigieron al sitio en que habia tenido lugar la ejecucion, y donde, custodiado por los soldados y rodeado de bastantes curiosos, permanecia aún el cadáver de Raimundo.

Le descifieron el garrote, le bajaron del tablado y colocáronle en el ataúd, el cual pusieron en las parihuelas.

Los hombres que habian conducido éstas, volvieron á cargarlas sobre sus hombros, y acompañados de las propias personas, encamináronse al cementerio del pueblo, bastante cerca de allí.

Llegaron á él, taparon la caja asegurándola con unos clavos, y en un hoyo previamente practicado cerca de la puerta de entrada dieron sepultura á aquellos restos, de todo lo cual el Escribano extendió la competente diligencia.

## XXVIII

Al amanecer del día siguiente, Guillerma y Tiburcio fueron sacados de su encierro y embarcados en una lancha con destino á la cárcel de Manila, llamada de *Bilibid*, y á disposicion del Excmo. Señor Capitan general Gobernador superior de las Islas, como *Juez de rematados*, segun las leyes de Indias.

El hermano de Diego, único pariente de éste que existia, renunció á la indemnizacion decretada en la sentencia, en razon, segun dicen los autos, á constarle la pobreza de los procesados.

El Juzgado remitió á la Superioridad el testimonio correspondiente de haber quedado cumplida la sentencia.

Diez ó doce horas despues de su salida de la cárcel de Balanga, Tiburcio y Guillerma, custodiados por algunos soldados y alguaciles, llegaron á Manila.

Desembarcaron, condujéronlos á la cárcel de Bilibid, situada fuera del recinto de Manila, y destinados á sus respectivos departamentos, empezó cada uno á cumplir su condena, concluyendo así el sangriento drama que diez y nueve meses antes habia tenido principio á la caída de la tarde de un día de Febrero, en una pobre covacha del monte de Malamanic.



## TAQUIA.

---

### I

Desde los primeros dias de mi estancia en Tagbilaran, *cabecera* (ya sabemos lo que esto significa) de la Alcaldía ó Juzgado de Bohol, en las islas Visayas, punto al que fui primeramente destinado desde la Península, llamó mi atencion una pobre jóven que pasaba frecuentemente por delante de mi casa.

Tendria de 24 á 25 años de edad.

Era delgada, alta, aunque no con exceso, morena á modo de las europeas, no con el moreno de los indios, que en muchos ya raya en negro.

Su pelo, largo y abundante, era castaño oscuro, de cuyo color tambien eran sus ojos y sus cejas.

Su nariz recta y desarrollada, su frente, sus mejillas y todas sus facciones, de formas regulares y distintas de las de los indigenas, formaban un conjunto que casi pudiera decirse bello, y que á primera vista indicaban que aquella mujer no pertenecia á la raza *india*, sino á la *mestiza-española*.

Su traje, cuando empecé á conocerla, era por demás harapiento y miserable, consistiendo solo en

una chaquetilla que ya sabemos llaman allí *camisa*, rota y súa, y una pequeña saya vieja y agujereada por cien partes, liada al cuerpo y que por algunos lados no llegaba siquiera á la rodilla.

Los piés enteramente descalzos.

El pelo súa y desgredado, malamente recogido sobre la cabeza ó suelto, segun costumbre de las indias, sobre la espalda.

Algunos dias despues, noté que su traje habia sufrido una trasformacion.

A la *camisa* rota y súa con que empecé á conocerla, habia sustituido otra de tela semejante, pero blanca y limpia, y que si no era nueva, tenia enteramente aspecto de ello.

A la antigua saya, verdadero andrajo con que apenas la infeliz lograba cubrir algo su cuerpo, habia reemplazado una falda color de ceniza, de una tela de algodón que llaman *cambray*, igualmente en muy buen estado de conservacion.

Su cabeza, en los dias anteriores verdadera cabeza de Medusa, aparecia limpia y cuidada, luciendo, ya suelta ó recogida, una cabellera realmente notable.

Continuaba apareciendo descalza, pero esto en aquellos países más que otra cosa es una costumbre.

No se crea por esto que á aquella parte de su cuerpo no llegara tambien la reforma general.

Si bien sin *chinelas*, que es allí el calzado único de las mujeres, pues los *zuecos* ó zapatos de madera

que se ven en otras provincias, en la de Bohol apenas se usan sino en tiempos de lluvias, y aun entonces no por muchas, sus piés, lo propio que las manos y la cara, parecían ya otros, gracias á una operación muy fácil y sencilla, pero que de seguro hasta entonces verificaba muy de tarde en tarde á juzgar por las apariencias.

Aquella mujer se habia civilizado.

## II

Los primeros dias que reparé en ella, cuando su traje todavia era tan derrotado, no pasaba, como luego sucedió, por delante de la casa que yo habitaba.

Aparecia por una calle inmediata, entraba en la mia, continuaba por ella en direccion á mi casa y, antes de llegar, desaparecia por otra paralela á la primera á unos quince ó veinte pasos de distancia.

Algunos minutos despues, las más de las veces, volvia á aparecer por otra calle en direccion parecida á la de aquellas, que existia al otro lado, atravesaba mi calle, miraba con disimulo á la ventana donde yo solia asomarme, y volvia á desaparecer, continuando su marcha.

Cuando su traje fué reformado, su itinerario sufrió tambien una modificacion.

Aparecia por la misma calle que al principio, á

alguna distancia, avanzaba, y, en vez de ocultarse por la que existía antes de llegar á mi casa, seguía adelante, pasaba por frente á mis ventanas y continuaba hasta desaparecer en la dirección de siempre.

El primer día que la ví seguir esta ruta, al pasar por delante de mi casa, me miró con bastante fijeza, aunque sería é impasible.

En los días sucesivos me miraba y sonreía, haciéndose en cada uno de ellos progresivamente su sonrisa más dulce y cariñosa.

Su aspecto continuaba siendo el mismo.

Siempre sola, seria, grave.

Su figura tenía mucho de trágica.

Involuntariamente traía á mi memoria la Ristori ó la Penco.

En ella había algo de Norma ó de Medea.

### III

Aquella mujer, ¿á qué negarlo? llegó á interesarme.

Su andar lento y majestuoso, su mirada altiva y penetrante, su cabeza artísticamente modelada, la gracia y esbeltez de su cuerpo, hasta su traje, perfectamente llevado en medio de su sencillez y de su pobreza, todo la daba un carácter, la imprimía un sello especial, vago, extraordinario, que halaga-



ba mi imaginacion, amante de todo lo artístico, poético, y que sale un poco del límite de lo vulgar.

Adiviné, sin embargo, una desgracia.

Desde que empecé á observarla un poco, comprendí que la razon de aquella infeliz debia estar extraviada.

Aquella mujer seguramente estaba loca.

No me equivoqué.

Así era en efecto.

#### IV

Un dia que la vi aparecer por el sitio acostumbrado, llamé á mi *bata*.

Llámase *bata* en Filipinas á un criado jóven, de 15 á 20 años.

Tambien significa *niño, chico*, de donde tal vez lo han extendido á lo anterior.

—Oye, le dije así que la desconocida hubo pasado por enfrente de mi casa, ¿quién es esa?

El *bata*, con algo de cortedad, no sé si por respeto á mí ó por no comprender á lo que aquello se dirigia, alargó la cabeza y miró á donde yo le indicaba.

Despues que la hubo visto, me miró y segun costumbre de los indios, permaneció callado.

—Vamos, ¿quién es? le volví á preguntar.

—¿Esa mujer, señor? exclamó con la torpeza y pesadez peculiar á casi todos los indios, y que tanto incomoda á los españoles.

—Sí, hombre, sí, ¿la conoces?

—La conozco, señor, respondió el *bata*.

—Bueno, y ¿quién es?

—De aquí del pueblo, contestó el *bata*, conforme también con su costumbre de no responder casi nunca de una manera acorde y categórica:

—Bien, pero ¿quién es? ¿cómo se llama?

—De aquí, de Tagbilaran, continuó el *bata* con su extraño modo de responder.

Procuré dominar el disgusto que me producían su pesadez y su torpeza, y añadí:

—¿Es soltera, casada?...

—Soltera, señor.

—¿Está loca?

—*Seguramente*, señor, contestó el *bata*, usando una frase muy comun aun entre los que hablan *castila*, como allí se llama al castellano ó español, y que quiere decir, *si señor*.

Mis sospechas habían quedado confirmadas.

La compasión fué desde aquel instante el único sentimiento que me inspiraba aquella desgraciada.

Y continué:

—¿Cómo se llama?

—Taquia, señor, respondió el *bata*.

—¡Taquia! repetí, sin comprender el santo á que aquel nombre pudiera corresponder.

Y añadí:

—¿Qué nombre es ese?

—Taquia, señor, repitió el *bata* con su estólida tranquilidad.

—Eso no será nombre, repuse, será algun mote, algun apodo que la habrán puesto.

—*No ser* mote, señor, contestó el *bata*, animándose un tanto, *ser* así su nombre, señor.

—¡*Taquia!* exclamé á media voz, no puede *ser*, en el calendario no hay tal nombre.

—*Seguramente*, señor, replicó el *bata*, *ser* nombre, señor, no *ser* mote.

—Llama á Alberto, le dije, que venga.

Alberto era el cocinero, y como ya de bastante más edad que el *bata*, juzgué que podria enterarme mejor de lo que deseaba.

## V

Apareció Alberto seguido del *bata*.

—Acércate, le dije.

Alberto se acercó.

—¿Cómo se llama esa loca que anda por ahí? le pregunté.

Fabian, que así se llamaba el *bata*, dijo á Alberto unas palabras en idioma *visayo*, que es el usado allí, y que no comprendí, pero que probablemente serian para enterarle de la mujer por quien yo le preguntaba.

—Eustaquia, señor, contestó Alberto, pero nadie la entiende sino por *Taquia*.

—Acabáramos, murmuré, y dirigiéndome á Alber-

to, añadió: tu sabrás la historia de Taquia, ¿no es verdad?

—*Saber*, señor, contestó Alberto en su lenguaje.

—Pues ea, repuse, cuéntala.

En vano aguardé unos momentos sus palabras.

Clavados sus ojos en los míos, me miraba y callaba.

Con sumo trabajo, y despues de algun tiempo, comenzó su relacion, que concluyó por ser diálogo en que yo preguntaba y él respondía.

Sobre la base de aquellas noticias, oigan mis lectores la historia de Taquia, de sus desgracias y de su locura.

## VI

Taquia, ocho ó diez años antes del tiempo en que la acabamos de conocer, era una linda jóven, casi una niña, cuya virtud y cuya belleza habíanla alcanzado en el pueblo, á pesar de sus cortos años, envidiable reputacion.

Hombres y mujeres, mozos y mozas, pobres y ricos, no tenían para ella sino elogios y lisonjas, alabanzas y bendiciones.

Si alguna vez ocurría manifestar cuál era entre las muchachas que á la sazón había en el pueblo, la más buena ó más hermosa, todos á una voz exclamaban:

—Taquia.

Júzguese por lo dicho cuáles serian el orgullo y la alegría de sus ancianos padres el *capitan* Estéban y su mujer, y de su querido hermano Pablo, exactamente de la propia edad de Taquia, pues eran mellizos.

En los pueblos de Filipinas la palabra *Capitan* antepuesta á un nombre, significa que aquel individuo es ó ha sido *Gobernadorcillo*, en cuyo último caso suelen decir *capitan pasado*, esto es, que pasó, que lo ha sido, como sucedia al *capitan* Estéban, padre de Taquia, que no una sino varias veces habia ejercido durante su vida el honroso cargo de *Gobernadorcillo*, equivalente al de primer Alcalde en la Peninsula.

## VII

Porque el *capitan* Estéban, hasta los últimos años de su vida, habia gozado de una muy desahogada posicion, aparte de que por su discrecion y buenas cualidades era en alto grado merecedor de aquella dignidad.

Hijo de padre español europeo, lo mismo que su mujer, lo que explica el tipo tambien europeo de su hija Taquia, tan distinto por todos conceptos del tipo indígena, ya sea el puro *indio*, ya el *mestizo-chino*, alli muy comun, llamado tambien *mestizo-sangle*, su origen se revelaba, no solo en su perso-

na, sino también en sus cualidades y en su conducta.

Su padre D. Baltasar de Mendoza, hijo de Córdoba, peleó primero contra los franceses durante la gloriosa guerra de la Independencia, habiéndose hallado en la célebre batalla de Bailén y en otras varias que tanto honor han conquistado para España en las páginas de la historia.

Concluida aquella guerra por la expulsión del territorio español de los hasta entonces nunca vencidos ejércitos del héroe de Jena y Austerlitz, Don Baltasar fué colocado en un destino de la Administración de rentas de la provincia de Cuenca.

Al año, y á su instancia, fué nombrado Administrador de Hacienda pública de la provincia de la Pampanga en las islas Filipinas, emprendiendo inmediatamente su viaje para aquel remoto país, al que, en un barco de vela y por el antiguo camino del Cabo de Buena-Esperanza, llegó seis meses después de su embarque en la bahía de Cádiz.

Cerca de cinco años permaneció en la Pampanga desempeñando aquella Administración.

Desde la Pampanga fué trasladado á la inmediata de Pangasinan, siendo nombrado tres años después para la de Cebú, capital de las *Visayas*.

Siete años estuvo al frente de esta Administración, hasta que, sin haber dado para ello el más leve motivo, ni haber otra razón que el deseo de colocar en aquel puesto á otra persona de más influencia en las esferas oficiales que el no muy afor-

tunado D. Baltasar, éste fué declarado cesante con el haber que por sus servicios pudiera corresponderle.

Escribió á Madrid con objeto de ver si le reponian ó le daban otro destino equivalente; pero no confiando mucho en el resultado de sus pretensiones, y habiendo logrado reunir durante los quince años que ya llevaba en el Archipiélago y con los buenos destinos que habia desempeñado un capital de 22 á 24.000 pesos, decidió dedicarse á los negocios; y estas noticias pueden ser convenientes, no solo para el mejor conocimiento de la historia que vamos narrando, sino tambien para el del origen y vicisitudes de muchas familias que allí existen procedentes de españoles.

Quedóse, pues, en Cebú, y empezó á poner en giro su capital.

Mas tal maña se dió y de tal modo le salieron casi todas sus especulaciones, que antes de dos años quedó completamente arruinado, no contando ya con otra cosa para vivir que 65 pesos y 10 cuartos que cobraba todos los meses de jubilacion, y que más por despecho que por otra causa habia pedido poco antes.

Júzguese de la situacion de ánimo en que se encontraria el antiguo aguerrido militar, el cordobés D. Baltasar de Mendoza.

Dotado, no obstante, de carácter jovial y de un espíritu capaz de hacerse superior á los embates de la fortuna, Mendóza no se acobardó.

Disminuyó sus gastos, varió de habitacion, eligiendo otra más modesta y conforme con sus nada pingües recursos; pero continuó viviendo en la célebre ciudad de Cebú, segunda Manila al decir de sus naturales, descubierta por el insigne Hernando de Magallanes, y de cuyo desembarco es todavía testimonio la cruz que en un ángulo de la plaza del *Tiang*, á pocos pasos de la playa, existe bajo un tosco templete, y que dicen es la que aquel caudillo plantó al desembarcar y tomar posesion de la isla en nombre de España.

Don Baltasar, cayendo en una debilidad bastante comun en los españoles que permanecen largos años en el país, estrechó relaciones amorosas con una india que desde los primeros meses de su llegada á Cebú desempeñaba en su casa las funciones de ama de gobierno.

Cinco hijos, sin contar otros dos que ya habian fallecido, eran fruto de estos amores en la época á que nos vamos refiriendo, todos ellos por supuesto recogidos en su casa y reconocidos como tales, de tipo mestizo, pero conservando mucho de la raza española de su padre.

Don Baltasar empezó á observar que con tanta familia y recursos tan pequeños, la vida para él en aquella ciudad iba haciéndose difícil.

Trató de trasladarse á un pueblo más barato y de ménos exigencias.

Oyó hablar de la cercana isla de Bohol ó de Bojol, como allí se dice, aspirando la *h*, de su saluda-



ble clima, de su tranquilidad, de sus buenas condiciones para la vida cómoda y barata, y un día, después de vender algunos muebles que consideró innecesarios, fletó un lanchon, que allí llaman un *panco*, y metiéndose en él con la india, sus cinco hijos, dos criados, uno de ellos el cocinero, personaje muy importante en Filipinas, tres baules y algunos trastos, encaminóse á Tagbilaran, cabecera de la provincia, á donde llegó cuarenta y dos horas después de su salida de Cebú.

Como en aquel pueblo, lo propio que en todos los demás del Archipiélago, no hay fondas ni casas de huéspedes, D. Baltasar, con su india y sus chicos, desde la lancha, dirigióse á casa de uno de los ricos del pueblo, natural de la Pampangá, donde ambos hacia años se habían conocido, y que fué quien principalmente decidió á nuestro ex-administrador á elegir á Tagbilaran para punto de residencia.

Decidido á fijarse en aquel pueblo, trató de adquirir lo que en todas partes es muy conveniente y en aquel país enteramente necesario, á saber: una casa, logrando hallarla bastante regular, de tabla y nipa, como son allí casi todas, en 120 pesos.

Ya tenía casa.

Esto proporcionaba á aquel pueblo un vecino más.  
Pasaron algunos años.

De sus cinco hijos y otros tres más que tuvo en Tagbilaran, de la india, ya no le quedaba sino el mayor, llamado Estéban, que andando el tiempo sería

Seremos breves, porque en ella no hay las peripecias que en la del antiguo oficial del ejército de Castaños, empleado luego en Cuenca, administrador más tarde de las provincias de la Pampanga, Pangasinan y Cebú, y esposo *in articulo mortis* de una india de pura raza, nacida en Antique, una de las Visayas.

Leoncia, que así se llamaba la que dió el sér á la desgraciada Taquia, era la menor de las tres hijas de D. Vicente Morelló, antiguo vecino de Tagbilaran é Inspector de obras del distrito.

Don Vicente habia sido soldado.

Hijo de Alcira, en la provincia de Valencia, cayó quinto.

Sus padres, pobres labradores de dicho pueblo, no pudieron redimirle del servicio de las armas, é ingresó, á causa de su buena presencia, en la clase de soldado en el segundo regimiento de la antigua Guardia Real de infantería.

Tres años despues, siendo ya cabo primero, fué destinado al ejército de Filipinas y ascendido á sargento.

Sin salir de Manila cumplió el tiempo de servicio, y por recomendaciones de su Coronel fué nombrado Inspector de obras públicas de la provincia de Bohol.

Dirigióse á Tagbilaran, punto de residencia de su destino.

Allí se casó con una mestiza española.

Trascurridos unos años, falleció.

Su mujer y dos de las tres hijas que habia tenido durante su matrimonio, fallecieron tambien.

Quedó sola Leoncia, que acababa de cumplir 16 años.

Una parienta de su madre, compadecida del abandono en que se hallaba, la recogió, teniéndola á su lado hasta que dos años despues se casó con Estéban y se fué á vivir con éste y su madre.

## IX

Ocho años llevaban de matrimonio Estéban y Leoncia cuando ésta dió á luz á Taquia y Pablo, venidos al mundo con intervalo de pocos instantes.

Grande fué la alegría, sobre todo de Estéban, que ya empezaba á perder las esperanzas de verse reproducido, temor que no alcanzaba á Leoncia, segura de ser al fin madre, como así acaeció.

Por su honradez, por su amor al trabajo, por su inteligencia é irrepreensible conducta, Estéban gozaba en el pueblo de grandes simpatías.

Varias veces fué elegido *Gobernadorcillo*.

Dedicado al comercio, al estilo que lo habia hecho su madre, pero mucho más en grande, á fuerza de trabajo, actividad y economía consiguió reunir un capitalito y hacerse al fin dueño de una goleta, que, del nombre de su hija, llamó tambien *Taquia*, nombre extraño, mas para aquellos dos buenos

esposos dulce y queridísimo, y que en grandes letras doradas hicieron poner encima de la popa.

La goleta *Taquia* no era ciertamente notable ni por su magnitud ni por la riqueza ú ostentacion de su cámara ó adornos.

Era un barco mercante, pequeño, modesto, única y exclusivamente destinado al transporte de mercancías desde aquel humilde pueblo, que, si bien playero y cercano al mar, no puede ser designado con el nombre de puerto, á los de Cebú, Manila, Ilo-ilo, Leyte y otros de aquella parte del Archipiélago, y especialmente al segundo.

Mas si la goleta *Taquia* no era notable ni por su gran porte ni por la profusion y elegancia de sus adornos, éralo y mucho por la ligereza de su andar y lo velero de su marcha, así como por la esbeltez y gracia de su corte, que la permitia columpiarse sobre las ondas con la gallardía de un cisne.

Gracias á ella, el *capitan* Estéban de Mendoza podia, desde la *cabecera* de Bohol, donde habitaba, conducir á Manila el aceite, el arroz, la manteca, el abacá y cuanto constituia el tráfico á que se dedicaba, y que de dia en dia iba aumentando su bienestar y su fortuna.

## X

Pero la vida del hombre está sujeta á mil vicisitudes.

El mundo es un valle de lágrimas, donde las desventuras exceden con mucho á las alegrías.

Desde su llegada á Tagbilaran, aquella familia apenas habia probado más que estas ultimas.

La hora de las primeras iba á llegar.

Y llegó, con todo su triste séquito de dolores, de sufrimientos y de martirio, acompañada de la miseria, que es la mayor de las desgracias.

Cuatro viajes llevaba ya hechos á Manila la goleta *Taquia*.

En todos ellos, aunque modestas, habia tenido ganancias su dueño el *capitan* Estéban.

Anclada no lejos de la casa de éste, preparábase á emprender la quinta expedicion.

Anselmo de los Reyes, su *arraez*, como allí se dice, ó sea su capitan, mostrábase inclinado á diferir unos dias el viaje.

—El tiempo está malo, dijo una tarde á su amo, y me parece que no se pasa la semana sin que tengamos por aquí un *váguio*.

Llaman *váguio* á un furioso vendabal que arrasa y envuelve cuanto encuentra á su paso en la tierra ó en el mar, fenómeno terrible del que cuentan los marinos horribles historias.

La parte de altivez española que habia en la sangre del *capitan* Estéban asomó la cabeza y le hizo contestar:

—¡Cobarde! ¿No te da vergüenza confesar que tienes miedo?

—Yo no tengo miedo, respondió el *arraez*; pero por unos dias más ó menos...

—Nada, nada, replicó el mestizo español, sin de-

jarle concluir; mañana temprano, á la marea, levar anclas y á Manila.

El *arraez* no contestó.

A la mañana siguiente, segun estas órdenes, la goleta *Taquia* emprendió su rumbo hácia Cebú, camino de Manila.

## XI

El mar, segun sospechaba el experimentado *arraez* Anselmo de los Reyes, estaba duro y alborotado.

Sus olas eran verdinegras, pesadas, espumosas.

Más de cuatro horas fueron necesarias para doblar el paso de *Punta-Cruz*, á pocas millas de *Tagbilaran*, formado por un avance que hace en el mar la isla de Bohol.

Pronto el sol se ocultaria detrás de la tierra de Cebú que á la izquierda dibujábase en el horizonte, y que, aunque lejana, se extiende frente de Bohol, separándola como una muralla de la extensa isla de Negros que corre al lado opuesto, á lo largo de la primera.

El viento, cada vez con más fuerza, silbaba y zumbaba en los mástiles y el velámen.

El cielo estaba oscuro, encapotado, tempestuoso.

Anselmo de los Reyes, al anochecer, viéndose cerca de Calape, pueblecillo situado en la costa de

Bohol, hallóse tentado de hacer arribada en él, pues la noche que se acercaba, según todas las probabilidades, iba á ser mala y terrible.

Acordóse, no obstante, de las palabras del propietario del barco en el día anterior, y aunque no con mucho gusto, siguió adelante.

La mar hacíaase cada vez más gruesa y alborotada.

Corrian los últimos días de Setiembre, ó *Se-tiembre*, como dicen los marinos, por los muchos siniestros que en dicho mes suelen acaecer.

En la indicación de Anselmo al *capitan* Estéban acaso esta consideración entró por mucho, como hombre de mar que era antiguo y práctico, especialmente en los mares del Archipiélago, por los que hacía treinta años navegaba.

La goleta *Taquia*, aunque rudamente combatida por el viento y la mar, seguía valientemente su rumbo por el Océano.

Pasaron algunas horas.

A eso de las once de la noche los truenos y los relámpagos, que desde el anochecer se oían y veían á lo lejos, estaban ya encima.

La lluvia empezó á caer, y en dos minutos quedó convertida en furioso aguacero.

Durante más de una hora, en la que el *arraez* Anselmo de la Cruz y sus diez marineros, únicas personas que iban á bordo, hicieron verdaderos prodigios de valor, de actividad, de serenidad é inteligencia, la borrasca fué tremenda.

Agua, viento, truenos, rayos, espesísimas tinieblas que todo lo envolvían, iluminadas algún momento con fosfórico resplandor por los relámpagos y exhalaciones que cual sierpes de fuego cruzaban el espacio, nada faltó en aquella hora de durísima prueba.

De ella, no obstante, la goleta *Taquia* había salido vencedora.

El *arraez* Anselmo y sus diez valientes marineros empezaban á respirar.

—No hemos librado de mala, exclamó Anselmo quitándose su sombrero de *bejuco*, en forma de cazuela, que ellos llaman *salacot*, muy usado en aquellas regiones, y limpiándose el sudor que bañaba su frente.

—No ha sido mala, contestó un viejo marinero que estaba á su lado.

Aun no había concluido éste la frase, cuando un nuevo trueno, seco, duro, estrepitoso, estalló sobre sus cabezas.

Un resplandor vivísimo, como una cinta de fuego, iluminó la goleta, que apareció como envuelta en un incendio.

Al mismo tiempo, Anselmo y el viejo marinero que le había contestado cayeron al suelo sin pronunciar una palabra.

Algunas cuerdas y otros efectos que había sobre cubierta empezaron á arder, y á su fúnebre resplandor apareció la goleta rota, destrozada, principalmente por el centro.



Un rayo, como ya se habrá comprendido, habia sido causa de aquella catástrofe.

Tres marineros aparecian tendidos, como los dos anteriores, por el suelo, igualmente sin vida.

Los restantes, con voces unos de dolor, otros de desesperacion, aprestábanse á ponerse en salvo, pues el buque por momentos se iba hundiendo en las aguas.

Trascurrieron cinco ó seis minutos, y ya ni de la goleta ni de sus tripulantes quedó la menor señal.

El mar llenó con sus ondas el sitio que el barco ocupara poco antes.

La débil voz de alguna persona que luchaba con las olas oíase de vez en cuando.

Los truenos y los relámpagos continuaban resonando y luciendo en el espacio, pero ya con ménos frecuencia é intensidad.

## XII

Al día siguiente, á eso de las cinco de la tarde, el *capitan* Estéban, que nada sabia de lo ocurrido á la goleta, preparábase á dar su acostumbrado paseo.

Leoncia, su mujer, hallábase entretenida en la huerta de la casa presidiendo la operacion que una criada ejecutaba, de dar de comer á tres puercos, que ansiosos devoraban lo que ésta con un *tabo* les echaba en una grande artesa, procedente de una

enorme olla que á su lado tenia, y era tronco de plátano cortado primero en rajadas, machacado despues y mezclado al fin con agua.

Otra criada, india como la anterior, pero bastante más jóven, no lejos de este grupo, armada de un palo grueso como un brazo y de unos dos metros de largo, machacaba lo que habia en un gran mortero de piedra puesto en el suelo.

Estaba *pilando* palay, esto es, machacándole para quitarle la cascarilla, cocerle luego y confeccionar la célebre *morisqueta* para los criados, pues Taquia, su hermano y sus padres la comian hecha con arroz más blanco y mejor.

Taquia, asomada á una ventana de la cocina que daba sobre la huerta, cogia de una medida de grano como de un cuartillo, que con la otra mano sostenia sobre el marco de la referida ventana, puñados de *palay* que arrojaba á las gallinas, que habian acudido á su voz, y en número de unas dos docenas y presididas por un robusto gallo, estaban congregadas frente á ella.

Era un cuadro de familia respirando tranquilidad, dicha, reposo y honradez.

Pablo á la sazón hallábase vigilando los trabajadores que tenian en la tierra sembrada de cocoteros de que hemos hablado antes, aumentada por el *capitan* Estéban hacia algunos años con otro gran campo colindante, donde veíanse plátanos, bongas, piñas, cocoteros, mangas, algodóneros, cañas y otra multitud de árboles y arbustos del país.

El *capitan* Estéban cogió su sombrero y su baston y se dirigió á la puerta de la casa para salir.

Pero antes de hacerlo, un indio apareció.

Era un jóven como de 21 á 22 años de edad, delgado, alto y sumamente moreno.

Componíase su traje de una camisa de *sinamay*, vieja y rota y enteramente abierta por el cuello y el pecho, y un trapo oscuro cruzado entre las piernas que se descubria bajo los faldones de la camisa.

Las piernas, casi negras, como la cara y las manos, enteramente desnudas.

Por supuesto descalzo.

La cabeza descubierta.

### XIII

—¿Qué es esto? exclamó al verle, parándose, el *capitan* Esteban. ¿Tú aquí?

—Si señor, contestó lacónicamente el indio, bajando la vista y como abrumado por el recuerdo de alguna reciente desgracia.

Inútil es decir que la lengua *visaya* era la que usaban nuestros interlocutores.

—Pues ¿qué ocurre?... habla... murmuró el *capitan* Estéban con ansiedad.

—Que la goleta ha naufragado, contestó breve y tristemente el indio, levantando la vista y mirando á su amo; pues el que así hablaba era el único de

los once que iban en el barco que tuvo la suerte de salvarse del desastre que ya conocemos, apoderándose de una tabla que, procedente de la goleta, flotaba sobre las aguas.

Las olas, más bien que su propio esfuerzo, algunas horas después arrojáronle á la playa.

Estaba amaneciendo.

Oyó los ecos de una campana llamando á misa.

Dirigióse al punto de donde el sonido parecía llegar, y después de unos minutos de marcha vió aparecer un pueblo.

Era Calape, el pueblecillo casualmente adonde al anoecer del día anterior Anselmo de la Cruz había querido refugiarse.

El indio, como hijo del país, conocia bien el punto en que se hallaba, distante solo pocas leguas de Tagbilaran.

Sin preguntar ni hablar á nadie, emprendió la ruta para allá, adonde llegó á la caída de la tarde, dirigiéndose inmediatamente á la casa en que habitaba el que había sido dueño de la goleta *Taquia*, sepultada con todo su cargamento hacia algunas horas en el fondo del mar.

#### XIV

El indio, en pocas palabras, refirió á su amo lo ocurrido.

El *capitan* Estéban y su familia comprendieron al instante que aquella desgracia los había sepultado en la miseria.

La construcción de la goleta, bautizada con el querido nombre de su hija, había costado en Cebú, que fué donde se efectuó, veinte mil pesos, pagados en dos plazos, por mitad, la primera al empezar los trabajos y la segunda al botarla al agua lista ya para hacerse á la vela.

El *capitan* Estéban no tenía disponible para ello más que la cantidad de ocho mil pesos.

Un comerciante de Cebú le adelantó los doce mil restantes, pagaderos en cuatro años al ocho por ciento de interés anual y con todas las garantías que pueden imaginarse.

La goleta, al ocurrir el siniestro, verificaba, como ya hemos dicho, su quinto viaje.

El *capitan* Estéban debía al comerciante de Cebú los doce mil pesos íntegros.

Los bienes hipotecados para el pago, y que eran cuantos aquel poseía ó pudiera poseer, presentes y futuros, apenas alcanzarían á cubrir dicha cantidad.

A algunas personas que le proveían de arroz, manteca y otras mercancías, debía también, practicada la liquidación, de tres á cuatro mil duros.

El dinero que tenía entonces en su casa no llegaba á trescientos pesos.

Los muebles y alhajas de que podía disponer producirían puestos en venta unos doscientos.

Su pasivo, como se ve, excedía bastante á su activo.

Al tener noticia de la situación á que aquella

desgracia habiale traído, probablemente sus acreedores tratarían de realizar sus créditos cuanto antes.

El *capitan* Estéban y su familia estaban arruinados.

En un instante, de la alegría y el bienestar habían pasado á la aficcion y la pobreza.

## XV

Cual dejamos indicado, sus acreedores se echaron encima.

Tal vez á no haber sido por el comerciante de Cebú, aquel negocio hubiérase arreglado satisfactoriamente.

Pero el de Cebú reclamó inmediatamente el pago de lo que se le adeudaba, acudió al juez, y los demás acreedores tuvieron que imitarle.

Los bienes todos, inclusa la casa en que habitaban, fueron vendidos; y no alcanzando su importe á satisfacer las deudas, el honrado hijo de D. Baltasar de Mendoza se desprendió de cuanto poseía con objeto de aumentar la masa de su activo, que ni con este sacrificio logró llegar á su pasivo.

El *capitan* Estéban y su familia quedaron reducidos á la miseria.

Sin el cariño y los consuelos de Pablo y de Taquia, y con especialidad sin el valor y resignacion

que ésta con sus palabras consiguió infundirles, Estéban como Leoncia, no hubieran podido resistir á tan cruel infortunio.

Pero Taquia los animaba, los consolaba, y ambos esposos, ante el amor y ternura de su hija idolatrada, llegaban á olvidarse de su amarga situacion.

## XVI

Privados de morada, fuéronse á vivir á una casa de caña, fuera del pueblo, en el campo, cerca del camino que llaman de Baclayon, por ser el que conduce á este pueblecillo.

Su nueva vivienda era una verdadera choza, pobre, triste, ruinosa, enteramente conforme con su estado, que era poco ménos que el de la indigencia.

Y aun este refugio, á no ser por la caridad, tal vez no hubieran podido conseguirle, pues, poco ó mucho, para habitarle habrian tenido que satisfacer un alquiler, que en la situacion en que se hallaban, acaso no pudieran sobrellevar.

Aquella casuca pertenecía á uno de los que hasta entonces habíanle proporcionado mercancías para su comercio y que aún era su acreedor; pero que compadecido de su triste situacion, teniéndola poco ménos que abandonada en una tierra de su propiedad, y no necesitándola para nada, se la ofreció por sí queria irse á habitar á ella.

A esta buena accion, poco tiempo despues agregó la de señalarle cierta porcion de terreno al lado de la casa para que le pudiera utilizar, sembrando en él alguna cosa.

Pablo tuvo necesidad de hacerse jornalero, y aun su padre, violentando la voluntad de Taquia, que con ello sufría profundo dolor, acompañaba muchos días á su hijo.

Era un nuevo ejemplo de las vicisitudes de este mundo, que alzan á unos desde la nada á la opulencia, y arrojan á otros desde la fortuna á la desgracia.

## XVII.

Pasó un año.

En tan corto espacio de tiempo, Estéban y Leoncia envejecieron como si hubieran pasado diez.

Sus cabezas encanecieron.

Sus cuerpos se encorvaron.

Aunque todavía no lo eran, parecían unos viejos.

Su vida y sus costumbres eran las de las familias más pobres, á cuya clase pertenecian hacia un año.

Taquia felizmente estaba ya hecha una mujer, y de este modo podia ser, como así sucedia, la providencia de aquella triste casa.

Ella lavaba, cosía, hacia la comida, cuidaba á



su hermano y á sus padres, lo hacia todo, y esto, alegre, jovial, sin articular una queja, sin recordar nunca lo pasado, contentándose únicamente con desahogar su pena, cuando no la veian, en amargas y silenciosas lágrimas que, para no afligirlos más, ocultaba cuidadosamente de su hermano y de sus padres.

## XVIII

Una noche, serian las doce, á la hora poco más ó ménos que un año antes tuvo lugar el naufragio de la goleta, causa de su ruina, despertóse Taquia sobresaltada.

Acababa de ocurrir otra desgracia mucho más grande para ella que la pérdida de la goleta en las aguas de Cebú.

El ruido que la habia despertado era la voz de su padre que exclamaba:

—¡Taquia! socorro, me han muerto.

Pablo al mismo tiempo murmuraba tambien:

—¡Taquia! ¡Taquia!

Daba un quejido ronco, ahogado, y caia al suelo, en el cual, al pronunciar el nombre de su hermana, habíale ésta visto incorporado, apoyado en una mano.

—¡Padre! ¡Pablo! exclamó Taquia sin saber á cuál de ellos acudir.

Echóse abajo de una especie de sofá muy viejo, de regilla, que la servía de cama, resto aun de sus tiempos de fortuna, y se acercó á su padre que era el que estaba más inmediato.

Para mejor inteligencia de los lectores, hácense precisas algunas explicaciones.

Pablo, su padre y su madre, á uso de la gente pobre del país, estaban echados en el suelo; Pablo en un pequeño *petate*, del cual sobresalía, y sus padres al lado, en otro un poco más grande, que ocupaban los dos.

Taquia', como ya hemos dicho, había estado durmiendo en un sofá de regilla, ancho, viejo y de poco valor, arrimado á la pared, formada como toda la casa, de cañas entrelazadas.

Cerca del sofá, en un *harigue*, á unos seis palmos del suelo, metido en un aro de hierro destinado para ello, veíase un vaso de vidrio como de medio cuartillo, más ancho de arriba que de abajo, con agua y aceite de coco y la consabida mecha de *tín-sin*, que era la luz que alumbraba la habitación.

Llaman *harigues* á unos gruesos piés derechos que clavan en el suelo y en los que se sostiene la casa.

En Filipinas, ricos y pobres, en las provincias y en Manila, todos duermen con luz, y esta es generalmente, con especialidad entre los pobres, la que acabamos de describir.

—¿Qué es eso, padre? ¿qué sucede? exclamó Taquia acercándose á su padre.

— Me han muerto, hija, respondió el anciano, mira.

Y extendiendo la mano con que se oprimía el costado izquierdo, se la enseñó á su hija.

Estaba llena de sangre.

— ¡Ah! gritó Taquia al verla, con horror.

Y arrojándose al suelo, se abrazó á su padre, incorporado y sostenido sobre el otro brazo.

— Pero qué es esto, ¡Dios mio! exclamaba Taquia mirando á su padre y sin saber qué hacer.

Y arrastrándose sobre el *petate*, cogió á su madre por una pierna y la movió, exclamando:

— Madre, madre, levántese Vd.

Pero su madre estaba muerta, y mal podia levantarse.

— ¡Cielos! ¡Muerta! exclamó Taquia mirando y tocando á su madre, añadiendo, presa del mayor dolor, levantando y besando su cadáver, aun caliente: ¡madre! ¡madre!

Dejó á ésta y se avalanzó á su hermano.

— Pablo, Pablo, dijo Taquia con un acento seco y cortado, que demostraba el estado horrible de su alma, añadiendo á poco con una expresion difícil de describir: ¡muerto tambien!

Levantóse del suelo y mesándose el cabello y alzando la cabeza, gritó, más bien que exclamó:

— ¡Pero qué es esto, Dios mio! ¿Qué ha sucedido aqui?

## XIX.

Aquello habia sido una inmensa desgracia, un crimen horrendo, inicuo, inexplicable.

Como sabemos, Pablo y sus padres estaban durmiendo en el suelo, formado de cañas bastante separadas las unas de las otras.

Desde el piso de la cabaña al del terreno sobre el que se hallaba edificada, mediaba un espacio, segun costumbre de aquellos países, como la altura de un hombre.

Aquella casa estaba al lado del camino.

Algunos criminales, peores que las fieras del monte, pasaron sin duda por allí, y á favor de la luz que iluminaba por dentro la habitacion, por entre las cañas del suelo sobre que estaban los que dormian, con un *bolo* ó una lanza, armas las dos muy comunes entre los indios, les pincharon y asesinaron, huyendo en seguida y desapareciendo entre las tinieblas de la noche.

Solo así se explica hecho tan horrendo, efecto no del deseo de robar, pues nada robaron, sino del de asesinar alevé y traidoramente, y sin más objeto que el de matar, puesto que la falta de enemigos personales de aquella familia alejaba la idea de que tal crimen reconociera por causa alguna venganza.

Dos casos semejantes tuvieron lugar durante la

estancia del que escribe estas líneas en aquella provincia, en otro pueblo de la misma, llamado Inavanga.

Crímenes infames sobre toda ponderacion, y que á no constar su certeza parecerian inverosímiles.

Crímenes inicuos, que hacen considerar á sus autores, ¡tanta es ya su maldad!, casi más que como criminales como desdichados insensatos que, cual dice el poeta:

*Hanno perduto il ben del' intelletto.*

## XX

Taquia salió á la puerta de la cabaña, y con todas sus fuerzas púsose á gritar en medio del silencio y oscuridad que la rodeaba.

Su voz se perdió en aquellas soledades.

Aunque alguno pudiera oirla y responderla en atencion á que, si bien algo distantes, no faltaban otras familias que esparcidas por el monte habitaban en aquellos alrededores, nadie respondió.

Hasta los grillos y las ranas, esos nocturnos cantores de los campos, estaban mudos.

Una lluvia mansa, menuda, finísima, pero constante, caía hacia más de una hora.

Era una noche triste, lóbrega, pavorosa.

Taquia, viendo que nadie la contestaba, entró en la cabaña.

Arrojóse al cuello de su padre y empezó á llorar. Era un espectáculo horroroso.

El anciano *capitan* Estéban en el suelo, moribundo, enterado ya de las muertes de su mujer y de su hijo, cuyos cadáveres tenia al lado.

Su hija, trastornada, medio loca, llorando y abrazada á su cuello, del cual no sabia desprenderse.

Los cadáveres de Pablo y de Leoncía, inertes, inmóviles, ensangrentados, con los ojos abiertos, junto á aquellos.

La luz, agonizando tambien, á causa del aceite que la iba faltando, alumbrando con un resplandor triste, incierto, desigual, desde un rincon, aquel cuadro de muerte.

La imaginacion, con su inmenso poder, no alcanzaria á figurarse la desolacion, el horror que llenaban aquella miserable vivienda en el momento á que nos referimos.

El pincel de Rembrand pudiera solo reproducirlo.

## XXI

Las pisadas de una persona que subia apresuradamente la escalerilla de la covacha hicieron á ésta retemblar.

Un hombre armado de una lanza, corta, pero

fuerte y afilada, apareció, y sin detenerse entró en la habitación.

Era un indio, alto, delgado, casi negro, como de 28 á 30 años, enteramente en cueros, cubierto solo con un *tapa-rabo* sujeto con una cuerda á la cintura.

Un gran sombrero de *bejuco*, en forma de plato, tan grande como una sombrilla, cubria su cabeza.

—¿Qué sucede, Taquia? exclamó, acercándose á ésta y á su padre.

Taquia, en pocas palabras, le enteró de lo ocurrido.

Las pisadas de otra persona que subia volvieron á hacer temblar á la cabaña.

Otro indio, más bajo y jóven que el primero, igualmente en cueros, sin nada á la cabeza, armado de un bolo que llevaba en la mano derecha desenvainado, apareció.

Entró y acercóse al grupo formado por Taquia, su padre y el desconocido.

Los que acababan de llegar eran dos hermanos que con su madre y una hermana, próximamente de la edad de Taquia, vivian á unos cien pasos de distancia.

Oyeron las voces de Taquia pidiendo socorro, cogieron un arma y corrieron en su auxilio.

—Pero es necesario hacer algo, repuso el indio de más edad, al ver que Taquia, abrazada á su padre, y no hacia otra cosa que llorar y prorumpir en las más amargas quejas y exclamaciones.

Y, volviéndose á su hermano, añadió:

—Anda, corre á casa y trae la botella del bálsamo para heridas.

El interpelado salió corriendo en busca del bálsamo.

La carencia de médicos y medicinas la suplen los indios con yerbas, bálsamos y otros medicamentos más ó menos eficaces hechos por ellos mismos, que casi todos tienen en su casa.

El desconocido, despues de dejar la lanza y el sombrero, hizo á Taquia algunas preguntas; mas entregada esta únicamente á su dolor y en un estado que se acercaba mucho á la estolidez, ni le contestó, ni tal vez le oyó.

Llegó el otro indio trayendo en la mano una botellita.

Cogióla el primero y pidió á Taquia un paño.

Taquia no le contestó.

Taquia no hacia otra cosa que llorar, besar y abrazar á su padre, que, sostenido en un brazo y apretándose con la otra mano el costado en que parecia tener la herida, no pronunciaba tampoco una palabra, exhalando tan solo cada vez que respiraba un quejido opaco y débil, y dirigiendo de cuando en cuando una triste mirada á los cadáveres de su mujer y de su hijo.

Observado esto por el indio, empezó á buscar por la casa lo que habia pedido á Taquia inútilmente.

Entró en un cuartito inmediato y volvió un instante despues con un trapo en la mano.



—Ea, exclamó, acercándose al desgraciado *capitan* Estéban y á su hija, aquí está el trapo, vamos á ver la herida.

Trabajo, y mucho, le costó desprender á Taquia del cuello de su padre.

Conseguido al fin, trató de ver la herida, para lo cual el *capitan* Estéban vióse obligado á dejar la postura en que se hallaba, lo que no pareció agradecerle mucho, aumentándose sus dolores.

Taquia continuó llorando amargamente, sentada en el suelo.

El *capitan* Estéban aparecia herido en el costado izquierdo, por debajo de las costillas, teniendo la herida una anchura de dos dedos, al rededor de la cual veíase bastante sangre coagulada.

Sobre el *petate* habia tambien alguna, y más aún en la camisa, y sobre todo en la mano con que se apretaba, la cual, por la parte de adentro, hallábase enteramente roja.

En el *petate*, como es consiguiente, aparecia otra abertura, semejante á la herida .

Ni Taquia, ni su padre, hicieron el más pequeño movimiento para enterarse.

Los dos hermanos, especialmente el mayor, que hacia el papel de cirujano, mojaron el paño con el bálsamo de la botella y se le colocaron sobre la herida, sujetándole con un cordel que vieron colgando de la pared.

Verificada esta operacion, á instancias de los indios el *capitan* Estéban se echó.

Su hija continuó llorando, sentada á su lado como estaba.

—Pues ahora hay que dar parte al Sr. Alcalde, repuso el mayor de los dos hermanos. Puede que aun se coja á los criminales.

—Bueno, contestó el herido, con voz apenas perceptible y sin moverse de la postura que tenia; pero que avisen tambien al Padre, porque me quiero confesar.

Generalmente en Filipinas como casi todos los curas párrocos son frailes, se les llama Padres.

El de Tagbilaran, cual todos los de la isla de Bohol, pertenecia á la Orden de los Agustinos Descalzos, comunmente llamados Recoletos.

—Ya lo oyes, repuso el indio, mirando á su hermano.

Cogió este el sombrero, señal de que aun continuaba la lluvia, y salió.

## XXII

Dirigióse al convento, ó sea la casa parroquial, unida á la iglesia.

Llamó, esperó unos momentos, abrió por fin uno de los *sacristanes* como allí llaman á los monaguillos, y dióle el recado que llevaba.

El indio, cumplido su encargo en el convento, encaminóse á casa del Alcalde mayor.

Dió dos golpes en la puerta, después de unos minutos salió un *bata* bostezando y desesperándose, y dióle noticia de lo ocurrido.

El *bata* avisó á su amo el Alcalde, éste se levantó y dió orden de presentarse inmediatamente en la Alcaldía al *vacunador*, que era el facultativo del Juzgado, al alguacil, á dos escribientes y al intérprete, auxiliar judicial en aquellos países indispensable.

Nada decimos del Escribano, porque en aque. Juzgado no le habia, siendo el Juez el que hacia sus veces auxiliado de dos testigos, que dicen, *acompañados ó de asistencia*.

El Alcalde mayor se vistió, preparó su sombrero y su baston de autoridad, y sentóse á esperar la llegada de los citados.

Cerca de una hora tardaron estos en hallarse reunidos.

Verificado que fué así, dirigidos por el indio que habia llevado el aviso, todos á pié, encamináronse al sitio de la ocurrencia.

Llegaron allá.

Extendióse el auto *cabeza de proceso*.

Empezaron las diligencias del sumario.

El vacunador reconoció al herido.

Segun su declaracion, la herida era grave.

Reconociéronse igualmente los cadáveres de Pablo y de Leoncia.

Pablo tenia una herida como de tres dedos de ancha, de arma punzante, al parecer una lanza, que

materialmente le habia atravesado de parte á parte por medio del estómago.

Su madre, por la posicion y direccion de la herida, de lanza tambien al parecer, debia tener atravesado el corazon, muriendo acaso sin despertar.

El herido prestó su declaracion, manifestando lo que ya sabemos.

Requerida Taquia para la suya, solo pudo pronunciar alguna palabra vaga é incoherente.

Su declaracion fué extendida semejante á la de su padre.

Los dos hermanos indios prestaron tambien la suya.

El Juez ordenó al *vacunador* la asistencia del herido.

La campanilla del Viático se oyó en aquel instante.

### XXIII

Una gran silla de manos, llamada en el país *orimon*, que sostenida en dos gruesas cañas horizontales conducian al hombro cuatro indios, paróse delante de la casa.

Posáronla en el suelo, y de ella salió un fraile, grueso, pero ágil y de movimientos desembarazados y resueltos, y que no tenian mucho de místicos, de mediana estatura y envuelto en un hábito negro, de

**lana**, que solo usan en estos casos, para predicar ú otro ejercicio dentro de la iglesia, sirviéndose para todos los demás actos usuales de la vida de un hábito de tela blanca de algodón.

Subió con pié firme y resuelto la no muy segura escalerilla que daba entrada á la cabaña, y penetró en esta.

Detrás de él dos ó tres monaguillos ó *sacristanes*, como allí llaman á los monaguillos.

Suspendiéronse las actuaciones judiciales.

Todos los circunstantes apartáronse del herido cuanto les fué posible, y éste dió principio á su confesion.

Esta duró poco.

El *capitan* Estéban era un hombre honrado y virtuoso, y no debia tener muchos pecados de qué acusarse.

Concluida la confesion, comulgó.

El Padre, seguido de sus *sacristanes*, salió de la casa, bajó, entró en su voluminoso *orimon* y regresó á la iglesia.

El Juzgado continuó sus actuaciones.

Un *mediquillo*, que durante la confesion fué á llamar el alguacil, apareció.

El Juez le ordenó un nuevo reconocimiento del herido y los cadáveres.

El *mediquillo* hízolo así, prestando una declaracion enteramente igual á la del *vacunador*.

Varios individuos del Tercio de policia, que era entonces la fuerza pública de la provincia, susti-

tuido hace poco por la Guardia civil, y algunos *cuadrilleros*, avisados cuando el *mediquillo*, aparecieron.

El Juez ordenóles dar una batida por las inmediaciones, deteniendo y llevando á su presencia á cuantas personas sospechosas encontraran.

Los soldados y los *cuadrilleros*, armados casi todos de fusiles, salieron á cumplir las órdenes del Juez.

Una á poco dió éste que al fin no llevó á cabo.

La referente á la conduccion de los cadáveres de Pablo y de su madre al Ayuntamiento ó Casa-tribunal del pueblo, que á instancias y vivos ruegos del herido, que no queria separarse de aquellos queridos restos hasta que los llevaran á enterrar, fué revocada, conmovido el Juez, cual la mayor parte de los que allí habia, por desdicha tan grande.

Terminadas las principales diligencias, el Alcalde y los que le acompañaban, se retiraron.

La lluvia habia cesado.

El cielo estaba claro, despejado, y una brillante aurora teñía el Oriente con puro y sonrosado resplandor.

## XXIV

Entre las varias personas que fueron acudiendo á la casa de la catástrofe, hizolo una mujer gruesa, rechoncha, india, de unos 46 años de edad, y cuyo

porte y trage indicaban debía gozar de una buena posición.

Llamábanla Doña Juana.

Su marido, que acudió detrás de ella, había hasta pocos meses antes desempeñado en el pueblo el cargo de maestro de escuela.

Doña Juana era algo parienta de la difunta Leoncía por parte de madre, y esto, más que otra cosa, era la causa de su presencia, pues si bien hasta la ruina del *capitan* Estéban ambas familias habíanse tratado con la mayor intimidad, desde dicha época Doña Juana y su marido, sin otro motivo, cesaron casi de visitarlos.

En Filipinas, como en todas partes, de los pobres se hace poco caso.

La madre y la hermana de los dos hermanos indios acudieron también.

Amortajaron como pudieron los cadáveres, los colocaron en el pequeño *petate* que fué lecho de muerte de Pablo, y en dos candelabros viejos de bronce proporcionados por Doña Juana pusieron dos velas encendidas, una á cada lado.

Visiblemente el *capitan* Estéban seguiría pronto á la tumba á su mujer y á su hijo.

Por toda medicina, el *vacunador*, encargado por el Juez de su asistencia, habíale ordenado algunos vasos de *cajelada*.

Llaman *cajel* á una fruta apropiada para refresco, parecida á una naranja verde.

Aunque otra cosa hubiera determinado, proba-

blemente no alcanzara más que lo que consiguió con la *cajelada*.

Taquia al lado de su padre y no lejos de los cadáveres continuaba llorando, pero con un llanto especial, histérico, nervioso y superior á toda clase de amonestaciones y consejos.

De pronto, á eso de las nueve de la mañana sobrevino al herido una gran fatiga, acompañada de un ruido interior hácia la parte superior del pecho, semejante al de una olla de agua hirviendo.

Doña Juana y otras personas aconsejaron que debía avisarse que llevaran la Uncion.

Así se hizo.

El herido empeoraba por instantes, y media hora despues falleció, sin el auxilio al fin de la Uncion, que llegó á poco de espirar aquel, circunstancia que proporcionó ocasion á Doña Juana para largas consideraciones y lamentos sobre la suerte futura del difunto.

El *capitan* Estéban no tuvo al fin el dolor de ver sacar de su casa los cadáveres queridos de su hijo y de su esposa.

Los tres, aquella tarde, fueron conducidos juntos al cementerio.

## XXV

Minutos despues de espirar su padre, Taquia fué llevada á casa de su parienta.

Esta, para hacerlo, creyó hallar en Taquia, so-



bre todo mientras permanecieran en la casa los cadáveres de su hermano y sus padres, grande resistencia, más no fué así.

Invitada á ello, Taquia no puso la más pequeña dificultad.

Tal vez de cuanto pasaba á su presencia hacia algunas horas no se daba cuenta la desdichada.

Más que una persona dotada de razon y voluntad, parecia un autómeta.

Su llanto habíase convertido en una especie de hipo.

Su vista, vaga, distraida, no se fijaba en parte alguna.

Despues de las breves, incoherentes palabras que vióse obligada á pronunciar requerida por el Juez, su boca no habia vuelto á articular una sílaba.

Poco antes de dar aquella tarde sepultura á los tres cadáveres, los soldados y los *cuadrilleros* que por órden del Juez habian ido á batir y explorar los alrededores de la cabaña, volvieron á la Alcaldía, manifestando no haber visto nada de particular.

Extendiéronse acerca de esto las correspondientes declaraciones, y unos y otros se marcharon, los soldados al cuartel situado enfrente de la Alcaldía, al lado de la casa del Gobernador, ó como allí se dice la *Casa-real*, y los *cuadrilleros*, primero al Tribunal á dejar las armas y despues cada uno á la suya.

Mes y medio despues, vista la imposibilidad de descubrir á los autores de tan infame atentado, el

Alcalde no tuvo otro remedio que decretar el *sobreseimiento*, bajo la acostumbrada fórmula *sin perjuicio*, el que, consultado con la Real Audiencia, fué aprobado.

## XXVI

Continuó Taquia habitando con Doña Juana.

Las muertes de su padre y de su hermano acabaron de privarla de toda clase de recursos.

Los tres pesos, cuatro reales, como allí se dice, ó sea, setenta reales vellon, que se hallaron en una pequeña arca de la casa del *capitan* Estéban, apenas alcanzaron para los gastos del entierro.

La situacion de Taquia no podía ser peor.

Sus parientes lo comprendieron así, y aunque no con mucho gusto, resolvieron acogerla como únicas personas que existian de su familia.

La de Doña Juana componíase de ésta, á la que ya conocemos, de su marido Don Serapio Malanog, y de su hija única Rufina, niña todavía de 10 á 11 años.

Don Serapio, como arriba dijimos, habia hasta unos meses antes, en que le substituyó un alumno de la Escuela Normal de Manila, desempeñado el cargo de maestro de niños del pueblo.

Era nuestro D. Serapio un hombrecillo de ménos de un metro de estatura, indio de pura raza,

negruzco, delgado, encogido, de 48 á 50 años, medio jorobado, medio tísico, medio cojo, medio sordo.

Su ocupacion, privado ya de la direccion científica de la juventud escolar de la cabecera, reducíase á tres cosas: comer, beber y visitar al Gobernador, al fraile y al Alcalde.

Era un tipo famoso.

Su hija Rufina, muy parecida al padre, era una niña delgada, espigadilla, casi negra, y como parecida á D. Serapio, bastante feilla en honor de la verdad.

A Doña Juana ya la conocemos.

Únicamente añadiremos que cual ya tal vez se habrá adivinado, ella era el alma y la directora de aquella familia, cuya voz y representacion llevaba en todo y para todo, cosa en verdad muy justa, pues ella y no su marido, era la que con sus tratos y contratos, compras y ventas, sosteníala y mantenía.

Dos criadas, una en los albores de la juventud, otra en los postreros dias de la vejez, ambas indias, componian su servidumbre doméstica.

## XXVII

Durante los primeros tres ó cuatro dias de permanencia en aquella casa, Taquia, acurrucada en un rincon, apenas comió, bebió, ni despegó los labios para pronunciar una palabra.

Su agitacion, no obstante, habia ido calmándose. Aquel hipo que sustituyera á sus lágrimas, desapareció tambien, siendo todo reemplazado por una profunda tristeza, un silencio absoluto, una constante inmovilidad.

A la derecha, entrando en lo que hacia veces de sala, y que era una habitacion bastante espaciosa y amueblada con esmero, aunque con piso de caña, cerca del rincon, hallábase una silla baja que habia servido en sus primeros años á Rufina.

En esta silla tomó Taquia asiento á su llegada y allí continuó por espacio de algunos dias en el estado que acabamos de referir.

Al sexto ó sétimo de su triste orfandad, hallándose Taquia en la citada silla, con la cabeza baja, las manos cruzadas sobre los muslos, y hecha como vulgarmente decimos un ovillo, Doña Juana, sentada ya á la mesa para comer en una pieza inmediata á la sala, cerca de la escalera, que en el país llaman *la caída*, en compañía de su hija y su marido, exclamó en voz alta para que Taquia la oyera:

—Vamos, Taquia, no seas niña, ven á comer.

Taquia no respondió, ni levantó la cabeza, ni se movió de como estaba.

Levantóse D. Serapio, fué á donde Taquia se encontraba, y tomándola una mano, díjola con el acento más dulce de que pudo disponer:

—Sí, hija, ven á comer, así no has de estar siempre... vamos... hija... ven.

Vencida tal vez estaba ya la pobre Taquia, y

próxima á levantarse para seguir á la mesa á Don Serapio, cuando se oyó decir á Doña Juana, irritada y con mal modo:

—Déjala, Serapio, si no quiere venir, que no venga... á ver como no se muere... qué nos importa á nosotros!

Horrible efecto, como deja suponerse, causaron estas palabras en el ánimo de Taquia.

Así fué que, haciendo un esfuerzo, dijo con voz temblorosa á Don Serapio:

—No, no señor, gracias... no tengo gana de comer.

Don Serapio, más que por la negativa de Taquia, por la órden que acababa de oír á su mujer, dió media vuelta y se marchó.

Tan luego como hubo desaparecido, Taquia rompió á llorar, y en silencio, pero amarga y copiosamente, continuó llorando durante todo el tiempo que aquellos emplearon en comer.

## XXVIII

Pasaban los dias, y si bien Taquia iba, aunque con pena, tomando parte en la vida de aquella familia, y habia ya abandonado la pequeña silla del rincon de la sala, sus palabras, sus actos, cuanto hacia ó decia llevaba impreso el sello de la tristeza, del desaliento y de la más profunda amargura.

El recuerdo de sus padres y de su hermano, tan repentina y trágicamente arrebatados de su lado, no se borraba un instante de su imaginación.

Cuanto en aquella aciaga noche ocurrió en su pobre covacha veíalo Taquia constantemente delante de sus ojos.

La voz de su padre despertándola, que exclamaba: ¡Taquia! ¡socorro! me han muerto... el quejido ronco, ahogado, de su hermano, que pronunciaba también su nombre y caía al suelo sin vida; la mano de su padre chorreando sangre, que éste la enseñaba; su madre tendida al lado, á la que quería despertar, cuando ya estaba muerta; la luz triste, también agonizante, que débilmente alumbraba aquella mísera vivienda; el silencio, la oscuridad de aquella noche lóbrega y lluviosa al pedir socorro á gritos desde la puerta de la covacha, todo, todo lo veía Taquia en su imaginación, lo oía, lo sentía cual si estuviera acaeciendo.

Estos recuerdos, en vez de debilitarse con el transcurso de los días, aumentaban, crecían, se arraigaban en su imaginación viva y sensible, como esas yerbas que no arrancadas al principio de una pared, crecen, se extienden, la abarcan y entrelazan con sus ramas, y acaban por ser en ella únicas y absolutas dominadoras.

## XXIX.

Un día, al mes justo del en que espiró su padre, ella habia sido conducida á casa de Doña Juana y habíanse enterrado los cadáveres de sus padres y su hermano, hallábase Taquia sentada á la mesa comiendo con sus parientes.

Doña Juana y D. Serapio, aunque indios, eran algun tanto civilizados y se consideraban, y podemos considerarlos, como pertenecientes á lo más culto de la poblacion, ó como si dijéramos, á la aristocracia del pueblo, por lo cual, hacia ya muchos años, comian *sentados* y á la mesa y no en cuclillas y en el suelo ó en una mesilla semejante á una tarrima, segun costumbre de los indios.

Taquia y á su derecha Doña Juana, ocupaban, sentadas en un banco sin respaldo, un lado de la mesa.

En frente, en otro banco igual, hallábanse Rufina y D. Serapio, éste á la izquierda de su hija.

Nada de particular ocurrió durante gran parte de la comida, servida por la muchacha que, con la vieja, sabemos constituia su servidumbre doméstica, pues aunque algunas otras personas prestábanles tambien sus servicios, como la lavandera, otra muchacha que concurría con frecuencia á ayudar a coser á Doña Juana y un mozallon, especie de-

mandadero para recados y comisiones, las dos primeras eran las verdaderas criadas que habitaban y dormían en la casa.

Todos, menos Taquia, hallábanse entregados á satisfacer esa dura necesidad del estómago llamada apetito, bastante bueno en apariencia.

Taquia, más que comer, presenciaba la comida.

De la obligada é imprescindible morisqueta y de un gran plato de pollo guisado que la muchacha habia presentado, Taquia solo tomó un pedacito de pechuga casi imperceptible, lo que fué causa de decirle D. Serapio:

—¿Pero no quieres más?

—No señor, respondió Taquia, no tengo gana.

Don Serapio, su mujer y su hija continuaron comiendo sin hacer caso de Taquia, que, cabizbaja y silenciosa y sin mover apenas los ojos de sus manos, cruzadas una sobre otra en el borde de la mesa, hallábase entregada á sus constantes cavilaciones, en aquel día más justificadas.

En la habitacion no se oía otro ruido que el que producen tres personas que comen y callan.

La jóven sirvienta india, de pié detrás de Doña Juana, miraba y callaba tambien.

El pollo iba desapareciendo por instantes.

En esto, Taquia, de pronto, sin pronunciar una palabra, comienza á reir á carcajadas.

Todos cesan de comer, y la miran sorprendidos sin comprender aquella risa.



## XXX

—¿Qué es eso, Taquia, de qué te ries? preguntó al fin Doña Juana.

Taquia, sin contestar ni darse por entendida, continuó sus carcajadas.

—¿Pero qué es? preguntó D. Serapio, atónito, y mirando alternativamente á su mujer, á su hija, á Taquia y á la criada.

—Yo no sé, contestó Rufina, abriendo desmesuradamente los ojos y mirando á su padre, asustada de lo que pasaba.

Taquia entretanto, reía y reía, pero sin decir una palabra y con una risa histérica, nerviosa, extraordinaria.

Pasaron así unos minutos.

Doña Juana exclamó:

—¿Pero qué te pasa, Taquia? ¿por qué es esa risa?

Taquia, de pronto, como habia empezado á reir, calló.

Doña Juana volvió á decir:

—¿Pero qué te pasa?... ¿Por qué es esa risa?

—Pues qué... ¿me rio yo? exclamó tranquilamente Taquia, fijando en Doña Juana sus grandes ojos castaños.

—¡Que si te ries! exclamó Doña Juana, comenzando á sospechar el motivo de aquella extraña y repentina hilaridad.

Y añadió:

—Pues ya lo creo... y no sé á qué viene ahora esa risa.

—¡Ah! murmuró Taquia, como distraida; ¿con que yo me reía?

—Y buenas carcajadas que dabas, exclamó Rufina, sonriendo y recobrando su serenidad y su alegría.

—¡Que yo daba carcajadas! continuó Taquia en el mismo tono.

—Ya lo creo... y bien grandes, replicó Rufina, riendo y mirando á su madre.

—Chist... calla... no los despiertes, repuso Taquia. con misterio, bajando la voz y poniéndose el dedo índice de la mano derecha sobre los labios.

Rufina se echó á reir.

Despues replicó:

—¿Y á quién voy á despertar?

—A ellos... á mis padres y á mi hermano, respondió Taquia, que están durmiendo ahí dentro.

El semblante de Rufina se oscureció, se formalizó.

Taquia continuó de este modo:

—Anoche... muy tarde... muy tarde... yo creo que iba ya pronto á empezar á amanecer... ¿fué anoche?... sí... anoche fué... estaba yo durmiendo en aquel sofá viejo de regilla que tenemos...

Aquí hizo una pequeña pausa.

Luego continuó:

—Sí... porque dormir en el suelo... no me gusta... por las hormigas y las cucarachas... cuando uno

está dormido no siente nada... y pensar que alguno de estos bichos me ande por la cara... y en los oídos... y en el pelo... y en la boca... ¡uf! ¡qué asco!

Y después de hacer un gran gesto de desagrado, prosiguió, bajando más la voz:

—Y luego... estas casucas que tienen el piso de caña... cualquiera se mete debajo... y mientras estás durmiendo... con un *bolo* ó una lanza te clavan y te matan... ¡asesinos! ¿No es verdad que han sido unos infames?... Si yo supiera quiénes eran... pero... sí... vete á averiguar... ¿Qué estaba yo diciendo?... ¡Ah!.. sí, ya me acuerdo... ¡qué graciosos!... ¡Y qué noche estaba!... negra, negra, negra... y una agüilla... que apenas se sentía, pero muy fría... muy fría... y un silencio... ¿Y la mano? ¡Jesús! ¡qué mano!... cada vez que me acuerdo... y volaba... volaba... la mano sola... sin brazo... con los dedos abiertos... y por cada uno de ellos un chorro de sangre... muy colorada; muy colorada...

Al llegar aquí Taquia, Doña Juana se levantó, se acercó á ella y la dijo:

—Ven, Taquia, ven á echarte un poco.

—¿Para qué? preguntó Taquia levantándose.

—Para que duermas un rato, contestó Doña Juana.

—¡Dormir! exclamó Taquia.

Y dando una carcajada, añadió:

—¡Si me acabo ahora de levantar!

—Ven, ven, replicó Doña Juana, cogiendo una mano á Taquia y tratando de convencerla para que la siguiera.

—Yo no tengo sueño, repuso Taquia.

Y echó á correr á la sala en busca de la pequeña silla consabida, en la que se sentó y acurrucó cabizbaja y silenciosa.

Los disgustos, las amarguras, las cavilaciones que hacia algun tiempo trabajaban el espíritu de Taquia, produjeron su efecto.

Acababa de volverse loca.

### XXXI

Desde aquel dia, Taquia no recobró ya el pleno uso de su razon.

Su demencia era tranquila.

Hasta habia momentos en que parecia no estar loca.

Su estado habitual era el del silencio y la melancolía.

Mientras vivian sus padres y su hermano, apenas cesaba un momento de trabajar.

Ahora eran los cuidados de la casa, despues coser ó planchar ó limpiar, pero siempre ocupadá en algo.

Desde la catástrofe de su familia y su traslacion á la casa de su parienta, varió completamente.

Hasta el trastorno de su razon no habia hecho otra cosa que llorar ó cavilar.

En su nueva y triste situacion, no sabemos decir si continuaba cavilando, pero callaba.

Su antigua laboriosidad habia desaparecido.

De limpia, aseada y cuidadosa de su persona y traje, como siempre habia sido, hizose abandonada, sucia, indiferente.

Dejó de lavarse y de peinarse, y solo á la fuerza ó por medio de otra persona lograba Doña Juana que lo hiciera alguna vez.

Taquia, para los más, solo era ya un objeto de burla ó distraccion.

Pobre y demente, ¿qué habia de suceder?

El mundo es así.

## XXXII

Ignorante de lo que hacia, la infeliz cometia toda clase de imprudencias.

En dos ó tres dias á veces no queria probar bocado.

A cada instante otras pedia de comer.

Instalada en la pequeña silla de la sala, en ella á veces permanecia dias y dias.

Otras marchábase de la casa, y en tres ó cuatro no volvia.

Esto dió lugar á que Doña Juana, que no sentia por ella gran cariño, empezara á tratarla con dureza y en ocasiones á pegarla.

Taquia para aquella familia comenzó á ser un motivo de disgusto, lo cual, á pesar de su demen-

cia, no se ocultó á la desgraciada, que segun ya hemos dicho, no sentia por ellos tampoco grandes simpatías.

Los locos, cual los niños, sobre todo los que como Taquia no han perdido completamente la inteligencia, conocen muy bien las personas que los quieren.

La situacion para todos era cada dia mas desagradable.

### XXXIII

Las ausencias de Taquia fueron haciéndose más largas y frecuentes.

En algunos dias, á veces en toda una semana, ni la veian ni sabian de ella.

Al principio, si notaban que se acercaba la hora de comer ó de cenar y Taquia no estaba en casa, la muchacha salia á la puerta de la calle, miraba, preguntaba y procuraba encontrarla.

Pero pasaron unos meses, continuaron sus ausencias, y ya no solo la muchacha dejó de salir á la calle á buscarla, sino que nadie en la casa daba muestras de cuidarse de que faltaba Taquia.

Comian ó cenaban y ya ni siquiera preguntaban por ella.

¡Desdichada humanidad!

¿Dónde se hallaba Taquia mientras tanto?

Sentada en una piedra ó en el suelo, en el pueblo

ó en el campo, durmiendo á la puerta de una casa, vagando á la ventura, sin plan, sin norte, sin objeto; comiendo lo que alguna persona caritativa le ofrecia ó la daba algun muchacho, ó lo que por cualquier otro medio podia proporcionarse.

Uno de sus sitios predilectos era el *pantalán*.

Lllaman *pantalán* á un embarcadero de piedra ó de madera á la orilla de un rio ó del mar.

El *pantalán* de aquel pueblo se compone, ó entonces se componia, cual probablemente seguirá sucediendo, de una andamiada de madera, como de ocho ó nueve metros de altura, donde hasta hace pocos años instalábase por las noches una guardia de vecinos que vigilaban á causa de las apariciones que hacian á menudo por aquellas aguas barcos de piratas moros, y unas piedras colocadas en forma de escalera que entran en el mar y facilitan el embarque ó desembarque.

Debajo de la andamiada, por donde hay paso practicable, corren á uno y otro lado dos asientos, contruidos toscamente con ladrillos en el muro que sirve de base á la andamiada.

Desde estos asientos se divisa una gran extension de mar.

¡Cuántas veces desde ellos, mirando á Occidente, camino de Europa, el que esto escribe ha pensado en España, ardiendo en deseos de regresar á la madre pátria!

Allí es donde, como decimos, concurría Taquia frecuentemente.

Sentábase en uno de ellos, y allí, inmóvil, silenciosa, con los ojos fijos en *la inmensa llanura de mar*, cual dice la canción, pasaba horas y horas.

¿Qué pensamientos cruzarían por su imaginación?

¿Recordaría aquella velera goleta de su mismo nombre, perdida aun no hacia año y medio á pocas millas de aquel sitio, causa y origen de todas sus desventuras?

¿Compararía en su alma su felicidad pasada y su presente desgracia?

¿Daríase cuenta de cuán grande, cuán triste era su desdicha, cuán amargo su porvenir?

Preguntas son estas difíciles de contestar.

Misterios encerrados en el santuario de su alma.

Arcanos que ella misma no sabría revelar.

### XXXIV

Las ausencias de Taquia de casa de Doña Juana hiciéronse aún mayores.

Podía ya decirse que Taquia no tenía más casa que la calle.

Doña Juana y su familia veíanla con la mayor indiferencia.

Cuando hablaba aquella con alguna persona, acerca de esto, solía decir:

—Yo no me quiero ya incomodar. No se puede ha-



cer carrera de ella. Así es que ya no la digo nada, y la dejo hacer su gusto.

La verdad es que en su corazón había poca caridad.

Taquía lo conocía, lo sentía, como conoce el perro la mano que le acaricia, y he aquí el motivo de su poca afición á aquella casa.

Una buena alma, una mujer empezó á compadecerse de ella.

Casi siempre que la encontraba la hablaba, decía alguna palabra cariñosa, la daba algún dinero.

Taquía, no sabemos si conociéndola ó no, á pesar de ser antigua amiga de sus padres, se paraba, se sonreía con ella y tomaba el dinero ó la golosina que aquella la daba.

Esta buena mujer, esta alma compasiva era Hernanda, la esposa del que, aun siendo su acreedor, proporcionó al *capitan* Estéban después de su ruina casa donde guarecerse y hasta algún medio de subsistencia.

### XXXV

Una mañana, al volver de misa Hernanda, halló á Taquía en la calle.

Según costumbre, paróse á hablar con ella.

Cruzaron algunas palabras, y tomándola Her-

nanda una mano dijola con los ojos arrasados de lágrimas:

—Ven, Taquia, vente conmigo á casa. Así... por la calle... no estás bien.

Taquia no contestó.

Pero miró á Hernanda, sonrió, y siguió con ella agarrada de la mano.

Por las palabras vagas, incoherentes que durante el trayecto tuvo ocasion la piadosa Hernanda de oír á Taquia, comprendió que ésta hacia dias apenas habia comido.

Llegó Hernanda á su casa, hizo entrar á Taquia y mandó á la criada que hiciera pronto algo que comer.

Mientras esto se verificaba, consiguió que Taquia se lavara y aseara un poco.

Apareció la criada con un plato de pescado frito.

En silencio, afable y risueña, Taquia empezó á comer de aquel pescado.

El marido de Hernanda llegó en aquel momento de la calle.

Explicóle Hernanda lo sucedido, manifestándole el deseo que abrigaba, si él no se oponia, de recoger y amparar á aquella desgraciada.

El *capitan* Ignacio, ó sea su marido, aprobó gustosísimo en todo y por todo el noble pensamiento de su mujer.

Taquia habia encontrado refugio y protectores.

## XXXVI

Careciendo de hijos, Hernanda y su marido tomaron por la infeliz Taquia un cariño é interés verdaderamente paternas.

Taquia se lavó, se aseó, se puso decente.

Engordó, se embelleció y hasta pareció mejorar un tanto de su cruel enfermedad moral.

Pasaron unos meses.

Su mejoría iba en aumento.

Pasó un año, pasó otro, pasaron hasta tres.

Hernanda y su marido no cabian en sí de gozo.

Taquia no salía ya á la calle como antes sin necesidad, y cuando lo hacía era con algun objeto y de una manera conveniente.

Cosia, trabajaba, tomaba parte en los quehaceres de la casa.

Mostrábase callada, taciturna, pero cuando se ofrecia la ocasion hablaba ó escuchaba como si estuviera en su juicio cabal.

Asistía á la mesa, á la iglesia, á donde era necesario, sin llamar la atencion.

Hernanda, su marido y cuantos la conocian empezaron á abrigar esperanzas de ver á la infeliz volver de nuevo á la razon.

Probablemente, segun las apariencias (tal era su visible y creciente mejoría), así hubiera sucedido,

sin un accidente desgraciado que sobrevino y sumió á la infeliz en un estado igual ó peor que el en que se encontraba al ser recogida por Hernanda.

### XXXVII

El *capitan* Ignacio era muy aficionado á una fruta que llaman *chicos*, del tamaño de una pera, muy dulce y sabrosa, y para el que estas líneas escribe una de las más agradables del Archipiélago.

En la tierra ó *sementera* como allí dicen, donde hallábase la casa habitada en sus últimos tiempos por el *capitan* Estéban y su familia, camino de Baclayon, de la propiedad del *capitan* Ignacio, habia cuarenta ó cincuenta árboles de aquella clase.

Hablóse una mañana de los *chicos*, por ser entonces época de ellos, y Hernanda encargó á la criada que fuera á la *sementera* á ver si traia algunos.

La criada, poco más ó ménos de la misma edad de Taquia, al salir de casa por la tarde con objeto de ir allá, vió á Taquia y dijola si queria acompañarla.

Hernanda no estaba presente.

Taquia aceptó y siguió á la criada.

Ambas, alegres y risueñas, encamináronse á la *sementera*.

Llegaron.

Para dirigirse al sitio donde hallábanse los árboles que dan aquella fruta, hacíase preciso pasar por delante de la casa, teatro del terrible drama, situada á la entrada de la heredad.

La criada, ó lo ignoraba ó no se acordó de nada de esto.

Entraron.

Taquia, hasta entonces alegre y jovial, apenas vió la casa, corrió á la escalerilla, y salvando precipitadamente los escalones, penetró en la covacha.

### XXXVIII

Aquella casa, desde la muerte del *capitan* Estéban, habia quedado abandonada.

Al desaparecer de ella esta familia, volvió al estado en que se hallaba cuando aquel fué á habitarla.

Un poco más vieja, un poco más ruinosa.

Por lo demás, lo mismo exactamente que la triste y fúnebre noche de la desgracia.

Colocado en su aro de hierro en el *harigue*, aun estaba allí el vaso que alumbró con su agonizante luz tanta desolacion, con su mecha de *tinsin*, con el resto del aceite, con el agua que en la tarde de aquel fúnebre dia habia puesto en él Taquia, segun costumbre, cubierto únicamente, como es de suponer, de polvo y telarañas, efecto del tiempo transcurrido y en el que nadie habla tocado.

Enganchado en una caña, cerca del barreño roto y viejo que servía de hogar, hallábase todavía un pedazo de tela oscura, una rodilla, de que Taquia se servía á la sazón, y que había colgado allí pocas horas antes del suceso.

Al lado del barreño veíanse aun algunos palitroques y pedazos de cañas preparados por Taquia para leña, resto de la que sirvió para hacer la cena aquella noche.

El sitio donde el *capitan* Estéban, su mujer y su hijo habían estado durmiendo, conociase perfectamente por la sangre que manchaba las cañas del suelo y que nadie había pensado en quitar de allí.

Hasta pudiera designarse el lugar que cada uno de ellos ocupaba.

Parecía como que se veía aun en el suelo á los cadáveres.

### XXXIX

Apenas desapareció Taquia de la vista de su compañera, ésta oyó á aquella dar dos ó tres gritos atroces, desgarradores.

La criada, corriendo, subió también á la casa.

Taquia estaba en el suelo, inmóvil, sin sentido, casualmente donde las manchas de sangre eran mayores y más marcadas.

Aquel sitio era el que había estado ocupado por su padre.

Aquellos grandes y oscuros manchones de sangre provenían de la que había arrojado el *capitan Estéban*.

La criada, aterrada, salió á la escalerilla, y como Taquia en otra ocasion, empezó á dar voces en demanda de auxilio.

Afortunadamente era de dia, y varias personas acudieron, entre ellas un hombre y una mujer que pasaban en aquel instante por el camino.

En ménos de cinco minutos reuniéronse 10 ó 12 personas, entre hombres y mujeres, chicos y grandes.

Acudieron á socorrer á Taquia.

La primera idea, y lo primero que dijo la criada, fué que aquella estaba muerta.

Su aspecto, su inmovilidad, así hacían sospecharlo.

Pero la observaron y vieron que solo estaba privada de sentido.

Después de algunas dudas y diversos pareceres sobre lo que debía hacerse, resolvieron conducirla al pueblo.

Con cañas y ramas de árboles hicieron en pocos momentos una especie de parihuelas.

Colocaron en ellas á Taquia, que continuaba sin conocimiento, y conducida por dos indios, que una ó dos veces se remudaron antes de llegar á casa de Hernanda, púsose en marcha la comitiva.

Inútil es decir que los famosos *chicos*, causa inminente de lo que acababa de pasar, quedáronse aque-

lla tarde sin coger, ganando con aquel incidente unas horas más de vida en las ramas donde se hallaban.

## XL

Amargo dolor produjo á la buena Hernanda ver llegar á su casa á Taquia en estado semejante.

Avisóse al médico, ó sea el *vacunador*.

Llegó éste.

La vió, la pulsó.

Mandó ponerla en los piés y en las pantorrillas unos fuertes sinapismos.

Aconsejó tambien que la dieran á oler vinagre.

Hiciéronlo así.

Pasaron algunas horas.

Taquia, á pesar de todo, sin recobrar el conocimiento, ni siquiera la sensibilidad.

Esto último, no lo primero, verificóse al fin á la tarde del dia inmediato.

Mas un horroroso delirio, acompañado de una violenta calentura, acometió á la infeliz.

—¡Padre! ¡Asesinos! ¡Madre mia! ¡Pablo!

Ved aquí las expresiones que más á menudo pronunciaba.

Tres dias permaneció en tan cruel estado, pasados los cuales, merced seguramente á las fuerzas de la naturaleza y no al influjo de las medicinas que la dieron, empezó á mejorar.



Trascurrieron algunos más, y la fiebre desapareció, no el delirio, que si bien notablemente mitigado, continuó aún más de un mes.

Siguió restableciéndose, aunque con suma lentitud.

El delirio desapareció.

Empezó á dar muestras de alguna inteligencia.

Su estado, sin embargo, comparado con el en que se hallaba antes de este imprevisto y desdichado incidente, habia empeorado mucho.

Volvió á hacerse abandonada, súaia, indiferente.

Perdió de nuevo la afición á trabajar.

Volvió á hacerse intratable, caprichosa.

Sus salidas de casa, sin rumbo, sin objeto, comenzaron otra vez.

Volvió á gustar de ir rota, desgredada, despeinada.

Trató Hernanda de evitarlo, pero no la fué posible.

Querer que se lavara y se peinara, se pusiera otra ropa, que no saliera sola de la casa, era ocasion de un escándalo, de un disgusto.

Varias por esta causa fueron las camisas y las sayas que hizo materialmente añicos.

Fué preciso dejarla.

Otra cosa era molestarse y molestarla sin fruto alguno.

Dejáronla, pues, que hiciera su gusto.

**XLI**

En una cosa felizmente no recayó.

En lo de marcharse de casa, como hacia cuando vivia con su parienta Doña Juana, y no volver en dias enteros y aun en semanas, como entonces sucedia.

Salia, daba sus vueltas, sola, sin hablar ni pararse con nadie, por las calles, pero volvia.

Y tal en este punto era, no sabemos decir si su cuidado ó su instinto, que ni para almorzar, ni para comer, ni para cenar, hizo esperar nunca á la familia, volviendo siempre á la hora debida.

Hernanda y su marido contemplábanla con pena, porque la querian y se compadecian de su triste suerte; Taquia lo conocia, y ved aquí sin duda la razon de su puntualidad, de su afecto á aquella casa, tan distinto del que manifestara á la de su parienta.

En este estado, algunos meses despues, la conocí.

**XLII**

Como he dicho al principio, aquella mujer, con su aspecto sério y grave, con su figura algo trágica me interesó.

Tal vez si la hubiera llamado, al ménos á la puerta de la escalera, hubiera subido.

Tentado estuve de hacerlo alguna vez, para oirla por curiosidad; pero sospechando su estado, si bien no le conocia ni sabia aun su historia, me contuve.

Compréndese fácilmente que mi interés, mi compasion, subirian de punto despues que supe sus desventuras.

Aquella mujer habia sufrido grandes amarguras; desde el bienestar y la fortuna habia caido en el abandono y la miseria; su vida habia sido combatida por grandes desdichas, y estas circunstancias tenian que hacerla para mí simpática y respetable.

Mi corazon, que tanto ha padecido, no puede ménos de amar, de respetar, de compadecer á todos los desgraciados.

Para mí, todo desgraciado es un hermano.

Esto acaba de explicar mi interés, mis simpatias por aquella desdichada.

Cinco meses y unos dias permanecí en Tagbilaran.

Durante ese tiempo, ni un dia dejó Taquia de pasar una ó dos veces por delante de mis ventanas.

Me miraba y la miraba, se sonreia y me sonreia, y continuaba su camino.

Ni una vez nos hablamos.

¿Vivirá todavía la infeliz Taquia, ó habrá desaparecido en el abismo de la eternidad?

¿Recobraría la razon, ó continuará, si aun vive, en el estado en que yo la conocí?

¡Digna era la pobre Taquia de toda clase de **ven-**  
**turas!**

Su pasada mejoría, el cariño que Hernanda y **su**  
marido el *capitan* Ignacio la profesaban, y la **cir-**  
**cunstancia** de carecer éstos de hijos, hace abrigar  
esperanzas de que la suerte de Taquia haya podido  
mejorar.

Bien lo merecía.



## EL HIJO DEL TULISÁN.

### I

En cierto pueblo de la provincia de Zambales, una de las comprendidas en la isla de Luzon, habia hace algunos años un matrimonio cuyas circunstancias no dejaban de ser algo singulares.

El marido se llamaba Patricio, la mujer Patricia, habian nacido no solo en el mismo dia, sino á la misma hora y poco más ó ménos en el mismo momento y en la misma habitacion, siendo bautizados en la misma pila, el mismo dia, por el mismo sacerdote, con asistencia de los mismos testigos, y poniendo á ambos el mismo nombre.

Dicho matrimonio, modelo de esposos y de familias honradas y virtuosas, tenia una hija llamada Alberta y á la que, según costumbre en aquellos países, casi todos, abreviando el nombre, apellidaban Berta, nacida tambien por extraña coincidencia, en el propio dia y hora que sus padres.

Berta acababa de cumplir 16 años.

Era de regular estatura, delgada, pelo y cejas negros, lo mismo que los ojos.

Su raza, como la de sus padres, era la mestiza *sangley*, ó sea china.

Patricio y Patricia eran á la sazón dos buenos viejos de 60 años, bajos, regordetes y con el pelo enteramente blanco, lo cual viene á desmentir lo que algunos creen ó dicen de que á los indios, y sobre todo, á las indias, no se les ponen blancos los cabellos.

Su posición en la sociedad era bastante desahogada, contando con un capital en tierras de *sementera* ó de labor que no bajaría de 15.000 pesos, con otros 10.000 más en metálico, que, según la fama, tenían en su casa.

Berta era una muchacha adornada de las mejores cualidades.

A una belleza verdaderamente notable, reunía prendas de corazón y de inteligencia no inferiores á aquella, motivo por el cual sus padres y cuantos la conocían, la amaban, la querían y hacían de ella los mayores elogios, completamente justos y merecidos.

Sus ancianos padres con esto, más todavía que por sus riquezas y bienestar, considerábanse, y éranlo así en efecto, enteramente felices.

Berta, del propio modo, al lado de sus padres lo era también.

La alegría, el sosiego, la felicidad, tenían su más espléndido palacio en la modesta casa de tabla y *nipa* habitada por esta familia.

## II

Varios fueron, más ricos y más pobres, más jóvenes y más viejos, los que al llegar Berta á los 20 años de edad habíanla solicitado para esposa.

Pero Berta hallábase muy bien al lado de sus padres, sin que ninguno de sus muchos pretendientes lograra encender en su corazon ese fuego divino y misterioso llamado *amor*, y Berta habia dado á todos idéntica respuesta, ó más claro, unas solemnes calabazas.

Sus ancianos padres, que no se hallaban peor al lado de su hija, veian el desenlace de estos dramas con indecible satisfaccion, si bien decididos á respetar su voluntad el dia que fuese diferente.

Varios, como hemos dicho, habian sido sus enamorados y desgraciados pretendientes.

Uno de ellos no merecia acaso la triste suerte de contarse entre los rechazados.

Amaba á Berta con ardiente y verdadero amor. Su pasion era antigua.

Remontábase á los primeros años de la infancia.

Leonardo, que este era su nombre, pertenecia tambien á una de las más distinguidas familias de la poblacion.

Era huérfano de padre, y vivia en compañía de su madre y dos hermanas, una mayor y otra menor que Leonardo.

Su raza era la mestiza española.

Su figura una de las mejores entre los jóvenes del pueblo.

Sus costumbres irrepreensibles.

Su inteligencia clara y un tanto cultivada, hablando tambien un poco de *castila* como allá se apelida al idioma castellano.

Leonardo, no obstante, fué tambien desdeñado.

Otros dos compañeros de infortunio merecen tambien algunas líneas por el resultado que en ellos produjo el desamor de la invencible Berta.

Uno era cierto vecino del pueblo, viudo aunque sin hijos, llamado Pantaleon, y de unos cuarenta y cinco años de edad.

Pertenecia tambien á una buena familia, y aunque á la muerte de sus padres algunos años antes habia heredado una regular fortuna, habiéndola derrochado despues, hallábase hacia algun tiempo en bastante mala situacion.

Ni su edad, ni sus circunstancias, ni sus prendas personales eran muy á propósito para conquistar el corazon de Berta, que tan insensible se mostraba ante más temibles campeones.

Pero como dice el cantar,

«El amor es un bichito  
que por los ojos se mete,  
y en llegando al corazon  
da fatiguillas de muerte,»

metióse por los ojos de nuestro indio, hizose dueño de su corazon y obligóle á emprender una campa-



ña amorosa, de la que no podía resultar otra cosa, como así sucedió, que un desastre mayor que el de Sedam.

Sin fuerzas el infeliz para sobrellevar el desprecio de Berta, cogió un *mecate*, ó sea una cuerda, corrió al monte, eligió un árbol, le ató á una rama, y se ahorcó.

Desenlace ménos lúgubre, aunque no ménos trágico, tuvo el otro.

Este no se ahorcó, pero se casó, lo que para algunos será igual, y con circunstancias agravantes.

Lúcas, que así se llamaba este pretendiente, era un mozallon de 23 años, alto, grueso, eminentemente chato, negruzco y mofletudo.

Vivia con sus padres y una hermana de más edad que él, igualmente soltera.

Su familia pasaba por ser la más rica del pueblo, y Lúcas solía decir que sus padres tenían treinta mil pesos en monedas de oro en una arca de su casa para dárselos á él el día que se casara.

Su inteligencia, como ya habrán adivinado mis amados lectores, no era notable por su desarrollo ó agudeza.

Empezó Lúcas á hacer el amor á Berta.

Varias veces, con esperanza de obligarla más, habia dicho á ésta:

—Berta, no me desprecies. Mira que si no te casas conmigo, busco á la más fea y pobre que haya en el pueblo y me caso con ella.

No es difícil imaginar que Berta oyó semejante amenaza como quien oye llover.

Requerida al fin Berta para que diera su contestación definitiva, respondió... lo que ya se supone... que no quería casarse con él.

Lúcas entonces, ciego de cólera y enojo, busca á una negra *aeta* que estaba de sirvienta en una casa inmediata á la suya, tuerta, patizamba y más fea que una noche de truenos, y la propone si se quiere casar con él.

Lllaman *aetas* á una raza de negros que viven en los montes poco ménos que como los monos ó las fieras.

Algunos de estos *aetas*, especialmente mujeres, dedícanse al servicio doméstico, abandonando su vida montaraz.

La pobre negra al pronto creyó que Lúcas se burlaba; pero convencida de que su proposición era cosa formal, aceptó gustosa como era de presumir.

Cual era igualmente de esperar, los padres de Lúcas se opusieron, y por todos los medios de que les fué dable disponer trataron de impedir la barbaridad que intentaba hacer su hijo.

Pero Lúcas, como había dicho á Berta, estaba resuelto á llevar á cabo su proyecto; empeñóse en casarse con la negra, y se casó.

Todos en el pueblo, empezando por Berta, saludaron con una carcajada la resolución de Lúcas, que quedó hecho esposo de la negra.

Los únicos que no se reían eran sus padres.

## III

Dos ó tres meses despues del célebre casamiento de Lúcas, próximo ya á deshacerse, en cuanto era posible, como desde antes de verificarse no hubiera sido difícil vaticinar acontecería, Berta, en compañía de su criada daba una tarde la vuelta á su casa, de ver á una amiga suya que estaba enferma y habitaba con su familia en un barrio fuera de la poblacion.

Corrian los primeros dias del mes de Octubre.

Ocho ó diez antes, como por aquella época sucedia casi todos los años, una grande avenida, efecto de las lluvias, había llevado el no muy seguro puente de tablas que existia sobre el rio que dividia dicho barrio y el pueblo, suceso que ya por lo repetido no llamaba la atencion ni de los vecinos ni de las autoridades.

Dos, tres, cuatro ó seis meses despues que el rio se habia llevado el puente, pasada ya la estacion de las lluvias, empezaban á pensar en componerlo ó en hacer otro nuevo, segun hubiera sido el destrozo causado por las aguas.

Llevaban entonces algunos maderos, generalmente troncos de cocoteros, introduciéndolos lo que podian en la arena del rio, clavaban ó ataban á ellos algunas tablas, y ya tenian nuevo puente has-

ta que otra avenida al tiempo acostumbrado se lo volviera á llevar, y tuvieran que repetir la misma operacion, que ya se iba verificando desde tiempo inmemorial.

Mientras carecian de puente, nunca faltaba alguno que pusiera una *banquilla*, y por la módica retribucion de un cuarto, y muchos por ninguna, pasaban el rio, no grande en lo restante del año, pero entonces respetable y hasta peligroso.

La *banca*, que así se llaman estas embarcaciones, era el tronco de un árbol de diez ó doce varas de largo por dos ó tres cuartas de ancho (como se decia hasta hace poco), horadado por el centro, y que son las lanchas usuales no solo en Filipinas, sino en Adem, Ceylan, Singapore, Hong-Kong y toda aquella parte del mundo.

Para que estas *bancas* no vuelquen, cosa en extremo fácil por su pequeñísima anchura, pónenlas en Filipinas unas largas cañas á los lados en forma de rectángulo, y que llaman *batangas*.

Si estas cañas no van puestas más que por un lado, las llaman entonces, *medias batangas*, que es generalmente la costumbre por la parte de la India, hácia la isla de Ceylan, en donde no he visto más que *medias batangas*.

En Filipinas generalmente las ponen por ambos lados, lo que, digan algunos lo que quieran, debe ser más seguro.

Estas *bancas* no tienen remos, haciéndolas bogar y virar en todas direcciones, bien con un palo ó

una caña larga que clavaban en el fondo, bien con una paleta llevada á la mano.

#### IV

Berta y la criada llegaron á la orilla, no lejos del sitio donde habia existido el puente, del que veíanse todavía algunos restos.

La banquilla destinada al transporte de la gente acababa de llegar á la orilla opuesta.

Allí descargaba los que conducía y tomaba otros que deseaban pasar al lado opuesto.

Berta necesitaba esperar unos momentos.

Era domingo, y tanto ella como la criada aparecían vestidas con esmero.

Berta llevaba saya de seda á cuadros verdes y encarnados, en gran parte cubierta por el correspondiente *tapis*, que era de seda negra, ó sea una especie de banda ancha que se ciñen al cuerpo, encima de la saya, más ó ménos larga, segun el gusto de la persona, pero siempre más corta que la saya, y *camisa* ó corpiño de muselina blanca, con anchas y cortas mangas que dejaban descubierta gran parte de los brazos.

Un rosario de marfil con engarce, cruces y medallas de plata y el consabido escapulario pendían de su cuello, cayendo, el rosario sobre el pecho y los dos cuadros del escapulario, uno con el rosario y otro sobre la espalda.

La cabeza descubierta, pues el pañuelo de seda destinado para ella aparecía en su mano derecha.

El pelo, enteramente suelto, caía por los hombros y la espalda hasta más abajo de la cintura.

Por debajo de la saya, que tocaba al suelo, aparecía la punta de uno de sus piés, calzado con chinela.

Sustituid el algodón á la seda, el metal y la madera á la plata y al marfil, suprimid las chinelas, acortad un poco el largo de la saya, y os formareis idea del traje de la criada, de pura raza india y sumamente morena.

Esta llevaba el pelo recogido, no atado, sino hecho un nudo, sin cordón, á usanza de aquellos países.

Tres ó cuatro vendedoras de fruta y pescado con sus mercancías sobre la cabeza, una anciana á la que acompañaba un chico de 12 á 13 años y un hombre hallábanse á la llegada de Berta esperando también la banca.

Aquel hombre era Leonardo, uno de los pretendientes deshauciados por Berta, como ya hemos referido.

## V

Leonardo era un mozo alto, delgado, mestizo español, y que podría contar unos 26 años de edad.

Vestia calzón oscuro de algodón, camisa de si-

*namay* á rayas blancas y azules, por supuesto con los faldones por fuera, y sombrero blanco de *huri*.

Parécenos ya haber dicho que llaman *huri* á una especie de junco de que hacen *petales*, sombreros, *bayones* y otros objetos.

Los piés calzados con chinelas.

A la llegada de Berta y su criada, Leonardo acercóse á ellas y las saludó.

Trató de trabar conversacion con Berta, pero ésta, sería y desdeñosa, apenas le contestó.

La banca se aproximaba, y Berta y las otras mujeres dirigiéronse hácia ella.

Leonardo las siguió.

Llegó la banca á la orilla, y todos, con más un hombre y una mujer que llegaron en aquel momento, fueron saltando dentro.

Al hacerlo una de las vendedoras, la banca, que aquella tarde carecia de la defensa de las *batangas*, torciéndose á un lado, estuvo á punto de volcar, lo que fué causa de que el *banquero* recomendara á todos la prudencia para no exponerse á tomar un baño intempestivo.

Colocáronse los pasajeros lo mejor que pudieron, el *banquero* empezó á hacer fuerza con una larga caña de que se servia para dar movimiento á la banca, y ésta comenzó á caminar. Hallábanse casualmente en la mitad del rio, donde éste era más hondo y caudaloso, cuando á consecuencia de haber querido llegar al agua con la mano el chico que acompañaba á la vieja, torcióse la banca, y Berta,

la criada, el chico y una de las vendedoras, cayeron al río.

Puede calcularse los gritos, las voces, la confusión que esto produciría.

Leonardo era de los afortunados, más apenas vió caer á Berta púsose en pié, tiró el sombrero y dejó las chinelas en la banca y, tal como se hallaba, arrojóse al agua en socorro de Berta.

Felizmente era buen nadador, cosa muy comun entre los indios, y sin duda contó con esto para su resolución.

Con la ayuda de Leonardo, Berta que ya empezaba á sumergirse y á perder el conocimiento, logró salvarse.

Entre Leonardo y el banquero volviéronla á la banca, no costándola aquel siniestro, que pudo ser causa de su muerte, más que el susto consiguiente y las chinelas, arrebatadas por las aguas.

La criada de Berta y la vendedora se salvaron también.

El único que no volvió á aparecer fué el muchacho, autor del suceso.

Los que le vieron caer decían que desde un principio habíase hundido y no le habían vuelto á ver.

Más de un cuarto de hora le estuvieron buscando.

No le hallaron.

Las aguas probablemente habríanle arrebatado al mar, donde el río desemboca no léjos de aquel sitio.



Convencidos de la inutilidad de hacer más exploraciones, cesaron de buscarle.

Berta y la criada, repuestas ya del susto, y alegres y risueñas despues del peligro porque habian pasado, con la ropa aún mojada, encamináronse á su casa.

Leonardo, mojado tambien y lleno de satisfaccion por el servicio que habia tenido ocasion de prestar á su siempre adorada Berta, dirigióse igualmente á la suya.

Solo la anciana, rodeada de algunos curiosos, permanecia llorando junto al lugar de la desgracia, tratando, aunque en vano, de buscar al muchacho, hijo único de una de sus hijas.

## VI

Berta desde aquel dia comenzó á mostrarse con Leonardo afable y cariñosa.

El favor que le debia no era para ménos.

Pasó algun tiempo, y Leonardo, cada dia más y más enamorado de ella, decidióse á hacerla una nueva declaracion amorosa.

Aprovechando la ocasion de hallarla una mañana en la calle en compañía de una amiga, unióse á ellas y declaró á Berta su atrevido pensamiento.

Berta por el pronto no le dió una contestacion afirmativa y enteramente satisfactoria, pero díjole

lo suficiente para hacer abrigar á Leonardo esperanzas de conseguirlo.

Empezó Leonardo á rondar á Berta.

Comenzaron los coqueteos, que tambien entre los indios como entre todos los mortales, sean cualesquiera su raza y nacionalidad, se usan y se estilan.

Entraron en relaciones.

Berta dió al fin á Leonardo el suspirado *si*.

## VII

No agradó mucho á *cabesang* Maria, como llamaban en el pueblo á la madre de Leonardo, la relacion amorosa contraida por su hijo.

La palabra *cabesang* antepuesta á un nombre de mujer, significa que es ó ha sido esposa de un *cabeza de barangay*.

*Barangay* es el conjunto de 45 ó 50 *tributantes* ó personas que pagan *tributo*, que era, hasta hace poco que se han introducido notables reformas en esta materia en aquellas islas, la principal contribucion de Filipinas, y que es anualmente un peso y cinco cuartos para los indios, y tres pesos para los mestizos-chinos ó *sangleys*. Los españoles y mestizos-españoles no pagan *tributo*.

Al frente de cada uno de estos grupos está uno llamado *cabeza de barangay*, que reside con ellos en

la calle ó barrio señalado, reparte los servicios de comunidad, transige y arregla sus diferencias y recauda el *tributo* bajo fianza, que entrega luego al *Gobernadorcillo*, cargo como se vé de importancia y responsabilidad.

*Cabesang* María, que era el modo generalmente de nombrar en el pueblo á la madre de Leonardo, significa, pues, que su esposo, ya difunto, habia sido *cabeza de barangay*.

Como nuestro objeto al presente no es tratar de la organizacion político-administrativa de las islas Filipinas, pasaremos de largo en esta materia.

Diremos únicamente que, aun antes de las nuevas contribuciones establecidas modernamente en el Archipiélago, la suerte de aquellos indios no era tan desahogada y libre de gabelas como algunos se figuran y sostienen.

Además del impuesto ya enunciado, llamado *tributo*, que pagaban todos, ménos los españoles, mestizos-españoles y extranjeros, los hombres, desde la edad de 18 años, y las mujeres desde la de 20 hasta cumplidos los 60, fueran ricos ó pobres, y de las cantidades, no pequeñas, con que, bajo el nombre de *Santorum* y otros, contribuian para el sostenimiento del culto y sus ministros, hallábanse tambien sujetos los hombres desde la referida edad de 18 á 60 años á la prestacion llamada *trabajo personal*, en beneficio del Estado, ó sea á los trabajos públicos en calles, paseos, calzadas, edificios, etc. etc., durante seis semanas al año con iguales excepciones

que para el *tributo*, de cuya obligacion podian redimirse por la cantidad de *dos pesos y dos reales fuertes*, ó sean 45 rs. de la moneda de la Península.

Continúemos nuestra narracion.

*Cabesang* Maria nada tenia ciertamente que reprochar, ni á Berta, ni á sus padres.

Mas adoraba á su hijo, y la idea de verle casado y de que se apartase de su lado, contristaba su alma.

Viuda además hacia algunos años y sin otro hombre en la casa que Leonardo, su ausencia debia hacerse por todos conceptos sumamente sensible.

El casamiento de Leonardo seria una nueva viudez para aquella familia, formada solo de mujeres.

Esta y no otra era la razon del disgusto de *cabesang* Maria, disgusto encerrado dentro de su corazon, y que no se manifestaba sino muy ligeramente en las conversaciones íntimas que la madre tenia con sus hijas en el seno de la familia:

## VIII

Pasaron ocho ó diez meses.

Berta y Leonardo amábanse como apasionados y verdaderos amantes.

Todos en el pueblo los miraban como tales.

Alguno citaba ya hasta la fecha en que su ma-

trrimonio debía verificarse, designacion enteramente errónea, porque no existia.

Los padres de Berta, recelando que Leonardo, como era probable, quisiera al casarse poner casa aparte con su mujer, procuraban, si bien sin oponerse, detener cuanto les era posible la realizacion del matrimonio.

*Cabesang* María por su parte procuraba lo mismo.

Alguna vez hablando con su hijo de sus amores con Berta y de la conducta un tanto extraña que esta habia seguido con él, desdeñándole tenazmente durante tantos años, y aceptándole despues, llegó á indicar, aunque ligeramente y con suma prudencia, que tal vez el amor de Berta más bien que verdadero amor era solo gratitud por el servicio que meses antes habiala prestado salvándola la vida.

Leonardo contestaba que fuese amor ó fuese gratitud, no abrigaba duda de la pasion de Berta, y de que unido á ella seria feliz.

*Cabesang* María callaba.

Volvia Leonardo al lado de su amada, y afirmábase en su creencia en la pasion de Berta que realmente mostrábase con él tierna, cariñosa, enamorada.

La alegria de los dos jóvenes amantes, con especialidad la de Leonardo que entre tantos adoradores habia sido al fin el afortunado, no es para descrita.

Si entre los que lean estas páginas existe alguno que desdeñado primero por alguna mujer á

quien adorase haya sido luego oído y amado, haciéndose dueño de un corazón un tiempo tan esquivo y frío para él, ese únicamente podrá comprender la alegría, la felicidad, la inmensa dicha que llenarían el alma del enamorado mestizo.

Amor correspondido, orgullo satisfecho, todo esto significaba para nuestro joven sus amores con Berta.

La ternura, la fidelidad, el cariño que Leonardo la demostraba llenaban igualmente, como no podía menos de suceder, de satisfacción y de alegría el alma de su amada.

El sol de su ventura brillaba esplendoroso en su magnífico cenit.

La diosa de la felicidad arrullaba sus almas con encantadas armonías.

## IX

Era la noche del día en que el pueblo celebraba su santo patrono el glorioso San Agustín.

Por la mañana, en la iglesia, habíase verificado gran función religiosa con su correspondiente sermón en lenguaje *tagalo*.

Al medio día, á las doce, habíase dado gran comida en varias casas de la población.

Al anochecer había tenido lugar una vistosa y

solemne procesion que tardó más de hora y media en hacer su carrera por el pueblo; procesion verdaderamente notable, pues la formaban seis ó siete carrozas ó *carros* como allí los llaman, en que son conducidas las imágenes profusamente alumbradas, dos ó tres músicas y un numeroso acompañamiento de hombres, chicos y mujeres, con el *Gobernadoreillo*, sus tenientes, alguaciles y *Comun de principales* ó individuos presentes y pasados del Municipio.

Un *toro de fuego* corrido por la plaza seria el término de las funciones con que aquellos devotos naturales querian festejar á su santo patron.

Varias músicas, mejores ciertamente de lo que pudiera esperarse en aquellos remotos y atrasados países, una de ellas del pueblo y las otras de los inmediatos, contratadas al intento por algunos vecinos segun costumbre, habian durante el dia recorrido las calles tocando polkas, danzas, marchas y hasta trozos de ópera, sin olvidar el célebre *balitao*, ó sea la música propia y característica del país, que no suele ser otra cosa, pues no es lo mismo en todas las islas, habiendo varios *balitaos*, semejantes, pero distintos, que una especie de bolero ó zapateado, formando en algunas provincias, como en la de Bataan, un conjunto muy parecido al de esas composiciones coreográficas que vemos en nuestros teatros bautizadas con el nombre de baile español.

En el dia á que nos vamos refiriendo, Berta y

sus padres habian sido convidados á comer en casa de un pariente, que era uno de los que aquel dia daban, como hemos dicho, gran comida.

Fueron allá.

Situada la casa en la plaza del pueblo, al lado de la iglesia y enfrente del *Tribunal*, ó Ayuntamiento, concluida la comida, Berta y sus padres permanecieron allí para ver, no solo la procesion, sino tambien más tarde el famoso *toro de fuego* que saldria del Tribunal, y durante diez ó quince minutos correria por dicha plaza, arrojando chispas y disparando cohetes, asustando á la gente y haciendo las delicias de los muchachos y de muchos que ya no lo eran, y que, como es de presumir, reduciase á un hombre metido en una armazon de *bejuco* semejando á un toro, armazon llena de cohetes y otros juegos pirotécnicos, que se incendiaban, é introduciéndose entre la gente que llenaba el ámbito de la plaza, la asustaba y hacia correr en desórden y confusion con gritos y algazara.

## X

Sabedor de ello Leonardo, una hora antes de la en que saldria de la iglesia la procesion, encaminóse á dicha casa con objeto de estar al lado de su adorada Berta.

Allí ambos vieron pasar la procesion.



Algunas personas de las que con este objeto habían también acudido á la casa mencionada, pasado que hubo la procesion, encamináronse á sus respectivas moradas para cenar y dirigirse luego allí ó á otra parte con el fin de presenciar la corrida del admirable *toro de fuego*.

Berta y sus padres trataron de hacer lo propio, mas los dueños de la casa se opusieron, invitándoles para que los acompañaran á cenar.

Aquellos aceptaron y se quedaron.

Leonardo, amigo también de los dueños, fué invitado igualmente, y excusado es decir que no rechazó la invitacion.

Sonaron las ocho en el reló de la iglesia.

Con su última campanada, las de aquella comenzaron el toque de ánimas.

Acabado éste y despues de algunos padres-nuestros y ave-marías rezados por nuestros personajes, dirigiéronse todos á *la caída* para cenar.

La *caída* es una especie de antesala, que hay en todas las casas, inmediata á la escalera, clara y espaciosa, y que sirve generalmente para comer, recibir visitas de confianza y otros varios usos, departamento en aquellas regiones de mucha importancia.

Tomaron asiento á una gran mesa que allí había, sobre la cual humeaba ya la tradicional *tinola*, principio obligado de toda cena en Filipinas, y que consiste en un cocido de legumbres, principalmente de calabaza y algunos pedazos de pollo ó gallina.

Cenaron.

Acabada la cena, volvieron á la pieza donde antes se hallaban y que pudiéramos llamar la sala de la casa.

Era una habitacion de piso y paredes de tabla, sin pintar, de seis ó siete metros en cuadro.

Su techo era, como allí dicen, de *alcoba*, esto es, con una cubierta de caña formando bóveda, que oculta la *nipa* que cubre la casa.

Esta cubierta ó *alcoba* estaba blanqueada con cal, conservando vestigios de una mala pintura que parecia querer imitar las ondas de una colgadura.

Pendientes de la *alcoba* ó colgados de las paredes, pero sin orden ni simetría alguna, veíanse hasta seis ó siete cuadros de diversos tamaños y figuras, que representaban santos y asuntos religiosos.

Del centro del techo ó sea la susodicha *alcoba*, pendia un gran farol de bomba, de cristal, de los usados en España hace bastantes años en los pasillos y antesalas; en su interior, sostenido en el fondo de la bomba, ardia una luz en un vaso con aceite de coco.

Otro vaso semejante, encendido tambien, sostenido en su aro de hierro en uno de los *harigues* de la casa, que se veia en un rincon, completaba el alumbrado de la estancia.

Una série de ventanas corria por los tres lados de la habitacion, al rededor del en que estaba la puerta de entrada, por la que se comunicaba con la *caida*.

Las *conchas*, ó sean las que hacian oficio de vidrieras de las ventanas, hallábanse enteramente abiertas, y se llaman *conchas*, porque en lugar de vidrios ó cristales, son efectivamente láminas de conchas de pescado, de unos cuatro dedos de ancho por cinco de alto, sujetas por listones de madera cruzados en ángulo recto, conchas que sustituyen allí ventajosamente á los cristales, no solo por la escasez de este artículo en el país, sino tambien porque, sin impedir la entrada de la luz en las habitaciones, templan en gran manera la fuerza del sol.

No lejos de la puerta hallábase una gran mesa de *narra*, madera allí muy estimada, algo semejante, aunque inferior, á la caoba, con pretensiones de consola.

Sobre ella, veíanse, una urna de cristal como de medio metro de altura, con la efigie de un Niño-Dios ó Santo-Niño, cual dicen por allá, de escasísimo valor artístico, y dos floreros viejos y ajados, con farnal de cristal, no mucho menores que la urna, uno á cada lado.

Diez ó doce sillas, igualmente de *narra*, semejantes, pero no iguales, con asiento de rejilla, ya bastante usadas, completaban el mobiliario.

## XI

Berta, Leonardo y una jóven, poco más ó menos de la misma edad de aquella, sobrina de los due-

ños de la casa, dirigiéronse á una de las ventanas desde donde se veía la plaza, teatro que sería dentro de una hora de la corrida del admirable toro y de no pocos atropellos, encontrones y caídas.

Los padres de Berta, los de la jóven y el *teniente* Mariano y su mujer, que eran los anfitriones y propietarios de la finca, fueron ocupando asiento en las sillas, cerca de las ventanas.

A Patricio y Patricia, *genitori* de Berta, ya los conocemos.

Los de la jóven eran un indio y una india, hermana ésta del *teniente* Mariano, como de 55 á 60 años de edad, morenos, delgados y sin rasgo alguno ni circunstancia dignos de mención.

El *teniente* Mariano era un hombre alto, grueso, bastante moreno, de raza india, aspecto sério y de unos 44 años de edad.

Como indica el título que precede á su nombre, formaba parte del Municipio, en el que ejercía el cargo de Teniente tercero, sustitutos por su órden del Gobernadorcillo en ausencias y enfermedades.

Su mujer, aunque ya no niña, era lo que se llama una buena moza.

Era alta, gruesa, de ojos, cejas y pelo negros.

Su raza, la mestiza china, ó sea *sanglely*.

Su edad, aunque no la representaba, la misma próximamente que su marido.

Tanto el anciano Patricio como el *teniente* Mariano, vestían pantalon de tela azul oscuro y camí-

sa blanca, abierta por el pecho y con los faldones por fuera á estilo del país.

Patricia y la cónyuge del *teniente* Mariano, llevaban saya de seda, aquella oscura, ésta de fondo verde, y ambas *tapis* de seda negro y camisa blanca de *canton*, encima de la cual no faltaba á ninguna su escapulario y su rosario.

Semejantes á los de éstas, aunque con sayas de fondo encarnado, eran los trajes de ambas jóvenes.

Leonardo vestia pantalon blanco y camisa de *sinamay*, de lo mas fino, á rayas blancas y encarnadas, con botones de oro en los puños, el cuello y la pechera que llevaba abotonada.

Todos, hombres y mujeres, enteramente descalzos, pues aunque los de fuera hasta llegar á la casa habian ido con *chinelas* ó zapatillas, al entrar habíanlas dejado en los peldaños de la escalera, penetrando descalzos en las habitaciones, que es como acostumbran á andar por ellas, aunque sean ricos, aquellos naturales, fuera de alguno que otro, en las provincias, muy contados, que usa botas ó zapatos.

Sobre el antepecho de las ventanas, bastante ancho, pues tanto las *conchas*, como las maderas de adentro no se abren, sino que se corren á los lados, velase, inmediato al primer grupo, una pequeña bandeja con tabacos, cigarrillos de papel y una caja de fósforos.

Leonardo y las dos jóvenes, despues de perma-

necer algunos minutos á la ventana, se sentaron tambien.

## XII

Diversos fueron los asuntos sobre que giró la conversacion durante algun tiempo.

De uno solo entre ellos haremos mencion, por ser el único que consiguió animar un tanto la pequeña tertulia dando á todos motivo para terciar en la polémica que se entabló, en algunos momentos sumamente viva y animada.

Cuando la conversacion vagaba de uno en otro objeto sin fijarse en ninguno, el *teniente* Mariano hubo de decir algunas palabras recordando un triste suceso acaecido en el pueblo hacia pocos dias.

Patricia, la madre de Berta, contestó.

Replicaron.

Aceptóse el tema y comenzó la discusion.

El asunto iniciado por el *teniente* Mariano era un atentado que los *tulisanes*, como allí llaman á los malhechores y ladrones en cuadrilla, habian cometido unas noches antes en el *trapiche* del *capitan* Sabino, uno de los más ricos propietarios del pueblo.

*Trapiche* es lo mismo que hacienda en que hay molino para hacer azúcar.

Como á un tiro de bala de la poblacion, el *capitan* Sabino tenia un *trapiche*, con buena casa rodeada de grandes terrenos para sembrar la caña.

Aunque ordinariamente él y su familia, compuesta de su mujer y dos niños pequeños, habitaban en otra casa que poseia dentro del pueblo, pasaban con frecuencia algunos dias y á veces regulares temporadas en la del *trapiche*, á la que consideraban como su casa de campo.

Aconteció, pues, que una noche hallándose todos en ésta, asaltó el *trapiche* una partida de *tulisanes* que, no contentos con robar y saquear cuanto pudieron, asesinaron al infeliz *capitan* y á uno de sus hijos, abusando infame y torpemente de su jóven y desgraciada esposa.

Esto último, como es de presumir, fué lo que dió materia principal para la conversacion originada por el recuerdo de tan tristísimo suceso.

Varias fueron las opiniones allí manifestadas al tratar de considerar la situacion en que se vió la infortunada esposa del *capitan* Sabino.

Agatona, ó sea la mujer del *teniente* Mariano, más todavía que en la desgracia acaecida á aquella infeliz esposa, parecia fijarse en el robo y asesinatos cometidos, principalmente en el del niño.

Condoliéndose, como no podia ménos, de la desdicha acaecida á aquella desventurada, manifestaba que el suceso, no raro por desgracia, era uno de esos acontecimientos que pasan en la vida, superiores á la voluntad, á los que es preciso resignarse.

Su marido, el *teniente* Mariano, el anciano Patricio y Leonardo, por el contrario, más que en el robo de la casa y los asesinatos del *capitan* Sabino y de su hijo, fijábanse en el atentado de que fuera víctima la esposa del *capitan*, más desgraciada que este todavía á juicio de ellos y más digna de lástima y compasion.

Berta, que desde el principio tomó parte en la polémica, avanzando más que éstos, sostuvo, y en algunos instantes con verdadera elocuencia, que tan grande consideraba ser la desgracia de la infeliz, que ella, en su caso, ó hubiera á todo trance evitado caer bajo el dominio de los *tulisanes* dándose la muerte primero que sucumbir á ellos, ó si esto no la fuera posible de modo alguno, habríalo verificado despues por no sobrevivir á su deshonra, que no habria podido resistir.

Berta, sin saberlo, reproducia el ejemplo de la célebre heroína de la antigua Roma, la valerosa y casta Lucrecia.

En las contestaciones á que dieron motivo sus nobles palabras, confirmó y ratificó éstas con nuevas y enérgicas protestas.

A su juicio, para una esposa honrada no hay nunca disculpa para faltar á su marido.

Para evitarlo debe apelar á todo, hasta la muerte, sosteniendo con admirable entereza que no hay fuerza humana capaz de hacer rendir á una mujer si esta se halla decidida á no rendirse.

—¿No habia un cuchillo? llegó á exclamar en un



momento de entusiasmo. ¿No habia una ventana? Pues clavarse el cuchillo ó tirarse por la ventana primero que ser juguete de aquellos infames.

Sin necesidad de manifestarlo nosotros, compréndese fácilmente el gozo de Leonardo, oyendo á su adorada Berta expresarse de este modo.

Su amor, su adoracion llegaban al éxtasis, á la admiracion, al delirio.

Leonardo en aquel momento no se hubiera cambiado por el hombre más dichoso del universo.

En aquel instante lo era él.

### XIII

La plaza entre tanto fuese llenando de gente ansiosa de presenciar la corrida del admirable *toro de fuego*, que pronto saldria de la Casa-Tribunal.

A la del *teniente* Mariano concurren otras dos ó tres personas más con este objeto.

En la plaza oíase ese rumor extraño y confuso que produce siempre la gran aglomeracion de gente que espera un espectáculo, cualquiera que este sea.

Poco antes de las diez, el *toro*, arrojando chispas y disparando petardos y cohetes, apareció.

El rumor creció de punto.

Gritos, silbidos, voces, carcajadas, llenaban el espacio.

que dirigia la música del pueblo, indicaban que sus individuos, ó como allí los llaman, los *musiqueros*, debían reunirse.

Estos, armado cada uno de su respectivo instrumento y vestidos de gala con el mejor traje que tenia cada cual, aunque no de uniforme como sucede en el dia, por expresa orden de la autoridad, y que consiste en pantalon y levita azul con vivos blancos y sombrero tambien blanco, fueron llegando á la casa del maestro.

Media hora despues, á los acordes de un paso doble, encamináronse á la morada de la novia, en la que ya se hallaban Leonardo, los que al dia siguiente habian de servir de padrinos y testigos y otras muchas personas, parientes y amigos de ambas familias.

De la de Leonardo, sin embargo, solo estaban las hermanas.

Su madre, *cabesang* María, habiase escusado con pretexto de hallarse algo indispuesta.

La música tocó delante de la casa una pieza del *Hernani*.

Acabada ésta, despues del toque de oraciones, que se oyó á poco de concluir la música, bajó Leonardo acompañado de los futuros padrino y testigos y dos ó tres amigos, cruzó unas palabras con el maestro de la música, y á los marciales ecos de otra nueva marcha, seguidos de una porcion de gente que en la calle habiase reunido, principalmente muchachos, dirigiéronse al convento, cerca

de la casa, en busca del Cura, ó como allí dicen, el Padre.

Era éste un señor como de 60 años, bajo, rechoncho, grueso y muy semejante á una albondiguilla.

Llamábase el Padre Pascual.

Tenia fama de saber y de virtud, así como de excesiva rigidez, que se extendía, no solo al cumplimiento de los preceptos religiosos, sino también á otra porción de cosas no muy relacionadas con la religión.

Así, al decir de las gentes del pueblo, el Padre Pascual no permitía, sino en raros casos, que hubiese bailes, tertulias ni otras reuniones por el estilo; cuando trataban de hacer, por cualquier motivo, una función de teatro, no podían realizarlo, porque se oponía á ello el Padre Pascual y hasta se entrometía en señalar á las mujeres el color y largo que habían de tener sus sayas y vestidos, sistema con el cual había convertido el pueblo en especie de cementerio, triste, sombrío y silencioso.

Basta por ahora con estas explicaciones acerca del Padre Pascual, uno de los tipos, acaso mejor, de los frailes de Filipinas.

Leonardo, con tres ó cuatro de los que acompañaban, subió á las habitaciones del convento, como sabemos se llama la casa parroquial.

Unióse á ellos el Padre Pascual, y los dos de la música, que no cesó un instante de tocar, dieron vuelta á casa de Berta.

El Padre Pascual pertenecía á la orden de los

Dominicos, y segun costumbre de éstos en aquellas islas, llevaba hábito de tela blanca de algodón, con un gran rosario pendiente del cuello.

La cabeza, descubierta.

Llegaron á la casa el Padre Pascual, Leonardo y sus amigos, subieron á las habitaciones, y la música quedó tocando en la calle rodeada de un gran círculo de curiosos.

## XVI

Verificóse la ceremonia de los desposorios.

Concluida ésta, á una señal de Patricia, acercóse un indio al fraile y ofrecióle dulce y chocolate que llevaba en una bandeja.

El Padre Pascual rehusó la oferta, y dando á todos las buenas noches, salió de la habitacion, volviendo al convento acompañado de las mismas personas y en la propia forma que habia ido poco antes á la casa.

Los mismos que con Leonardo subieron entonces las habitaciones del convento en busca del Padre subieron tambien á su regreso, hecho lo cual comitiva, siempre al son de la música, volvió al sitio de la fiesta.

Poco despues de llegar, un indio y una india, criados en la familia de Berta, bajaron á los músicos con tres botellas de *anisado* ó *coquillo*, que es aguardiente de coco hecho en el país.

Remojadas un poco las fauces con aquel brevaie, que es un néctar para los indios, los acordes de la música volvieron á hacerse oír con otra pieza del *Hernani*.

El *Hernani* era la ópera favorita de aquella música ó de aquel maestro.

Concluida dicha pieza, oyóse de nuevo el paso doble con que aparecieron por vez primera, y que era generalmente con lo que empezaban y concluían sus serenatas, por cuyo motivo, momentos despues de comenzado dicho paso, dieron vuelta y se marcharon, seguidos de la mayor parte de la gente que los rodeaba.

Los concurrentes á los desposorios fuerónse tambien retirando, haciéndolo igualmente á poco Leonardo, en compañía de sus hermanas.

## XVII

Al dia siguiente, las campanas de la iglesia, poco despues de amanecer, empezaron á anunciar con sus toques y repiques la fiesta que se preparaba.

Los *musiceros*, vestidos tambien de gala como la noche anterior, lo que indicaba que la persona que utilizaba sus servicios queria dar al acto la mayor ostentacion posible, merced á algunas monedas más en el precio de su trabajo, encamináronse al son del consabido paso doble, principio y fin, como

hemos dicho, de sus tareas filarmónicas, á casa de la novia.

El novio, Agatona y su marido, que serian los padrinos, los testigos y tres ó cuatro personas más que acompañarian á la iglesia á los contrayentes, fueron tambien acudiendo.

Llegó el momento de ponerse en marcha la comitiva.

Aparecian en primer término los novios, alegres, risueños y ataviados con sus trajes de fiesta.

Vestia Leonardo pantalon y camisa blanca, bordada, botinas tambien blancas de tela y sombrero de *burí*.

Lucía Berta camisa de muselina blanca, con adornos de cordoncillo negro, regalo de sus padres, saya de seda verde y *tapis* negro, tambien de seda, regalo de Leonardo, así como las chinelas floreadas con lentejuelas doradas que estrenaba en aquel momento.

Cubria su cabeza un finísimo pañuelo blanco bordado, regalo de la madrina Agatona, llevándolo no doblado sino extendido y cayendo en forma de cuadro sobre los hombros que es comunmente la manera de colocárselo las indias y mestizas para ir á la iglesia en Manila y la mayor parte de las provincias de la isla de Luzon.

Sobre el pecho y por debajo del pañuelo que cubria su cabeza, aparecia á la espalda uno de los cuadros del escapulario, nuevo tambien y regalo del padrino, el *teniente* Mariano.

Tanto Berta como Leonardo, en lo más florido de la juventud, estaban realmente bellos é interesantes, sobre todo la novia, formando, como se dice vulgarmente, una buena pareja.

Detrás de ellos Patricio, Patricia, los padrinos, los testigos, los amigos,

Cerrando la marcha, la música dando al viento sus armonías, rodeada de algunos chicos y curiosos.

Llegaron á la iglesia.

Todos ménos los músicos, que se quedaron á la puerta, penetraron en el templo.

Celebrado el matrimonio y acabada una solemne misa que duró cerca de una hora, oída por los recién casados y cuantos les acompañaban, dirigieronse á la puerta por donde habían penetrado, que era la de un costado, y salieron.

Al verlos aparecer los *musiqueros*, guarecidos á la sombra del edificio á ocho ó diez pasos de distancia, pues ya el sol, aunque todavía temprano, hacía sentirse demasiado, corrieron hácia ellos, comenzaron á preludiar una polka, y continuaron tocando detrás de la comitiva.

Llegaron á la casa.

Subieron.

Los *musiqueros*, frente á la puerta, siguieron tocando.

## XVIII

Hecha por las campanas de la iglesia la señal de las doce, los músicos, que desde la llegada de los nuevos esposos, con pequeños intervalos de descanso, habian estado tocando todo su repertorio, sin olvidar el célebre *balitao*, hicieron oír el consabido paso doble, principio y fin obligado de sus trabajos, y se retiraron.

Los concurrentes á la fiesta, que eran además de Berta y sus padres, Leonardo, sus dos hermanas, el padrino y la madrina ó lo que es lo mismo Agatona, y su marido, los testigos y cinco ó seis personas más de la intimidad de los contrayentes, preparáronse á comer.

Como se vé, la madre de Leonardo, *cabesang* María, que no habia asistido la noche antes á la ceremonia de los desposorios, tampoco asistió á la boda.

La disculpa dada para ello fué la falta de salud, pero nuestros lectores comprenderán, recordando antecedentes, que esta disculpa no era otra cosa que un pretexto.

El verdadero motivo de su falta de asistencia, tanto á los desposorios como á la boda y á la comida con que se celebraba, no era otro que el poco agrado con que *cabesang* María veía el matrimonio de su hijo, motivo que no se ocultó, á pesar de la



disculpa alegada, ni á Leonardo, ni á Berta, ni á sus padres.

Desde la sala donde se hallaban, bastante parecida por su aspecto y mueblaje á la de la casa del *teniente* Mariano, donde unas noches antes vimos asistir á Berta y varios de los allí presentes á la corrida del famoso *toro de fuego*, pasaron todos á la *caída*, donde se serviría la comida.

Antes de tomar asiento á la mesa ya preparada con aquel objeto, Patricia, madre de Berta, fué colocando en una gran bandeja varios platos con viandas, pastas y dulces, hecho lo cual cubriólo todo con un blanquísimo mantelillo, y dijo á un criado:

—Al Padre Pascual.

Era lo que llaman *la bandeja*, que consistia, como vemos, en una fineza que se hace al fraile, de la comida de la boda.

Cogió el criado la gran bandeja y salió á cumplir la orden de Patricia.

Los circustantes tomaron asiento y empezó la comida, que duró cerca de hora y media.

Acabada la comida y apuradas algunas botellas de Jerez, de manzanilla y de champagne, todos, menos los recién casados y los padres de Berta, con quienes aquellos quedarían habitando, empezaron á desfilarse.

## XIX

Trascurridos seis ú ocho meses y acabada ya la casa que en las afueras del pueblo estaba el anciano Patricio edificando para su hija, por cuya razon, como hemos visto, continuó habitando con su esposo en la de sus padres, Berta y Leonardo trasladáronse á la nueva casa, pues la de éstos, aun para un solo matrimonio, era bastante reducida.

La casa regalada á Berta por sus padres, era, para aquellos países, un verdadero palacio.

De piedra hasta cerca de dos metros de altura y lo restante de madera, con tejado de *nipa*, pero grande, fuerte, espaciosa.

Hallábase situada fuera de lo que pudiera llamarse el casco de la poblacion, pero no distante ni en despoblado, al lado de un riachuelo que desembocaba en el mar.

El intento de Patricio al construirla era el de ir á vivir en ella ambos matrimonios, y alquilar ó vender luego la que habitaban dentro del pueblo.

Con esta promesa de sus padres fueron Berta y su marido á la nueva casa.

Patricia, no obstante, acostumbrada á la antigua, no mostraba deseos de dejarla.

Poco despues de la traslacion á la nueva de Berta y de Leonardo, Berta dió á luz una niña, vivo retrato de su padre.

Del nombre de su madrina, la misma que la de la boda de sus padres, pusieron á la niña el de Agatona, muy comun en el país.

La alegría y la ventura del jóven matrimonio no son para descritas.

Se amaban, de nada carecian, eran felices.

La frialdad que para con ellos tuviera al principio *cabesang* María, como era de esperar del ardiente amor que á su hijo profesaba y de la falta de motivo fundado para ello, poco á poco habia ido desapareciendo.

Si alguna leve sombra existia entre la madre, su hijo y nuera, desapareció del todo con el nacimiento de la nieta.

La mayor armonía y el más entrañable afecto comenzaron á reinar entre aquellas tres buenas y honradísimas familias, que bien pronto no parecieron más que una.

¿Quién, algunos meses antes, cuando lloraba Leonardo desdenes de su adorada Berta, hubiérale dicho que ella al fin seria su esposa?

¿Lo hubiera ésta imaginado?

Caprichos de la suerte.

Tan cierto es que en el mundo nadie puede vaticinar su porvenir.

Que un suceso imprevisto, la más insignificante circunstancia pueden variar completamente nuestra vida, nuestro modo de ser y de existir, nuestra conducta, nuestra suerte.

A la casualidad de haberse encontrado en un

momento en determinado sitio y con el propio objeto, al movimiento del muchacho, que produjo el de la banca, y la caída luego de Berta al río y la fortuna de Leonardo de salvarla, han debido éstos su matrimonio, matrimonio en el que nadie, antes de la catástrofe, incluso los mismos futuros esposos, hubiera pensado, y que propuesto á Berta por alguno habría sido por esta rechazado con disgusto y hasta con indignación.

Tal era el desamor, el desden que Leonardo entonces la inspiraba.

Pocos meses despues únese á él en lazo eterno, y es modelo de esposas fieles y enamoradas.

## XX

La niña Agatona, delicia y encanto de sus padres y de una inteligencia y penetración muy superiores á su edad, poco despues de cumplir dos años, falleció.

El sentimiento por esto de sus padres no es para descrito.

Berta, desde que la dió á luz, no habia vuelto á tener otro hijo.

En la niña Agatona habíanse, pues, concentrado todos los goces, todos los placeres, todos los deseos y ambiciones de aquel feliz matrimonio.

El cariño de Leonardo para su hija, retrato vivo,

como ya hemos dicho, y exactísimo de su padre, pasaba ya los límites del cariño.

Aquello no era ya afecto, sino locura.

Hasta Berta, su propia madre, llegó á encelarse de la niña, porque decia, y era verdad, que la queria más que á ella, cargo injusto, porque el cariño de Leonardo para su hija no era obstáculo para adorar también á Berta cuanto un buen marido puede adorar á su mujer.

Júzguese por lo dicho cuál seria el dolor de Leonardo por la muerte de su hija.

Enfermó.

Enflaqueció.

Perdió las ganas de comer, la jovialidad, el humor para todo.

De alegre y expansivo que siempre habia sido, hízose callado, triste, melancólico.

De activo y trabajador, volvióse indolente y perezoso.

A sus deseos de fortuna, á sus proyectos, á sus planes, sucedieron la más glacial indiferencia, la más completa apatía.

Sus ambiciones, sus afanes, todo era por su hija y para su hija.

Su hija habia muerto, nada ya necesitaba.

Preciso fué que no solo Berta, sino también su madre, *cabesang* María, intervinieran.

Tanto abandono, tanto desfallecimiento podian traer funestos resultados.

Consiguieron animarle alguna cosa.

A las amonestaciones de su madre ó de su esposa con este intento, solia responder:

—Conozco que tienen Vds. razon, y que por más que haga, ya la niña no puede resucitar... pero... ¿qué quieren Vds?... no lo puedo remediar.

Y sus ojos se llenaban de lágrimas.

No se juzgue por esto que el dolor de Berta por la pérdida de su hija no fuera tambien grande y profundo.

Era madre, y madre cariñosa y amantísima.

¡Cómo no habia de sentir en el alma la muerte de su hija!

Lloró tambien, y mucho, á su pobre niña.

Su dolor, sin embargo, no alcanzó los límites del de su esposo, que, cual hemos expuesto, amaba á su hija con una pasion que rayaba en delirio.

## XXI

Pasaron algunos meses.

El acerbo dolor del atribulado padre fuese mitigando alguna cosa.

Poco á poco, si bien lentamente, empezó á recobrar su actividad y animacion.

Tanto él como Berta eran jóvenes todavia.

Otro hijo, el dia ménos pensado vendria á ocupar el puesto de Agatona.

Esta grata esperanza contribuía á animar el alma de Leonardo.

Trascurrieron dos años.

Aquella esperanza no habia salido todavía de la categoría de esperanza.

Berta y Leonardo, Leonardo sobre todo, comenzaban á disgustarse.

Sin embargo, no desesperaban.

No existia motivo para ello.

Unicamente esperaban.

Mas como segun el adagio, y sabido es que los adagios segun tambien otra especie de adagio, *son evangelios chicos*, el que espera desespera, Berta y Leonardo, y éste especialmente no podian ver sin impaciencia aquel ya más que regular periodo de esterilidad y de descanso.

La esperanza, no obstante, animaba aun sus corazones.

## XXII

Con motivo del arreglo de cierto asunto que desde hacia unos meses venia molestando algun tanto á Leonardo, dirigióse éste por entonces al pueblo de Bacolor, cabecera de la inmediata provincia de la Pampanga.

Su ausencia del lado de Berta seria muy corta.

Tal vez no llegaria á una semana.

Montó Leonardo en un caballejo castaño que tenía, pequeño como son generalmente los caballos en Filipinas, pero andador y fuerte, y solo, sin querer que le acompañase criado alguno, tomó el camino de Bacolor.

Feliz resultado alcanzó su viaje.

El negocio era el siguiente.

Por el tiempo del nacimiento de Agatona, un rico traficante de la Pampanga escribióle, proponiendo comprarle toda la cosecha de *palay* que tuviera aquel año.

Se ajustaron, y el trato quedó hecho.

El pago sería la mitad al contado, y á los tres meses la otra mitad.

Pasaron los tres meses, y el pago no se realizó.

El deudor era antiguo amigo de su familia, y la obligacion era enteramente confidencial, sin haberse extendido ni un simple recibo.

Le escribió Leonardo.

El deudor se disculpó y ofreció pagarle dentro de pocos meses.

Más pasó el nuevo plazo, pasaron luego otros y al fin Leonardo resolvió zanjar aquel asunto, dirigiéndose á Bacolor, donde vivia su deudor.

Llegó allá Leonardo y aquel, que realmente deseaba tambien pagarle, hizo un esfuerzo, y al dia siguiente de la presentacion en su casa de Leonardo entrególe en oro 280 pesos, en que consistia la deuda.

Al amanecer del siguiente, rehusando la invita-



cion para pasar unos dias en el pueblo que le hizo su amigo, montó de nuevo Leonardo en su caballo, y con los tres paquetitos de oro en el bolsillo, que componian aquella suma, dió vuelta á su casa, á la que llegó con toda felicidad pocas horas despues de su salida de Bacolor.

Durante su corta ausencia, sin embargo, un grave suceso habia tenido lugar en la tranquila morada de Leonardo.

Al dia siguiente de su salida para la Pampanga, á eso de media noche, una partida de *tulisanes* habia asaltado y robado su casa, matando á un criado, y lo que es más triste y doloroso, atentando al honor de Berta y abusando de su debilidad de una manera inícuca y brutal.

Un lance parecido al que pocos años antes habia acaecido en el *trapiche* del *capitan* Sabino, de aquella vecindad, sucesos vergonzosos y bastante frecuentes por desgracia en Filipinas.

Tres ó cuatro de estos asaltos acaecieron en Bataan, provincia lindante con la de Zambales, durante los meses que el que esto escribe tuvo la honra de desempeñar la Promotoría de aquel Juzgado; atentados seguramente que, desde el establecimiento de la Guardia civil en el Archipiélago, han disminuido considerablemente, pero que, por desdicha, á pesar del celo y vigilancia de las autoridades, todavía de cuando en cuando vienen á sembrar el terror y la intranquilidad en algunas de aquellas comarcas, y aun á las puertas de Manila.

## XXIII

Conforme Berta con las ideas que manifestó en casa del *teniente* Mariano la noche de la célebre corrida del *toro de fuego* al hacerse allí mención del ataque dado al referido *trapiche* y de la situación en que vióse colocada la infeliz esposa del *capitan* Sabino, intentó, en efecto, resistir á los foragidos que trataban de hacer con ella lo que otros semejantes desalmados habian llevado á cabo con la desdichada mujer del *capitan*.

Pero sorprendida, desarmada, nada pudo hacer.

Mas de una hora duró su horrible tormento en manos de aquellos foragidos, sin que ruegos, súplicas, ni lágrimas consiguieran ablandar sus corazones de piedra.

Berta, desde los primeros instantes, perdió el conocimiento, y los foragidos pudieron á su sabor cebar sus brutales instintos sin la más pequeña resistencia.

Robaron, saquearon cuanto pudieron y se marcharon, llevándose unos 300 pesos en metálico, todas las alhajas de Berta y Leonardo, de otros 300 ó 400 pesos de valor, y algunas ropas.

A un criado que, al subir á la casa los *tuliscnes*, que lo efectuaron por las ventanas de la cocina, trató de hacer alguna resistencia, le atravesaron con un *talibon* y le mataron.

*Talibon* es un sable ó machete grande, de forma antigua, parecido al que suelen usar los marinos.

A los restantes, que eran otro criado y dos criadas, mandáronles poner boca abajo en la misma cocina, donde los sorprendieron, obligándolos á permanecer así, custodiados por dos de ellos, mientras los restantes consumaban el atentado en las piezas de adentro.

Cuando los ladrones se marcharon, los criados corrieron á la habitacion de Berta, á la que hallaron en el suelo, completamente en cueros y todavía privada de sentido.

Los cajones abiertos, los muebles en desórden. Alguna ropa por el suelo.

#### XXIV.

Avisado el Gobernadorcillo del pueblo, comenzó á instruir las oportunas diligencias, dando parte de lo ocurrido al Alcalde mayor.

Así que Berta recobró el conocimiento, afligida, desolada, corrió á casa de sus padres, teniendo á poco que acostarse, presa de una violenta calentura.

La casa de los padres de Berta llenóse de gente, que iba á enterarse de su estado y á manifestar el sentimiento que les habia producido la noticia del atentado.

Llegó Leonardo de Bacolor.

Desde la puerta de su casa, donde un criado le enteró ligeramente de lo acaecido, dirigióse apresuradamente á la de los padres de Berta, en la que esta se hallaba, enferma de algun cuidado á consecuencia del suceso.

Durante algunos dias, Berta, á causa no solo de su mal estado físico sino tambien de la vergüenza de referir á su marido toda la extension de la desgracia que les habia acaecido, pues para dos esposos que se aman las desgracias del uno lo son tambien para el otro, limitóse á referirle en globo lo ocurrido sin entrar en detalles ni particularidades.

Pero Leonardo desde el primer momento se lo imaginó.

Preguntó, indagó, y no tardó mucho en conocer toda la amarga realidad.

¿Necesitaremos describir la situacion de ánimo de Leonardo despues de tan triste revelacion?

Creémoslo innecesario.

La imaginacion de nuestros lectores suplirá con ventaja lo que les pudiéramos decir.

Pasaron unos dias.

Berta se mejoró, se levantó, y pudo al fin referir á su esposo lo que este ya sabia.

Leonardo oyó la relacion y calló.

Mas vinieron á su imaginacion las enérgicas palabras que, como recordaremos, Berta habia pronunciado en casa del *teniente* Mariano al referirse allí la desgracia semejante acaecida en el *trapiche* del *capitan* Sabino.

Recordó sus enérgicas protestas, llenas de valor y de dignidad, su opinion, elocuentemente manifestada, de que una esposa honrada no tiene nunca disculpa para faltar á su marido, y que á la mujer que no quiere rendirse no hay fuerza humana que la rinda.

Recordó todo esto, vió lo sucedido, y una profundísima tristeza se apoderó de su espíritu.

Su amor, sus esperanzas, todo lo que constituia su ventura habia sufrido un horrible desengaño, una amarga decepcion.

Volvió Leonardo al estado en que le sumiera la pérdida de su hija, y del que á fuerza de tiempo y de trabajo habia conseguido ir saliendo.

Y su situacion era aún más triste.

La muerte de su inocente hija habia herido profundamente su corazon, mas dejara incólumes sus ilusiones y sus creencias, vida moral del hombre.

Aquel horrible acontecimiento habíalas desgarrado, destrozado, pisoteado.

En su alma no habia más que amargura y tinieblas.

¡Desdichado Leonardo!

## XXV

Negóse Berta á volver á la nueva casa, temerosa en lo sucesivo de otro lance semejante.

Redujéronse, estrecháronse y continuaron todos habitando en la de los padres, á la que volvieron los muebles que tenian en la nueva.

Esta volvió á quedar deshabitada.

En ella permaneci6 solo un antiguo criado, convirtiéndose en almacén ó granero de la familia.

Ni Berta, ni sus padres, volvieron á hablar de trasladarse á vivir á ella; y aunque no con desahogo, siguieron ocupando la antigua, en el interior del pueblo, de la que mucho hubiera á todos valido no salieran nunca Berta ni Leonardo.

Formada la competente causa, el Juez tuvo al fin que sobreseer, vista la imposibilidad de descubrir ni capturar á los criminales por más diligencias que para ello se practicaron.

Berta y Leonardo lloraban únicamente las consecuencias del suceso.

Consecuencias que no se limitaban al dolor, á la vergüenza de lo acaecido.

Pronto Berta iba á ser nuevamente madre.

Y madre acaso de un hijo que no lo fuera de su esposo.

Leonardo y Berta reconocíanlo así, y uno y otro veían con espanto acercarse el día del alumbramiento.

La situación moral de ambos esposos era cruel, terrible.

El hijo que tanto habían ambicionado iba pronto a ver la luz del día.

Aquel hijo, sin embargo, desde antes de nacer, les daba miedo, les horrorizaba, llenaba sus almas de desesperación y de amargura.

¡Horrible situación!

## XXVI

Nueve meses justos despues del atentado, Berta dió á luz un nuevo hijo.

Parecia como que la naturaleza complaciase en aumentar los sufrimientos de aquellos desgraciados.

El recibimiento que este niño (era varon) tuvo, no solo de sus padres, sino tambien de toda la familia, no es para descrito.

Al clavar en él su madre los ojos por vez primera, como deseosa de descubrir por sus facciones el secreto de su origen, un grito de horror y espanto se escapó de su pecho.

Acababa de ver la imágen, la exacta imágen de uno de los foragidos, del que parecia ser el jefe de la banda.

Hasta una especie de lunar ó berruga que este tenia en la megilla, debajo del ojo izquierdo, veíase tambien, igual, en la misma parte, en el rostro del niño.

Su origen estaba claramente manifesto.

Así lo comprendieron todos, aun desconociendo esta circunstancia.

Nada aparecia en las facciones del niño de las de Leonardo, ni siquiera de las de Berta.

Su tipo era completamente distinto.

Leonardo, como dijimos, pertenecía á la raza meztiza-española.

Berta, á la *sangley*, ó mestiza-china.

La raza de aquel niño era la india, pero en su forma más salvaje y desagradable.

Negro, chato, juanetudo.

Para nadie fué ya un misterio la ilegitimidad de su origen, reconocida, si no con sus palabras, con sus actos, por Leonardo.

Algunos en el pueblo empezaron á llamar á aquel niño *el hijo del tulisan*.

## XXVII

Ocho dias habian trascurrido desde su nacimiento, y todavía aquel niño estaba sin bautizar.

Ni su madre, ni Leonardo, habian dicho de ello una palabra.

Parecia que nadie se cuidaba de aquella criatura.

A excitacion de su abuela Patricia, tratóse al fin de verificarlo.

El asunto, en estos casos tan importante para las familias, de la eleccion de nombre, hallábase igualmente abandonado.

Diríase que aquel niño era para sus padres absolutamente indiferente.

Tales eran el desden, la indiferencia, y en oca-



siones, la aversion con que Leonardo y Berta le contemplaban.

Patricia indicó que habiendo sido Agatona, la mujer del *teniente* Mariano, madrina de la niña, lo fuera también del niño, pero sabido por Leonardo, éste, aunque sin dar razones de ello, se opuso tenazmente.

No quería, sin duda, que la que había sido madrina de una hija tan idolatrada, lo fuera también de aquel niño que no era su hijo.

Patricia entonces le invitó á que él la designara, lo mismo que al padrino.

Disculpóse Leonardo, insistiendo únicamente en que no lo fueran los que años antes habíanlo sido de su hija.

Dirigióse Patricia á Berta, mas no habiendo querido tampoco esta designarlos, y deseando la anciana poner fin al conflicto, díjoselo á su marido, y quedó resuelto que este sería el padrino y Patricia la madrina.

Lo mismo poco más ó ménos aconteció para elegir el nombre que habían de ponerle.

Leonardo se encogió de hombros.

Berta rompió á llorar.

Patricio y Patricia tuvieron igualmente que resolver, y decidieron que se llamara Cirilo, que era el santo del día en que nació.

Al día siguiente verificóse el bautizo, desprovisto de todo aparato, poniendo al niño el nombre de Cirilo.

El pueblo, hacia ya dias, habíale puesto otro.  
*El hijo del tulisan.*

## XXVIII

Trascurrían los días, pasaban los meses y el disgusto, la tristeza, la desesperación de Berta y de Leonardo, en vez de disminuir, aumentaban, crecían, hacíanse cada vez más crueles é intolerables.

La vista de aquel niño era para ambos una causa constante, permanente, de pena y de vergüenza.

Para evitarlo en cuanto esto era posible, apenas le veían.

Una mujer, buscada para ello, cuidaba de su lactancia.

Leonardo le huía, y solo por casualidad, y bien á su pesar, fijaba en él sus ojos.

Era una situación terriblemente dolorosa.

Un día, poco despues de ser ya Leonardo sabedor del suceso, hallándose aquel á solas con su mujer, recordó á ésta sus palabras en casa del *teniente* Mariano al hablar del lance semejante acaecido en el *trapiche* del *capitan* Sabino, reprochándole un tanto no las hubiera puesto en práctica llegado el caso de verificarlo.

Desde entonces no habia vuelto á decirle una palabra sobre tal suceso.

Como es de imaginar, Berta, el día á que nos referimos, procuró disculparse, justificarse.

Hizo ver á Leonardo la falta de medios de resistencia, la sorpresa de que habia sido víctima, el desmayo en que cayó.

Leonardo calló, más no quedó satisfecho.

Sin embargo de esto, ni entonces, ni despues volvió á manifestar á Berta sobre aquel triste acontecimiento la más pequeña queja.

A pesar de este silencio, el dolor, la desesperacion, el desencanto desgarraban su alma.

Callaba, pero sufría.

Y de una manera atroz, cruel, insoportable.

Con uno de esos dolores profundos, íntimos, inmensos, que nada alcanza á mitigar, para los cuales en la tierra no existe consuelo, que indefectible y fatalmente llevan al que los padece al suicidio ó la locura.

Tal era el estado en que habia venido á caer el infortunado hijo de *cabesang* María.

## XXIX

Decidió consultarlo con el Padre.

El Padre, ó sea el fraile, es el asesor nato, el consejero de sus feligreses en todos los asuntos árdulos de su vida.

El marido que tiene una cuestion con su mujer,

la mujer que tiene una cuestion con su marido, el padre cuya hija trata de casarse, éste que quiere poner pleito á aquel, aquel que proyecta demandar al de más allá, todos, antes de hacer nada, van á consultarlo con el Padre.

Esto explica la influencia, el poder de los frailes en Filipinas.

Leonardo, pues, decidió tambien consultar sus desgracias con el Padre.

Para esto una noche, poco despues del toque de oraciones, tomó el camino del convento.

Este, como todos, ó casi todos los de Filipinas, estaba unido á la iglesia.

La de aquel pueblo, como más arriba hemos indicado, era grande, espaciosa y verdaderamente notable para la poblacion.

El edificio llamado el convento, que es donde habita el párroco, guardaba relacion con la iglesia, de la cual era un anejo, un aditamento por uno de sus costados, á la misma línea de la fachada de aquella.

Entró Leonardo en el espacioso zaguan, débilmente alumbrado por un farol de bomba, de cristal, colgado de la bóveda en un extremo, cerca de la escalera.

Subió los dos anchos tramos de que ésta constaba, y llegó á una larga galería donde habia varias puertas.

Eran las de las habitaciones.

La que servia de despacho al Padre Pascual hallábase abierta y alumbrada.

Esto indicaba hallarse allí el Padre.

Encaminóse, pues allá, y así era en efecto.

—¿Se puede entrar? preguntó en tagalo desde la puerta.

—Adelante, contestó una voz, en la misma lengua.

Leonardo entró.

Era una habitacion espaciosa, cuadrada, blanqueada, con suelo de anchas y largas tablas.

El Padre, sentado en un ancho sillón de brazos, parecido á los que usaban tambien en la Península antiguamente nuestros frailes, aunque con asiento de rejilla, tomaba tranquilamente chocolate, arrimado á un veladorcillo, alumbrado por un gran velón de metal, llevado sin duda al Archipiélago de la madre pátria.

A su lado, de pié, descalzo, con la camisa por fuera, hallábase uno de los muchos monaguillos que tienen los padres á su servicio.

Junto al veladorcillo en que tomaba el Padre chocolate, hallábase una mesa de escribir, grande y vieja, pero fuerte y en buen estado de uso.

Vetanse sobre ella un gran cartapacio de badana negra, una escribanía de metal igual al del velón, un breviario y algunos libros y papeles.

Cuatro ó seis cuadros de santos, grabados en negro con marco de madera, y seis ú ocho sillones semejantes al que ocupaba el fraile completaban el adorno de la habitacion.

El Padre Pascual, á quien ya conocemos, apare-

cia totalmente vestido de blanco, con el hábito de tela de aquel color que usan en Filipinas todos los frailes, ménos los franciscanos, cuyo hábito, de una tela llamada *guingon*, es azulado oscuro.

A la llegada de Leonardo, el Padre estaba apurando los restos del chocolate, hecho lo cual, el monaguillo separó el plato donde se hallaba la jicara, doble de las comunes, colocó en su lugar otro que habia al lado con un gran vaso lleno de agua, y se marchó.

### XXX

Si la índole de esta obra lo permitiera, con gusto diríamos aquí alguna cosa acerca de la tan debatida cuestion de los frailes de Filipinas y de otras no ménos graves é importantes, con ella en gran manera relacionadas.

Nos limitaremos, pues, á breves indicaciones.

La cuestion de los frailes no puede apreciarse aisladamente.

Unida á otras, forma lo que pudiera llamarse la gran cuestion de Filipinas.

Porque la cuestion de Filipinas es mucho más grande, mucho más importante, mucho más difícil de lo que se cree generalmente.

Para el que esto escribe, más grande, más difícil, más terrible que la cuestion de Cuba, siquiera

no haya habido felizmente hasta ahora en Filipinas una insurreccion de las proporciones que alcanzara la que hasta hace poco ensangrentó durante algunos años el suelo de la preciosa Antilla.

Y decimos que *alcanzara*, porque, como es sabido, en más pequeña escala, varias han sido las que, en el trascurso de este siglo, han turbado tambien la paz de aquel remoto Archipiélago, entre ellas la tremenda y formidable de Cavite, en la noche del 20 de Enero de 1872, y la que estalló en el presidio de Zamboanga el 15 de Setiembre del propio año, ambas, por fortuna, rápidamente sofocadas.

Dejando esto á un lado, volvamos á los frailes, motivo y objeto de esta pequeña digresion.

Como ya hemos apuntado, este asunto hállase enlazado á otros, tales como el de la enseñanza, el de gobierno, el de sistema político, sobre cada uno de los cuales hay y pueden sostenerse muy diversas opiniones.

En el dia, el Archipiélago filipino, digan cuanto quieran los interesados en hacer creer otra cosa, poco más ó ménos, está lo mismo que en tiempo de Legaspi, y hé aquí el gran cargo que puede hacerse á los que han sido sus gobernantes, y especialmente á los frailes, á las órdenes religiosas, que en tan largo espacio de años han dominado allí y continúan dominando, aunque no como en otras épocas.

En más de tres siglos en que allí habeis imperado, se les pudiera preguntar, ¿qué habeis hecho? ¿qué habeis enseñado á aquellos naturales?

Nada, absolutamente nada.

Eran ignorantes, y continúan siéndolo.

Eran idólatras, y lo son todavía, porque su religión no es otra cosa que superstición é idolatría.

Eran incultos y salvajes, y hoy lo son también.

¿Les habrán acaso inspirado amor á España y á los españoles, que tanta sangre y tantas lágrimas han derramado en aquellos países, y cuyas sombras, y cuyos recuerdos, sobre todo los de sus valientes descubridores, es lo único que allí se ofrece á la mente, grande, sublime, heróico, digno de admiración y de respeto?

¡Amor á España y á los españoles!

Mucho efectivamente debieran sentir, pero las muestras de ello no son grandes.

Solo una cosa les han enseñado; á rezar el rosario, y aun esto, no en castellano, sino en indio.

Pero, ¿qué ha de suceder, digámoslo con franqueza, si los más interesados en sostener allí la ignorancia, son los frailes; los frailes, enemigos constantes y tenaces de todo progreso, de toda innovación; defensores acérrimos de todo lo que tienda á mantener siempre vivo el amor á lo antiguo, á las tinieblas y al fanatismo?

¡Cuánto, á ser esta ocasión oportuna, pudiera decir á mis lectores en corroboración de mis palabras!

¡Qué máximas, qué ideas oídas de los labios de algunos de aquellos Reverendos!

¡Qué elogios, qué alabanzas de la ignorancia,



del aislamiento, de la barbárie, de la vida del salvaje, que no necesita para vivir de los refinamientos de la civilización!

Pero es necesario concluir.

En lo tocante al personal, *peor es meneallo*, como decia Sancho.

Con escasas y honrosas excepciones, malo, bastante malo, ó mejor dicho, semejante al resto del clero regular y no regular, en la Península y en todas partes, y de toda clase de religiones, porque al fin son hombres.

Pero... demos vuelta á la moneda.

Hemos visto su anverso; veamos ahora su reverso.

No se dirá que no somos leales, francos, generosos.

¿Convendria ó no variar allí completamente de sistema?

¿Seria ó no conveniente difundir allí la civilización, promover allí la ilustración, el progreso, la libertad?

*Ecco il problema*, como dicen los italianos.

La resolución compete á nuestros hombres de Estado.

Basten aquí estas indicaciones.

Continuemos ahora nuestra historia.

## XXXI

Solos ya Leonardo y el Padre Pascual, comenzó aquel á manifestarle el objeto de su visita.

Tiempo hacia ya que el Padre Pascual tenia completa noticia del lance acaecido á Berta, no solo por ser público en el pueblo, sino tambien por la misma Berta, que en su primera confesion, despues del suceso y poco antes del alumbramiento, creyóse en el caso de revelárselo y oir su autorizado parecer sobre el asunto.

El Padre Pascual, aunque fanático en grado superlativo y sin grandes dotes de inteligencia, poseia, efecto de su avanzada edad, algun conocimiento del mundo, cierto tacto, cierta experiencia.

Comprendió que aquello habia sido una desgracia con la que no quedaba más remedio que resignarse, acatando, decia, humildemente los misteriosos designios de la Providencia, desgracias á veces enviadas por Dios para probar nuestra fortaleza y nuestras virtudes.

En este concepto aconsejó á Berta la paciencia y la resignacion, imponiéndola al mismo tiempo alguna penitencia por el pecado que habia cometido, si bien contra su voluntad y sin intencion de cometerle.

Esto contestó á Berta, y esto igualmente, con

corta diferencia contestó á Leonardo, aunque algo más duramente, pues díjole que tal vez aquella desgracia no era otra cosa que un castigo divino por haber dejado, siquiera fuese por breves dias, abandonada á su mujer y sin cuidar de ella con el celo y la prevision que debe tener un buen marido, concluyendo por preguntarle si no pensaba aquel año confesarse, pues el tiempo para ello estaba terminando y todavía no lo habia verificado.

Leonardo, en efecto, preocupado con su triste situacion, no se habia acordado aquel año de cumplir con el precepto religioso.

Ofreció verificarlo á la mayor brevedad, y reiteró sus preguntas sobre lo que debiera hacer en el caso en que se hallaba por la desgracia acaecida á Berta.

—¡Qué has de hacer, hombre! exclamó al fin el Padre Pascual entre burlon y disgustado. Tener paciencia, y se acabó. ¿Has de tirar á la calle á esa criatura, que de nada tiene la culpa? ¡Cómo ha de ser! Desgracias, con las que no hay más remedio que resignarse y que Dios á veces nos envía para probar nuestra fortaleza ó para castigo de nuestros pecados.

Besó Leonardo la mano al Padre Pascual, y se marchó.

## XXXII

Dos dias despues de esta entrevista, Leonardo, segun habia prometido al Padre Pascual, confesó y comulgó.

En la confesion, el Padre Pascual repitió lo que habíale dicho en el convento acerca de la situacion en que se hallaba.

Paciencia, resignacion, conformidad; tales fueron sus consejos.

Algo, durante unos cuantos dias, tranquilizóse con ellos el agitado espíritu de Leonardo; mas recayendo pronto en sus amargas cavilaciones, en sus dudas, en su profundo malestar, en vano procuró poner en práctica lo que habíale el Padre aconsejado.

Antes que estè lo hiciera, habíalo ya hecho su cariñosa madre *cabesang* María, profundamente apenada con la desgracia de su hijo.

Pero, cual hemos visto, sus palabras habian sido sembrar en arena.

Lo propio sucedió al fin con las del Padre Pascual.

Porque en el estado tristísimo de Leonardo tenían parte diversos motivos.

No era solo dolor ó desencanto:

Era tambien vergüenza, hastío, desesperacion.

El hecho, origen de su amargura, conociase perfectamente, no solo en aquel pueblo, sino en otros inmediatos, á donde la noticia habia ya llegado.

Aquel hijo, que no era suyo, cuya procedencia sabian todos, le avergonzaba, le deshonraba, le impedia presentarse con tranquilidad delante de la gente.

Por todas partes donde se presentaba creia ver rostros que se mofaban, que se burlaban de él, y esta idea le trastornaba, le atormentaba, le hacia perder el juicio.

### XXXIII

Situacion semejante no podia continuar.

Como hemos dicho al final de uno de los capítulos anteriores, el dolor de Leonardo era uno de esos dolores profundos, íntimos, inmensos, para los cuales no hay consuelo en la tierra, y que indefectible y fatalmente llevan al que los padece al suicidio ó la locura.

En el caso presente aconteció lo primero.

Una tarde, dos meses despues de su entrevista y confesion con el Padre Pascual, salió Leonardo de su casa y dirigióse al sitio donde hallábase la regalada á Berta por sus padres, teatro del fatal suceso que ya conocemos, construida, como á su tiempo manifestamos, á orillas de un rio que no lejos de aquellos sitios desaguaba en el mar.

Tomó el sendero que á su márgen se hallaba, y siguió adelante.

Sin detener un instante su marcha, al pasar Leonardo por delante de la casa que tan amargos recuerdos tenia para él, volvió á ella los ojos y miró.

Hecho esto, bajó la cabeza y continuó su camino.

• Siguió avanzando.

Cincuenta ó sesenta pasos de la casa, Leonardo, siempre con la cabeza inclinada al suelo, se detuvo.

Sin moverse ni levantar del suelo la vista, pareció reflexionar unos momentos.

Despues emprendió la marcha nuevamente.

Al cabo de andar poco más de un cuarto de hora, en un sitio que los accidentes del terreno formaban una hondonada y el rio, más recogido y encauzado, hacia un pequeño recodo, sombreado por los plátanos, cocoteros y otros varios árboles y arbustos que poblaban sus orillas, Leonardo se paró.

Quitóse el sombrero blanco, de *buri*, que llevaba á la cabeza y que dejó caer al suelo, se persignó y pareció rezar unos momentos.

Acercóse á la orilla del rio, soltó los *zuecos* de madera que calzaban sus piés, y levantando los brazos y juntando las manos como para abrirse más fácil paso entre las ondas, tiróse al rio de cabeza.

Sonó el ruido que hizo su cuerpo al caer.

Agitáronse las aguas unos instantes, y Leonardo no volvió á aparecer.

Solo su sombrero y sus *zuecos* quedaban allí.

Las sombras de la noche empezaban á extenderse por el campo.

### XXXIV

Al notar Berta, despues del toque de ánimas, hora en que acostumbraban á cenar, que Leonardo no aparecia, lo que nunca sin gran motivo habia acontecido, empezó á inquietarse.

Ya durante todo aquel día habiala llamado la atencion el aspecto triste, caviloso y preocupado de Leonardo.

Éste alguna vez habia manifestado gran disgusto de la vida y hasta deseo de morir, de descansar.

Todo contribuia á hacer mayor la inquietud de Berta.

Dieron las nueve en el reló de la iglesia.

Berta, que desde poco despues de oir las ocho hallábase en la calle, á la puerta de la casa, esperando á su marido, al escuchar las nueve sin que aquel apareciera, entró, y lleno ya su corazon de temores y sospechas, manifestó á sus ancianos padres, si bien sin indicar todavía nada de suicidio, idea que comenzaba ya á vagar por su imaginacion, la inquietud que la devoraba.

—¿Pero dónde estará? exclamaba Berta. ¿Qué le habrá sucedido? ¿Cuál será el motivo de su tardanza?

—Efectivamente, contestaban sus padres, que esta tardanza es un poco extraña.

Y sin imaginar siquiera el motivo de aquella ausencia, añadian con la mayor buena fé:

—Algo debe haberle ocurrido, porque si no, ya á esta hora, estaria en casa para cenar.

Las sospechas de Berta, con estas palabras de sus padres tomaban cuerpo, crecian, se arraigaban.

Al oir dar las once, Berta ya no pudo contenerse, y rompiendo á llorar, exclamó, presa de la mayor amargura:

—Leonardo no existe... como si lo viera... á no ser así... era imposible que no hubiera ya venido.

Y aunque vagamente y con temor, empezó á indicar la posibilidad de que Leonardo, loco, ciego por sus sufrimientos, hubiera tal vez atentado á su vida.

Al principio sus padres mostráronse opuestos á semejante sospecha; mas no comprendiendo cuál otra pudiera ser la causa de su ausencia, y viendo que el tiempo pasaba y Leonardo no aparecía, acabaron tambien por abrigar las dudas que llenaban el alma de su hija.

A eso de las doce, Berta, acompañada de una criada, dirigióse á casa de *cabeasang* María, madre de Leonardo.

Todos en la casa estaban acostados y nada sabian.

Dijéronla únicamente que por la mañana habia estado allí Leonardo, que permaneció poco más de



media hora, y luego se marchó sin decir nada, ni notar en él cosa de particular.

Descubriólas Berta lo que ocurría, aunque sin manifestarlas sus temores.

*Cabesang* María, no obstante, apenas se enteró de lo que pasaba, y sin preceder indicación de otra persona, exclamó llorando y en el colmo de la desesperación:

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! ¡Si me lo daba el corazón!

Y continuó:

—Mi hijo se ha quitado la vida... sí... se ha quitado la vida... como si lo viera... ¡Si era muy desgraciado!

Y arrojándose en un rincón, empezó á dar gritos y á llorar de una manera inconsolable, y como si su alma toda hubiérase en un momento convertido en lágrimas.

### XXXV

Berta, *cabesang* María, sus dos hijas, los padres de Berta, los criados de ambas familias comenzaron desde aquel instante á hacer indagaciones sobre el paradero de Leonardo.

Fueron á la casa habitada algun tiempo por aquel y Berta en las afueras del pueblo, á las de los parientes, á las de los amigos.

Preguntaron á éste, al otro, al de más allá.

Importunaron á todo el pueblo.

Nada consiguieron averiguar.

Solo pudieron descubrir que por la tarde, á eso de las cinco, habian visto á Leonardo dirigirse hácia el sitio donde estaba la casa, á la orilla del río.

Dos criados dirigiéronse allá, con encargo de preguntar, explorar y recorrer las inmediaciones.

Uno de ellos, á eso de las nueve de la mañana, al volver á casa de Berta á dar cuenta del resultado de sus indagaciones, manifestó que nada habia observado que pudiera indicar el paradero de Leonardo; pero que le habian dicho que á la orilla del río, junto á la *sementera* de la *capitana* Petrona, un criado del *capitan* Ambrosio habia encontrado unos *zuecos* y un sombrero, al parecer abandonados.

El sitio señalado era el en que Leonardo habíase arrojado al agua.

Llaman *capitana* á la esposa ó viuda de uno que es ó ha sido *capitan* ó *Gobernadorcillo*.

El criado que dió esta noticia recibió orden de ir inmediatamente á casa del *capitan* Ambrosio, recoger los *zuecos* y el sombrero si estaban allí, y llevarlos á casa de Berta.

Fué allá el criado.

Pidió los *zuecos* y el sombrero, se los dieron, y llevólos á casa de su ama.

Apenas clavó en ellos Berta los ojos, dió un grito horrible y cayó al suelo desmayada.

Habia reconocido el sombrero y los *zuecos* de su marido.

El suicidio de éste era una cosa indudable para ella.

Sus sospechas estaban confirmadas.

Esta opinion era tambien la general en el pueblo.

El *Gobernadorcillo* empezó á instruir las competentes diligencias sobre la desaparicion de Leonardo, al que nadie volvió á ver más.

Difficil era esto.

Su cuerpo, arrastrado por la corriente del rio, había ido al mar, y en él desapareció.

Media hora estuvo Berta privada de conocimiento.

Recobrado que hubo el sentido y vuelta á su inmenso dolor, fué presa de una violenta calentura, cayendo á poco en espantoso delirio, acompañado de grandes convulsiones.

Su estado se hizo gravísimo.

Fueron llamados el *mediquillo* y el *vacunador*, que eran los facultativos de la poblacion.

Pusiéronla sanguijuelas, la hicieron dos sangrías, la llenaron de sinapismos.

La calentura aumentaba, el delirio haciase cada vez más violento y terrible.

Sanguijuelas, sangrías, sinapismos, todo fué inútil.

Al dia siguiente, á eso de las ocho de la mañana, despues de una dolorosa agonía, falleció.

En ménos de cuarenta horas, Berta y Leonardo, en lo mejor de su edad, llenos de vida y juventud, habíanse hundido en el sepulcro.

Así acabaron los que pocos años antes hallábanse rodeados de toda clase de felicidades, cuyo

porvenir aparecía adornado de los más espléndidos colores y las más risueñas y alegres esperanzas.

### XXXVII

Las desgraciadas muertes de Berta y de Leonardo produjeron pronto otras tres.

Sus vidas estaban muy unidas á las de otras personas.

Eran éstas, como deja suponerse, *cabesang* María, madre de Leonardo, y Patricio y Patricia, padres de Berta.

*Cabesang* María fué la que rompió la marcha en tan fúnebre comitiva.

Quince días pudo sobrevivir únicamente á su hijo amado.

Algo más, no mucho, duró la ya triste existencia de los afligidos ancianos.

La de Patricio dos meses.

Tres escasos la de su mujer.

El *Gobernadorcillo*, concluidas las primeras diligencias sobre la desaparición de la persona de Leonardo, las elevó al Alcalde mayor.

Probado suficientemente el suicidio, el Alcalde decretó el correspondiente *sobreseimiento sin perjuicio*, archivándose la causa, aprobado que fué por la Real Audiencia.

El abandono en que había quedado el niño Cirilo,

causa inocente de tantas desgracias y desventuras, hizo necesaria la intervencion judicial.

El *teniente* Mariano, á quien ya conocemos, antiguo amigo de la familia de Berta y hombre honrado y digno por todos conceptos, fué nombrado su tutor.

De los foragidos ó *tulisanes* que dieron el asalto á la casa de Leonardo mientras éste estaba en la Pampangá, nada volvió á saberse.

Sin embargo, segun algunos, dos malhechores que fueron muertos pocos meses despues de aquel atentado en un encuentro que tuvieron en el monte con los *cuadrilleros* del pueblo, debian ser de la partida que asaltó la casa de Leonardo.

Uno de ellos tenia una especie de lunar ó berruga en la megilla, debajo del ojo izquierdo.

Esto sucedia tambien, como dijimos á su tiempo, al que parecia hacer de jefe de aquella banda criminal, cuya semejanza con el niño extremeció tanto á la desdicháda Berta.

Nada se pudo averiguar.

Los *cuadrilleros* los mataron en la refriega.

Expusieron al público los cadáveres en el pueblo, pero nadie dijo conocerlos.

Aquel rumor, fundado solo en congeturas, era la verdad.

Los dos malhechores muertos por los *cuadrilleros* habian formado parte, en efecto, de la banda que asaltó la casa de Leonardo.

Si Berta los hubiera visto, probablemente los habria reconocido.

Sobre todo al de la berruga debajo del ojo izquierdo.

Nadie declaró.

Quedó todo envuelto en el misterio.

De las dos hermanas de Leonardo, la una, pocos meses despues de las muertes de su hermano y de su madre, falleció tambien.

La otra, pasado algun tiempo, se casó.

El huérfano Cirilo es ya un mozo de más de 25 años.

Su figura ha ido mejorándose alguna cosa.

Su rostro ha ido embelleciéndose.

Para él, lo propio el *teniente* Mariano, que su esposa la buena moza Agatona, fallecidos hace poco más de un año, primero el marido y al mes la mujer, más bien que tutores fueron mientras vivieron unos verdaderos padres, cuidando de él y de sus intereses con un celo y un cariño enteramente paternales.

Tres meses antes del fallecimiento del *teniente* Mariano, Cirilo se casó, hallándose ya próximo á ser padre.

A pesar del tiempo trascurrido, Cirilo, en el pueblo, más todavía que por su nombre de pila, es en general conocido y designado, y así probablemente continuará siéndolo mientras viva, por el que todos empezaron á darle desde el dia en que nació, nombre un poco más largo, pero tambien más expresivo y significativo: *el hijo del tulisán*.



## LA FIESTA DEL PALAY.

### I

Uno de los Juzgados, ó como sabemos dicen en Filipinas, *Alcaldías*, que el que estas líneas escribe ha tenido en aquel Archipiélago el honor de desempeñar, ha sido el de Samar, isla que con otras compone el grupo llamado de las *Visayas*.

Su capital ó *cabecera* es Catbalogan, pueblo situado al pié de una escarpada cordillera, y á la orilla del mar, por el cual únicamente, á no ser con grandes dificultades, puede hallar salida.

Compónese dicho pueblo, ó al ménos se compone en el tiempo que en él residimos, y es muy probable que así continúe sucediendo, de cuatro calles paralelas, que á pesar de ostentar en sus extremos una tablilla donde consta su nombre *oficial*, nadie en la poblacion las entiende sino por los de calle *primera, segunda, tercera y cuarta*.

Estas cuatro calles principales hállanse cortadas en ángulo recto por otras cuatro ó cinco más pequeñas.

La calle *primera*, que es la más larga, ostenta en un extremo la iglesia, á la cual hállase unido el *convento*, morada del Cura párroco, que lo es, como

en casi todos los pueblos de la isla, un fraile franciscano, y al opuesto, á poca distancia de las últimas casas, el cementerio, como significando que en el trayecto de aquella calle está simbolizada la vida humana, que empieza con el bautismo en la primera, y acaba con la muerte en el segundo.

De lo expuesto se infiere que ésta y las otras calles eran, y probablemente continuarán siendo para los que no tengan afición á las excursiones marítimas, el único paseo por tierra de que podía disfrutarse, circunstancia que con alguna otra hace bastante desagradable, al ménos para los europeos, la permanencia en aquella localidad.

En compañía de un apreciable funcionario de la Administracion de Hacienda de la provincia, hijo de españoles, pero nacido, criado y radicado en el país, llamados en él *españoles filipinos*, hallábame una tarde en mi casa de conversacion, sentados ambos en dos butacas cerca de las *conchas*, ó sea de las ventanas corridas que hacen allí el papel de balcones.

Situada la casa en la calle *primera*, camino, como queda dicho, de la iglesia al cementerio, contado era el día que por ella no pasaba algun entierro.

Así ocurrió que, estando hablando con el amigo referido, oyóse el ruido de un canto fúnebre.

—Por ahí va un entierro, exclamé, y mi amigo y yo, instintivamente y casi á un tiempo, levantámonos de nuestros respectivos asientos y nos asomamos á la ventana.



En efecto, era un entierro, pero no de los ostentosos y elegantes, á cuyas vanidades y apariencias son los indios muy aficionados, sino de los más humildes y pobres, á cuya última clase (que también en estas cosas y en aquel país hay clases y tarifas) indudablemente pertenecería.

Cuatro indios, súcios y andrajosos, llevaban á hombros, sostenido en dos cañas, un tosco ataúd, seguramente el llamado de *ánimas* ó de los pobres, dentro del cual aparecía el cadáver de una jóven como de 19 ó 20 años de edad, alta, no mal parecida, sumamente estenuada, y mal envuelta en una raída saya oscura que la servía de mortaja.

A la parte de la derecha y arrimados á las casas, dos individuos, semejantes á los anteriores, seguían el féretro, mascullando, más bien que cantando, los salmos que uno de ellos leía en un pequeño y viejo breviario que llevaba en la mano.

Ni más sacerdote, ni más monaguillos, ni más amigos, ni más acompañantes.

Los vecinos de la calle, acostumbrados á tales espectáculos, continuaban sus tareas y no hacían caso. Algun que otro transeunte, al ver lo humilde y pobre del entierro, miraba y seguía su camino como si nada hubiera visto.

Al pasar el cadáver frente á nosotros, mi amigo exclamó:

—¡Pobre muchacha! Sé quién es.

—Muy pobre debía ser, contesté, y de seguro huérfana ó desgraciada.

—Las dos cosas, replicó mi compañero. La he conocido mucho, y hoy he sabido que había muerto.

La juventud de aquella muchacha y la pobreza y abandono que rodeaban su cadáver, impresionaron mi corazón.

Sentí deseos de conocer su historia.

Mi amigo, por lo que había dicho, debía saberla.

Roguéle que me la refriera.

Así lo hizo.

Variados únicamente los nombres de los personajes, la historia de aquella jóven es lo que paso en este momento á relatar á mis lectores.

## II

En Z..., pueblo de la isla de Samar, dos ó tres horas distante de la cabecera, vivia una familia compuesta solo de tres personas, y que por el entrañable cariño que unos á otros se profesaban y por los suficientes si no cuantiosos recursos con que contaban para su subsistencia, podian creerse, y ellos así lo hacian, completamente felices.

Don Laomon Bacolot y su mujer Lunesa Verona pasaban en el citado pueblo de Z... como verdadero modelo de buenos esposos. Ambos frisaban en los 50 años, y á los veinticinco de matrimonio, no obstante haber tenido otros siete hijos, cuatro varones y tres hembras, solo les quedaba una hija, llamada

Paulina, que al comenzar nuestra historia no habia cumplido aún los 16.

Don Laomon era un indio alto, de buenas carnes, aunque no grueso, con el pelo casi blanco, lo que contradice la creencia que algunos tienen de que los indios é indias no encanecen, muy moreno, y á fuer de buen indio, grandemente chato.

Varias veces habian tratado sus convecinos, y aun el mismo Gobernador de la provincia, de elegirle *Gobernadorcillo*; pero nuestro D. Laomon habíase opuesto á ello resueltamente, consiguiendo evitarlo, accediendo tan solo á desempeñar el tambien en aquellas regiones importante cargo de *Cabeza de Barangay*.

Lunesa Verona, su mujer, era una mestiza china ó *sangley*, tambien de elevada estatura, de regulares carnes, ojos algo en ángulo ó *achinados*, distintivo de esta clase de mestizos, y de espesa, y para su edad, notablemente negra cabellera.

Chocará á algunos su nombre de Lunesa.

¿Qué santo será éste? se dirán. Y acaso no faltará quien se decida á buscarlo en el Calendario.

No le busquéis, porque no le encontrareis.

Este, como otros muchos nombres que se usan entre los indígenas en Filipinas, no se halla ni en el Calendario de España, ni en el Calendario de aquellas islas, ni en Calendario alguno de los que se usan en el mundo.

El nombre de Lunesa significa que aquella que le llevaba nació ó fué bautizada en *lunes*, y sus pa-

dres ó el Cura que la bautizó la pusieron por nombre Lunesa, como si aquello hubiera acaecido en *martes* la hubieran llamado Martesa, si en *miércoles* Miercolesa, y así, segun los diversos dias de la semana, todos cuyos nombres, con otros más raros y extravagantes, y aun impúdicos y obscenos, he visto usados en aquel país.

Esta es, pues, la etimología del nombre de Lunesa Verona, la buena y cariñosa esposa de Don Laomon Bacolot.

Paulina Bacolot era una jóven, segun ya se ha manifestado, próxima á cumplir 16 años, alta como sus padres, esbelta, bastante clara de color, de ojos y cabello negros, nariz casi europea y de rostro gracioso y grandemente simpático.

Decir que Paulina era el encanto, la esperanza y las delicias de sus padres, seria decir una cosa que el ménos perspicaz de los lectores ha adivinado desde el momento que tuvimos el gusto de presentársela; así como que Paulina á su vez idolatraba y respetaba á sus padres tanto por lo ménos cual puede y debe hacerlo el hijo más sumiso, obediente y cariñoso.

Agréguese á lo expuesto una casa, si no la mejor, de las mejores del pueblo, en la cual habitaban D. Laomon y su familia, y un terreno, ó como allí dicen *sementera*, que no solo producía el *palay* necesario para su manutencion, sino tambien algo más para sembrar y vender, que en los años regulares ascendía á otro tanto de lo que necesitaban

para vivir, casa y *sementera* de la propiedad de ambos esposos, y no será difícil comprender la alegría, el bienestar de que aquella familia tenía la suerte de disfrutar.

En estas condiciones hallábase Paulina al tiempo en que acabamos de conocerla.

### III

Hacia próximamente media hora que la campana de la iglesia había anunciado, según costumbre, que era la de las doce ó medio día.

Don Laomon, su mujer, su hija y otras ocho ó diez personas entre indios é indias, acababan de comer en casa del primero.

La mesa en que lo habían efectuado, más alta y mucho más grande que la en que acostumbraba a comer la familia cuando estaban solos, ocupaba de nuevo su sitio, que era un rincón á la entrada de la sala.

Don Laomon, fumando un cigarro, acababa de sentarse junto á la ventana.

Su mujer, fumando también, recogía los últimos platos y el mantel de algodón que había servido para la comida.

Paulina con otras tres ó cuatro mujeres, dirigíase á sentarse junto á las ventanas.

Cuatro ó seis indios, de diversas edades y cataduras, hablaban, fumaban ó discurrían por la sala.

Dos ó tres indias, contemporáneas de Lunesa, madres ó encargadas de las otras más jóvenes, se mezclaban con éstas.

Aquello indudablemente ofrecía el aspecto de un pequeño convite.

Y así era en efecto.

Aquella mañana habían acabado de sembrar el *palay* en la *sementera* de D. Laomon, y según costumbre del país, lo celebraban con una pequeña fiesta.

Esta se reducía á reunirse á comer en casa del dueño del terreno los que habían trabajado en dicha siembra, acabando luego con un baile.

He aquí la razón y el objeto de aquella reunión.

Uno de los circunstantes armóse de una guitarra, y empezaron á bailar.

Lunesa Verona, concluidos ya sus quehaceres domésticos, presidía con su marido la pequeña fiesta, reinando en la sala la animación y la alegría.

Acababan de bailar el famoso *balitao*, uno de los bailes del país, como ya sabemos, y el de la guitarra preludió una polka.

Un hombre de 28 á 30 años de edad, de mediana estatura, indio, delgado, bastante moreno, á quien llamaban Marianito, y que había bailado con Paulina la danza anterior al referido *balitao*, se acercó á ella y la pidió bailar también aquella polka.

Marianito del Rosario, que este era el nombre

de aquel indio, hallábase casado hacia pocos años con una lejana parienta de Paulina, á la sazón ausente.

Contestóle Paulina que estaba cansada, y se negó á su pretension.

—Vamos, no seas tonta, exclamó Marianito cogiéndola una mano é intentando que aquella se levantara para bailar.

—No quiero, estoy cansada, replicó Paulina, procurando desasirse de Marianito, que la tenia cogida de una mano.

—Vamos, repitió Marianito.

—Que no quiero, repuso Paulina con enojo y resolución.

—¡Nécial exclamó Marianito soltándola la mano y dándola en la cara con el sombrero de paja que tenia asido con la otra.

Al ver esto D. Laomon, levantóse de la silla en que estaba sentado no lejos de su hija, y se acercó á Marianito diciendo:

—Eres un bruto.

Y encarándose con el referido Marianito, le preguntó con muestras de disgusto:

—¿Por qué la pegas?

—Yo no la he pegado, contestó Marianito bajando la cabeza.

—Sí, señor, yo lo he visto, replicó D. Laomon acercándose más á aquel.

—¿Y por qué no quiere bailar? preguntó Marianito levantando la cabeza y clavando sus miradas en D. Laomon.

—Porque no la da la gana, respondió éste, y descargó una bofetada en el rostro de Marianito.

Uno de los que se habían acercado á los interlocutores, repuso mirando á D. Laomon:

—¿Y tú por qué pegas á Marianito?

El que así preguntaba era un indio alto, como de 56 años de edad, hermano mayor de Lunesa, llamado Inocentes Verona.

—¿Y á tí quién te da vela en este entierro? exclamó D. Laomon encarándose también con el Inocentes.

Y éste, sin responder á lo que aquel le preguntaba, continuó:

—Eres un *carabao*.

Llaman *carabao* (y ya me parece haberlo dicho, aunque por sí no fuera así lo repetiré) á un animal vacuno, corpulento, de grandísimas astas en forma de media luna, de color terroso, feo, y que hace en aquellas latitudes el oficio de los bueyes en la Península.

El *carabao* es el animal de labor del indio, su mejor amigo, su inseparable compañero, y que en el corazón del indio solo tiene un rival, el *gallo*, con el cual comparte todos los cuidados, atenciones y cariño de aquel.

Pero evitemos digresiones, y sigamos adelante.

La disputa comenzada entre D. Laomon y Marianito continuó entre aquel y su cuñado Inocentes.

Después de decirse algunas palabras duras, pasaron á las vías de hecho y comenzaron á luchar.



## IV

Lunesa, Paulina y otras personas separaron á Inocentes y D. Laomon.

—¡Pues me gusta el atrevimiento de Marianito! exclamaba Lunesa.

—Sí; no ha estado bien, la contestaba una amiga suya, próximamente de su misma edad.

—El tío Inocentes también no sé á qué se mete á defender á Marianito, murmuraba Paulina por otro lado.

—Me parece que un día te voy á romper la cabeza, exclamaba al mismo tiempo D. Laomon, dirigiendo una irritada mirada á su cuñado.

—Eso lo veremos, replicaba éste.

Y todo en la sala era ruido, barullo y confusión.

Inocentes y Marianito bajaron de la casa murmurando y vociferando sobre lo que acababa de pasar.

—Pues la culpa la tienes tú, exclamó Lunesa siguiéndoles por la escalera y dirigiéndose á Marianito.

—Quien la tiene es Paulina, contestó su hermano Inocentes parándose con Marianito en los bajos de la casa, que allí llaman *sirong*.

Aquella, como casi todas las casas de los indios, estaba sostenida en *harigues*, ó sea, como sabemos,

en unos grandes piés derechos, en los cuales se apoya toda su armazon.

Forma el *sirong* el espacio comprendido entre el suelo y el piso de las habitaciones, elevadas próximamente sobre aquel la altura de un hombre.

Este espacio, generalmente descubierto, sirve para colocar en él maderas, instrumentos de labranza, tinajillas vacías, de las que allí se hace mucho uso, y desempeña el oficio de depósito.

Inocentes y Marianito dieron unos pasos por la plazoleta ó átrio que habia delante de la escalera.

Lunesa y otras personas los siguieron.

Lunesa, por fin, dirigiéndose siempre á los citados Inocentes y Marianito, exclamó:

—Si tuviérais mejores modos no habria esto.

Y despues de unos instantes, continuó:

—Parece que no habeis venido sino á comer.

—¡Qué estás diciendol exclamó su hermano.

Y cogiendo del suelo una caña que cerca de él habia, como de dos brazas de largo, arrojóla incomedado á su hermana Lunesa.

No la acertó, y la caña cayó al suelo.

Cogióla aquella á su vez y la arrojó inmediatamente sobre Inocentes.

Inocentes dió un grito.

La caña le habia herido en la frente y en el ojo izquierdo.

La lesion de la frente no era más que una rozadura.

El golpe sufrido en el ojo debía ser grave, por-

que Inocentes comenzó á quejarse, sin quitar la mano del ojo herido.

Lunesa quedó callada é inmóvil como una estatua.

—Vamos al Tribunal á dar parte al *Capitan*, dijo, acercándose á Inocentes, uno de los que al ruido del suceso habian bajado de la casa.

El que tal cosa decia, ó más bien ordenaba, era otro indio, de 22 á 23 años, hermano del herido y de Lunesa, que desempeñaba en el pueblo el cargo de *cuadrillero*.

Llámanse *cuadrilleros* á unos dependientes del Municipio, semejantes á nuestros alguaciles.

Sabemos que en Filipinas designase con el nombre de Tribunal lo que apellidamos en la Península Casa de Ayuntamiento ó Casa consistorial.

Cual ya dijimos, llámase *Capitan* al *Gobernadorcillo*, cuyas atribuciones tambien conocemos.

Lobriigo Verona, que así se llamaba el *cuadrillero*, Inocentes Verona y Marianito del Rosario se encaminaron, en efecto, al Tribunal, situado, como en casi todos los pueblos del Archipiélago, á las inmediaciones de la iglesia.

Llegados que fueron á él, Marianito se quedó á la puerta, y Lobriigo é Inocentes penetraron en el edificio.

Lobriigo, seguido de Inocentes, subió á una habitacion como de once ó doce metros de largo y nueve ó diez de ancho, en la que habia dos mesas, en una de las cuales escribian dos hombres.

Sentado en un banco inmediato á la mesa desocupada, hallábase fumando el que á la sazón desempeñaba en el pueblo el cargo de *Gobernadorcillo*, en cuya eleccion sucede lo propio que por acá en las elecciones de Alcaldes y Concejales, es decir, deseos en unos de ser nombrados, con las intrigas y manejos correspondientes para conseguirlo, repugnancia y oposicion de otros que no quieren serlo, y todo lo demás que ocurre en tales casos.

El mobiliario de la habitacion, que pudiéramos llamar, y así lo era, Sala capitular, se reducía á las dos mesas ya citadas, un viejo y ancho sillón de regilla procedente del inmediato convento, algunos bancos y un gran farol, con bomba de cristal, pendiente del techo por medio de una cuerda.

Acercóse Lobrigo al *Capitan*, y empezó á hacerle relacion de lo que acababa de acaecer en casa de D. Laomon, manifestando que su hermana Lunesa era la autora de las lesiones que tenia en el ojo y la frente el Inocentes.

Enterado el *Capitan* de lo ocurrido, procedió, segun costumbre y está ordenado por la ley, á la instruccion de las primeras diligencias.

Mandó á uno de los escribientes que extendiera el consabido *auto cabeza de proceso*, en el que se expresa la denuncia verificada y lo que el denunciante manifiesta; se nombran dos personas que con el nombre de *testigos acompañados* han de autorizar con el actuante las expresadas diligencias; se ordena el reconocimiento del lesionado, y se dis-

pone, en fin, se practique cuanto sea necesario para el esclarecimiento del suceso.

Prestó declaracion el herido, se decretó la detencion en la cárcel del Tribunal de la autora de las lesiones, se reconocieron éstas por el *mediquillo*, y procedióse á todo lo correspondiente en casos semejantes

Concluidas pocos dias despues las referidas diligencias, fueron remitidas al Juzgado con la persona de Lunesa Verona, por medio de dos cuadrilleros, uno de los cuales era casualmente su hermano Lobrigo.

## V

Recibidas en la Alcaldía las diligencias y la persona que en ellas aparecia culpable, formóse al dia siguiente causa criminal por lesiones contra Lunesa Verona, la cual quedó en la cárcel presa á las resultas del proceso.

Fácil es comprender la desolacion que este suceso produciria en la familia de Paulina.

El Juez, probablemente al dictar el auto para la incoacion de aquella causa, sufriria, como tantas veces ocurre á los que tienen la honra de desempeñar un cargo tan delicado y en ocasiones tan desagradable, verdadero sentimiento.

La persona culpable era una mujer ya de edad, de regular posicion en el mundo, y no acostumbrada por tanto á las privaciones y malestar de una cárcel, donde, segun el inmortal autor del *Quijote*, *toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitacion*, hermana del ofendido y que seguramente habia cometido el hecho procesal en un momento de arrebató y sin intencion de causar un mal de tanta gravedad como el que produjo.

Pero estas últimas consideraciones solo podian apreciarse como circunstancias atenuantes, y de lo actuado aparecia que Inocentes probablemente quedaría inútil del ojo lesionado, y que las lesiones por consecuencia debian ser calificadas de graves.

La formacion de causa y la prision de Lunesa eran absolutamente inevitables.

El dolor y la amargura aposentáronse en aquella casa, en la que poco antes reinaban el placer y la alegría.

Don Laomon, Lunesa y Paulina eran, como ya se ha dicho, modelos respectivamente de hijos y de esposos.

La ausencia, para el uno de su querida esposa, para la otra de su adorada madre, era un suceso terrible que les desgarraba el corazon.

Con objeto siquiera de estar más cerca de la encausada, D. Laomon y su hija trasladáronse á habitar en la cabecera.

Decretado el embargo de los bienes á las resultas del proceso, la casa y la *sementera* que poseian

fueron incluidas en él, y depositadas en persona *Jega, llana y abonada*.

Trasladados á la cabecera Paulina y su padre, su casa quedó cerrada y al cuidado de la persona nombrada por el *Gobernadorcillo* de Z... depositario de los bienes.

Pocos dias despues de la ocurrencia, D. Laomon empezó á perder el apetito y á sentirse aquejado de extraño malestar.

Su indisposicion, trasladado á la cabecera, se fué agravando, si bien el *Vacuñador general* de la provincia, que hacia las veces de médico titular, le decia que aquella, en su concepto, no era más que una fiebre.

Pero pasaban dias, y la fiebre no desaparecia, y el malestar continuaba, y la debilidad del enfermo aumentaba más y más.

Y sin tener más que fiebre, segun el *Vacuñador*, D. Laomon, tres meses despues de haber su mujer entrado en la cárcel, falleció.

Paulina, muerto su padre, continuó viviendo en la casa que habitaban, que era la de una familia antigua amiga de la de D. Laomon.

Golpe terrible fué la muerte de éste para Paulina y su madre, sobre todo para Lunesa, que desde entonces cayó en grandísimo abatimiento.

Durante los quince ó veinte primeros dias de su prision, la pena y hasta puede decirse el terror de Lunesa habian sido horrosos.

Al verse sujeta, primero á unas diligencias, des-

pues á una causa criminal, hundida en una cárcel, mezclada con criminales, profunda amargura se apoderó de su espíritu.

Mas reflexionó sobre las circunstancias del triste suceso origen de su desgracia; habló con su marido, el que á su vez se informó tambien de otras personas; oyó á otras presas que con ella estaban en el calabozo, y su terror fué disipándose y su pena disminuyendo, abriéndose paso en su alma la resignacion y la conformidad.

Pero la enfermedad de su marido se fué agravando; falleció, y su mujer que, como ya se ha dicho, le amaba cordialmente, cayó en un estado mucho más triste y doloroso que el en que se habia encontrado anteriormente.

La situacion de Lunesa llegó á inspirar cuidado.

Pasado, no obstante, el primer efecto que hizo en su ánimo el fallecimiento de su esposo, su salud, aunque muy lentamente, se fué restableciendo.

La pena y la tristeza llenaban, sin embargo, las afligidas almas de Paulina y su madre.

Al dolor que en ambas producía la situacion en que se veía Lunesa, juntábase el ocasionado por la falta de recursos.

Embargados sus cortos bienes, abandonada, ó poco ménos, la *sementera* en que principalmente librábase su subsistencia, encarcelada Lunesa y muerto su marido, la pobreza empezaba á mostrar su rostro descarnado á la madre y la hija.



Antiguos trajes que arreglaron sirviéronlas para el de luto.

A tenerlos que comprar, hubiéranse visto en un apuro.

Tan cortos ibanse ya haciendo los recursos de que disponian.

Inocentes, despues de cerca de dos meses de enfermedad, logró sanar, pero perdiendo el uso del ojo izquierdo que su hermana le habia lesionado.

Momentos hubo al principio de la enfermedad que temióse quedara ciego.

La inflamacion del ojo herido se comunicó al compañero, y durante quince dias Inocentes quedó inútil de los dos.

Segun declaraciones del ofendido y del *mediquillo* que le asistió, la curacion completa tardó cincuenta dias, estando durante treinta y cinco imposibilitado para sus habituales ocupaciones, y gastando en la curacion 40 rs. fuertes, ó sea 100 rs. de vellon.

A los cuatro meses de su incoacion, la causa quedó sentenciada en primera instancia.

Lunesa Veróna fué condenada por el delito de *lesiones graves* á ocho meses de reclusion con destino á las labores propias de su sexo, indemnizacion al ofendido de 35 pesetas, sufriendo, caso de insolvenia, un dia de prision subsidiaria por cada medio peso que dejara de satisfacer, y al pago de las costas.

## VI

La causa, como es de rigor, fué remitida en *consulta* á Manila, recibíendose dos meses despues en el Juzgado con la *ejecutoria* que en ella habia recaído.

La sentencia habia sido confirmada por la Audiencia, y ya no restaba sino cumplirla.

Dictóse el correspondiente auto de *guárdese, cumpla y ejecute*, notificóse la expresada *ejecutoria* á la procesada, y ésta fué puesta á disposicion del Gobernador político-militar del distrito para el cumplimiento de la sentencia.

Un mes despues, Lunesa enfermó.

Su enfermedad, segun el Vacunador encargado de la asistencia de los presos, era *disenteria pútrida*, enfermedad al parecer frecuente en la cárcel, especialmente en ciertas temporadas.

Ocho dias despues Lunesa habia fallecido.

Paulina estaba huérfana.

Y no solo huérfana, sino en la pobreza, en la miseria.

La casa y la *sementera*, embargadas á las resultas de la causa, habíanse vendido por aquellos dias.

Su producto no alcanzaba á cubrir el importe de las costas.

Despues de satisfecho lo correspondiente á la

Hacienda, el resto se distribuyó á prorata entre los demás partícipes tanto en la Alcaldía como en la Audiencia.

Pocos meses antes, Paulina al lado de sus queridos padres, era feliz; y no solo por las circunstancias que la rodeaban, sino tambien por el porvenir que se la ofrecia ante sus ojos, podia creerse dichosa, lo mismo que sus padres.

Pasan unos meses, y la alegría se convierte en amargura, el bienestar y desahogo en aficcion y penuria, la risa y el contento en llanto y desamparo, la luz en tinieblas, el cielo en infierno.

A los dulces placeres de la familia, á los caprichos inmediatamente satisfechos, á los parientes y amigos afables, atentos, cariñosos, á los trajes elegantes, alabados, encomiados y envidiados en el pueblo, suceden la amarga soledad, las dificultades para atender á las más imprescindibles necesidades de la vida, la frialdad de los parientes, el desvío de los amigos y amigas, los vestidos que se deslucen y se rompen y no hay medio ni posibilidad de sustituir.

La familia que era dueña de la casa á que Don Laomon y su hija fueron á habitar al trasladarse á la cabecera, á medida que las desgracias iban cayendo sobre Paulina, fuese casualidad, fuese confianza ú otra causa cualquiera, disminuia para con ella sus atenciones y cuidados.

Paulina lo observó, y una nueva amargura affigió su corazon.

Resolvió marcharse de aquella casa.

Pero esa era la dificultad.

Don Laomon, mientras habitó en ella, nada pagó á sus dueños, antiguos amigos suyos, por alquiler ni manutencion.

Paulina, muerto su padre, continuó haciendo lo propio.

Mas resuelta á marcharse, necesitaba medios para atender por lo ménos á los gastos de la casa y la comida.

Sus recursos á la sazón eran escasisimos.

No llegaban á tres pesos.

Pensó en volver á Z...

Más desistió pronto de esta idea y resolvió continuar en Catbologan.

Pero el alquiler de una casa, por mala y pobre que fuese, excederia con mucho á lo de que ella podia disponer.

Además era una jóven, y no parecia bien, ni á ello se atreveria, vivir sola.

Trató de ver si encontraba otra familia á la cual asociarse.

En la calle en que habitaba, no lejos de su casa, vivia una mujer sola, como de cincuenta años de edad, á la que de vista conoçia.

Fué á hablarla.

Expúsola su proyecto, y al fin convinieron Paulina y Vitoy, que así llamaban á aquella mujer, en que Paulina se iria allí y pagaria por la habitacion un peso mensual.

Quiso tambien Paulina tratar con Vitoy, cuyo verdadero nombre era el de Victoriana, acerca de la comida.

Mas no se convinieron, y concluyeron por decidir que la comida correria al cuidado de Paulina.

Era á últimos de mes, y quedó acordado que Paulina el dia primero del próximo se trasladaria á la casa de Vitoy.

Paulina tenia algun recelo en descubrir á la familia con la que habitaba su resolucion, temiendo que acaso se resentirian.

¡Inocente y cándida Paulinal

Desconocia el corazon humano, que en todos los países y en todos los lugares del mundo es lo mismo.

Aquella familia, no solo no se ofendió de la resolucion de Paulina, sino que, aparentando sentirla, se alegró mucho de ella.

Los muebles que Paulina podia trasladar á la nueva casa reducianse á una caja de madera, con llave, de las que se usan en el país, que la servia de baul y en la que guardaba las pocas ropas que la quedaban, un espejo de unos veinte centímetros en cuadro, con marco de madera pintada, y un petate y una almohada que constituian su cama.

Trasladada á casa de Vitoy, como ésta la hiciera alguna insinuacion sobre el particular, Paulina la dió un peso, como alquiler adelantado de aquel mes.

Quedaba, pues, á Paulina por todo capital poco más de otro peso.

## VII

Paulina tuvo necesidad de pensar en los medios á que acudiría para subsistir.

Comprendió que si ella no los buscaba, nadie se los proporcionaría.

Resolvió dedicarse al oficio de costurera.

Entre los indios, como en Europa, no todos pueden ó saben coserse su ropa.

Necesitan una persona que lo haga.

De aquí la existencia, aún entre los indios, de las costureras.

Pero entre los indios, lo propio que acontece en Europa, el oficio de costurera es penoso y de corto producto.

Paulina durante unos meses dió muchísimas puntadas, consiguiendo solamente no morirse de hambre.

A veces faltábala el valor y la resignacion, y desfallecía ó se desesperaba.

Lo mismo exactamente que sucede á muchas costureras de Madrid ó París.

Era jóven y hermosa, lo cual significa que no la faltaban adoradores.

Con dos ó tres de ellos tuvo algunas relaciones, pero ligeras, sin importancia.

Conoció que solo querían pasar el tiempo ó al-

guna otra cosa quizá no tan inocente, y los despachó.

Continuó la infeliz trabajando, logrando de ese modo no ir en cueros, ni morir de necesidad.

El hijo de uno de los más ricachos del pueblo empezó á ofrecerla sus obsequios.

Y como su fin, al parecer, nada tenia de vituperable y el tal era jóven y de bastante buena figura, Paulina no le halló mal y dió oídos á sus protestas amorosas.

Tanto fué así, que empezó á correr en el pueblo que iban á casarse.

Tales de seguro eran las esperanzas de Paulina, fundadas en las promesas de su futuro y en el vehemente amor que la demostraba.

Pero con aquel matrimonio sucedió lo que ocurre frecuentemente con otros muchos, así en Filipinas como en España, en Europa como en América, en Asia también como en Africa, según imaginamos.

Y es á saber, que despues de decirse y propalarse por aquí, por allá y en todas partes, que el matrimonio va á efectuarse, pasa tiempo y no se realiza, quedándose en proyecto.

Esto sucedió con el matrimonio de Paulina.

Y para que si ésta aún daba abrigo en su pecho á alguna esperanza la desechara por completo, su novio, antes de dos meses de haber cortado con ella relaciones, se casó con otra.

La cuestion estaba concluida.

Pero en aquel matrimonio fracasado concurría lo que también suele concurrir en otros que fracasan, y es, que envuelto en el fracaso va algo más triste y doloroso que una esperanza defraudada.

• Un novio que se marcha puede sustituirse con otro novio que aparezca.

Mas una honra que se pierde es muy difícil, si no imposible, que se recupere.

La infamia está en el novio que se marcha, llevándose la honra de una pobre mujer que tal vez no tiene otro patrimonio.

Disculpa grande tiene el padre ó el hermano que al ver huir á ese infame se echa una escopeta á la cara y dispara sobre él como si fuera un javalí.

Pero Paulina no tenia ni padre ni hermano, y por esto su novio, poco despues de cortar relaciones con ella, pudo impunemente pasearse con tranquilidad por donde más le agradaba.

A sus desgracias anteriores pudo añadir Paulina otra, acaso más terrible, pues aquellas provenian de la naturaleza, y ésta tomaba origen de la maldad de un hombre.

A ésta como á aquellas no tuvo más remedio que resignarse.

Su alma, sin embargo, sufrió una terrible conmocion.

En ella se verificó un cambio que la modificó notablemente.

Pasados los primeros efectos que en el espíritu de Paulina produjo el abandono del hombre que una



y cien veces habia prometido hacerla su esposa, el carácter y la conducta de Paulina empezaron á sufrir paulatina, pero radical transformación.

A la melancolía que en ella se notaba desde el dia en que su madre fué arrancada de su lado para conducirla á la cárcel, aumentada luego con el fallecimiento, primero de su padre, á poco de Lunesa, sucedió, desde el hecho en que venimos ocupándonos, una animacion, una jovialidad que en ocasiones parecia verdaderamente intempestiva.

Vitoy, dueña, como hemos dicho, de la casa en que vivia, que no habia logrado inspirar nunca á Paulina afecto ni confianza, consiguió que Paulina, olvidando la repulsion que hasta entonces habia sentido hácia ella, empezara á tratarla de muy diversa manera.

Vitoy lo comprendió, y procuró á su vez facilitar por su parte esta reconciliacion.

El trato entre ambas comenzó á hacerse más íntimo, empezaron las confianzas, y poco á poco Vitoy consiguió hacer huir del ánimo de Paulina hasta la última sombra de sus antiguos recelos y antipatías, concluyendo mutuamente por tratarse con la más completa confianza.

## VIII

•  
Dos ó tres meses despues del fracasado matrimonio, Paulina dejó de habitar en casa de Vitoy.

¿Habian regañado? ¿Se habian incomodado?

Todo ménos eso.

Su amistad continuaba siendo la misma.

La razon era distinta.

El motivo de no vivir juntas ambas amigas era el mismo que obligó á los antiguos legisladores romanos á sentar el principio de que ninguno puede ser vecino á un tiempo de dos ciudades.

O segun la moderna fraseologia, que solo Dios goza del beneficio de *ubicuidad*.

O lo que es igual, que nadie puede estar á un tiempo en varios sitios.

Paulina, sea como costurera, criada ó lo que fuere, habitaba en casa del Interventor de la Administracion de Hacienda pública de la provincia, español peninsular de unos 40 ó 42 años, y que, si bien con mujer é hijos en la Península, él allí se hallaba solo, y necesitaba una persona que cuidara de la casa y estuviera al frente de los otros criados.

Paulina, por lo tanto, no podia vivir en aquel tiempo con su amiga Vitoy.

Esto, sin embargo, no duró más que cuatro ó cinco meses, pasados los cuales, á consecuencia de no sabemos qué disgusto con el Sr. Interventor, Paulina volvió á habitar en compañía de su amiga.

Esto igualmente duró poco.

Cinco ó seis dias despues de su salida de la casa del Interventor, entró en la de otro empleado en la citada Administracion de Hacienda, tambien español, de unos 27 años de edad, y que desempeñaba en aquella oficina el cargo de Almacenero.

Ménos tiempo aún que el que habia permanecido en la casa del Interventor, continuó en la del Alma-cenero.

Excusado es decir que se volvió á su refugio.

A su regreso á casa de Vitoy, por indicacion de Paulina, trataron de mudarse á otra mejor.

Empezaron para ello á hacer diligencias.

Vitoy, sin embargo, no manifestaba grandes deseos de mudarse, por cuya razon y la dificultad de hallar una habitacion mejor, pero no muy cara, el proyecto fué olvidándose, y Vitoy y Paulina continuaron habitando la misma.

Una aficion se desarrolló por entonces en Paulina que no habia tenido anteriormente.

No lejos de su casa, en la tienda de un chino, hallábase establecido un juego de *Panguingui*, al cual son muy aficionados los chinos y los indios.

El *Panguingui* en aquellas comarcas es juego lícito.

Solo está prohibido, como todos, en horas determinadas.

En las restantes es permitido, por lo cual hay establecimientos donde se juega públicamente.

Por indicaciones de Vitoy, antigua aficionada, sola ó con Vitoy, Paulina comenzó á frecuentar el juego referido.

Y como las ocupaciones de Paulina en casa de Vitoy eran muy cortas, en la casa de juego y no en la de Vitoy era donde solia pasar Paulina la mayor parte del dia, y muy á menudo de la noche.

Inútil es advertir que su antiguo oficio de costurera quedó completamente abandonado.

Perdiendo ó ganando en un dia en el juego del *Panguingui* más de lo que en un mes podía adquirir con su oficio de costurera, ¿á qué había de trabajar?

Lo que hay es que con su oficio de costurera tenía seguridad de que mientras quisiera trabajar no la faltarian medios de subsistencia, y con el juego del *Panguingui* pudiera hallarse fácilmente sin tener que comer.

Pero esto no se la ocurría á Paulina, y dado caso de que así fuera, no era bastante para separarla de aquel camino.

Otra afición desarrollóse en ella poco más ó menos al mismo tiempo que la de jugar al *Panguingui*.

La de beber *tuba* y *anisado*.

Llaman *tuba* á la destilacion del cocotero, la cual facilitan haciendo en el árbol una incision ó cortadura.

La *tuba* es el vino comun de los indios.

El *anisado*, ó es de Europa ó del país.

Cual puede suponerse, el que hacen en el país es mucho más barato y de diversa clase que el de Europa.

Paulina empezó á aficionarse cuando vivia en casa del Interventor.

Entonces no bebia *tuba* ni *anisado* del país, sino Cognac, Jerez ó Anisado de Europa, llamado comunmente Carabanchel, lo propio que en el tiempo que estuvo en la del Almacenero.

Pero estas bebidas son caras, y vuelta á casa de Vitoy, cuando no podía beber Cognac, Jerez ó Carabanchel, bebía *tuba*, bebida predilecta de Vitoy, ó con más frecuencia *anisado*, que agradaba más á Paulina que la *tuba*.

Su aficion, no obstante, jamás la llevó á ningun exceso en este sentido, lo que no puede decirse de su amiga Vitoy, que algunas veces volvia á su casa en un estado lastimoso.

La embriaguez, que en los hombres es uno de los vicios más vergonzosos y degradantes, en la mujer llega al colmo de la depravacion y la ignominia.

Si las desgraciadas víctimas de tan desdichada aficion pudieran comprender la situacion en que la embriaguez las coloca, no reincidirian en ella.

Su delicadeza de mujer las haria huir con terror de una tentacion que á tan vergonzoso estado las conduce.

La desgraciada que se embriaga ignora lo que hace, pues de otro modo no lo haria.

## IX

Pasaron cerca de cuatro años.

Paulina, á pesar de su aficion, habia renunciado, al ménos temporalmente, á beber *anisado* y todo género de vinos y licores.

La causa de ello era hallarse enferma y habérsele aconsejado su compañera de casa Vitoy.

A lo que todavía no habia renunciado era á asistir, cuando tenia dinero, al juego del *Panguingui*.

Pronto, no obstante, tuvo tambien que abandonarlo, porque su debilidad y el estado en que se hallaba no la permitian concurrir á la casa del chino.

Su situacion, en efecto, era lamentable.

Carecia completamente de apetito.

La boca y la garganta las tenia fuertemente irritadas y ulceradas, por cuyo motivo apenas podia tragar ni aun agua.

Su debilidad y otras úlceras que la salieron en las piernas impedíanla andar, obligándola á estar continuamente echada en el suelo sobre un mal petate que la servia de cama.

Por indicaciones del Vacunador, que la hizo alguna visita, de Vitoy y de una vecina, Paulina tomó diversas medicinas, pero con ninguna logró aliviarse, sirviéndola únicamente para agotar los escasos recursos pecuniarios con que contaba.

Su enfermedad y su miseria aumentaban diariamente.

Hízose preciso avisar al Cura párroco, el que ya se ha dicho era un fraile franciscano.

Un clérigo indio, coadjutor de aquel, la confesó y la dió el Viático.

Tal era la fé religiosa de Paulina, que creyó que con aquello iba á ponerse pronto buena.

Durante unos dias mejoró efectivamente alguna

cosa; pero pronto volvió á recaer, agravándose más todavía.

La infeliz Paulina visiblemente agonizaba.

Vitoy, por esto, no dejaba de hacer nada de lo que tenia costumbre.

Su conducta, como era natural, llamó la atencion de la desgraciada Paulina, que frecuentemente quedaba sola en la casa, á veces todo un dia.

Esta indiferencia, esta falta de compasion y de caridad hirió con agudísimo dolor el corazon sensible de Paulina, que, sin embargo, no exhaló una queja ni dijo á aquella una palabra.

Diez ó doce dias despues del en que Paulina habia recibido el Viático, Vitoy, á eso de las ocho de la mañana salió de su casa y no volvió á ella hasta los momentos en que el sol se ocultaba en el horizonte.

Al llegar á su casuca, hacíalo cargada con un haz de leña.

Apenas penetró en ella, dió un grito y dejó caer al suelo el haz que llevaba en la cabeza.

Habia visto el cuerpo de Paulina, tendido boca abajo, en medio de la habitacion.

Alguna sangre manchaba las cañas del piso alrededor de la cabeza de Paulina.

—¡Lina! exclamó Vitoy, que era como acostumbraba llamar á Paulina, acercándose á ésta.

Paulina no contestó, porque no podia contestar.

Hacia más de cuatro horas que no existia.

Vitoy se inclinó, y al conocer que Paulina era ya

cadáver y reparar en la sangre, dijo á media voz:

—¡Sangre!

Examinó ligeramente el cuerpo de Paulina, mas no encontró lesion alguna.

Aquella sangre, y así tambien lo comprendió Vitoy, era la que Paulina, despues de muerta, habia arrojado por la boca.

Pero si Paulina, como parecia lo probable, habia fallecido de muerte natural, ¿cómo estaba allí y en aquella posicion?

Cuando por la mañana Vitoy habia salido de la casa, Paulina quedaba en una pequeña habitacion que habia á la derecha, bastante al fondo, y que la servia de dormitorio, tendida en su petate.

Paulina hacia dias que apenas podia moverse.

¿Quién la habia conducido hasta aquel sitio?

¿Habia allí entrado alguno?

Lo que habia ocurrido es lo siguiente.

Paulina, en efecto, al marcharse Vitoy por la mañana, habia quedado en su cuarto tendida en el petate, poco ménos que sin movimiento y como un tronco.

Vitoy habia tenido la falta de piedad de marcharse y dejarla sola en tal estado, limitándose á poner en el suelo al alcance de su mano un vaso de agua con *caramelo*, que es una especie de azucarillos que se usa en el país, y que era lo único que tomaba Paulina hacia unos dias.

Esta de cuando en cuando alargaba el brazo y bebia un poco de aquella agua azucarada.



Mas á cosa de la una de la tarde sintió Paulina un ahogo terrible.

Comprendió que habia llegado su última hora, y al verse sola, en las ánsias de la muerte hizo un supremo esfuerzo, consiguió levantarse y se dirigió hácia la puerta de la calle para pedir auxilio.

Pero antes de llegar á la puerta, se la oscureció la vista, y sin exhalar siquiera un ¡ay! cayó de bruces en el suelo.

Un instante despues, habia dejado de existir.

Aquella calle era poco pasajera, al salir Vitoy entornó la puerta de caña de la casa y nadie, hasta la llegada de Vitoy, habia penetrado en ella.

Una vecina que solia, sobre todo desde la enfermedad de Paulina, aparecer por aquella casa, hallábase recien parida y no salia de la suya.

Nadie, pues, hasta la llegada de Vitoy, habíase presentado ni tenido noticia del fallecimiento de Paulina.

Vitoy cogió del suelo el haz de leña que al reparar en Paulina habia dejado caer, lo llevó á un rincón de lo que en aquella vivienda parecia hacer las veces de cocina, cogió un plátano que con otros cuantos veíanse allí cerca, volvió á donde estaba el cadáver de Paulina, ya colocado boca arriba por Vitoy, y echando sobre él una mirada, salió comiendo el plátano de la casa y se encaminó á otra inmediata, que era la en que habitaba la vecina de que hemos hablado poco antes.

Refirió lo que acababa de encontrar y acompa-

ñada del marido de aquella y una muchacha como de doce años y un muchacho como de catorce, hijos de aquellos, volvió donde se hallaba el cadáver de Paulina.

La reconocieron nuevamente y no hallaron lesión ni señal de violencia.

Vitoy y Laurenciano, que así se llamaba aquel vecino, conferenciaron sobre lo que debía hacerse, y de conformidad, quedó decidido que Vitoy fuera inmediatamente á poner el hecho en conocimiento del Gobernadorcillo.

Hízolo así Vitoy y el vecino y sus dos hijos quedaron en la casa.

Pocos minutos despues, aparecieron Vitoy y el Gobernadorcillo.

—Enciende luz, dijo éste á Vitoy á poco de entrar.

Las sombras de la noche empezaban á extenderse por el espacio.

—No sé si habrá lumbre, replicó Vitoy, dirigiéndose á la cocina.

Mal podía haberla, porque Vitoy no la habia encendido aquel día, y Paulina ni hubiera podido ni necesitó hacerlo.

Por esto volvió diciendo:

—Iré á buscarla.

—Toma, pero enciende pronto, porque ya no sé, replicó el Gobernadorcillo, sacando del bolsillo del pantalon una caja de fósforos y dándosela á Vitoy.

Tomóla ésta, entró en el cuartito que habia sido

de Paulina, y despues de unos momentos volvió llevando en la mano, en un plato roto, un vaso de vidrio con agua y aceite de coco, en el que ardía una luz.

Vitoy le habia explicado el suceso antes de llegar, manifestándole su opinion de que la muerte de Paulina habia sido natural.

Esa es la razon por que, despues de examinar el cadáver, exclamó el Gobernadorcillo:

—Sí, la muerte ha sido natural.

—¿Y no seria bueno que la reconociera el Vacunador? repuso el vecino, callado hasta entonces, mirando al funcionario municipal.

—¿Y crees que necesito que tú me lo digas? replicó éste un poco amostazado por la observacion del vecino. Pues por eso está ya avisado, prosiguió.

—No lo sabia, contestó el vecino.

—Aquí le tienes, repuso el Gobernadorcillo, viendolo entrar en la casa al Vacunador general de la provincia, que era el facultativo oficial del pueblo.

Y dirigiéndose al citado Vacunador, añadió, por supuesto en lenguaje *visaya*, que era el usado por todos ellos:

—La muerte parece que ha sido natural, pero reconócela, y dí tu parecer.

Los indios, por regla general, se hablan todos de *tú*, y solo algunos, á imitacion de los españoles, empiezan á hacer uso del *usted*.

El Vacunador reconoció el cuerpo de Paulina, y dijo:

—Sí, la muerte ha sido natural.

Y señalando á las manchas de sangre que se veían sobre las cañas que formaban el pavimento de la casa, añadió:

—Esa sangre es la que, despues de muerta, ha arrojado por la boca.

—Entonces, repuso el Gobernadorcillo, mirando al Vacunador, nada hacemos aquí nosotros.

Y dirigiéndose á Vitoy, continuó:

—Creo que Paulina no tiene en el pueblo ningún pariente... ha muerto en tu casa de enfermedad... así pues... *tú cuidado*... yo aquí nada tengo que hacer.

Y dando las buenas noches, el Gobernadorcillo y el Vacunador salieron de la casa.

## X

—Pues avisar al Padre para que la entierren y... *tapusná* (se acabó), exclamó el vecino.

Hiciéronlo así, y como los enterradores conocieron que su trabajo probablemente tendrían que hacerle gratis, dijeron á Vitoy, que fué la que avisó, que llevaran á la iglesia el cadáver, y luego ellos le conducirían al cementerio.

Cuando Vitoy volvió á su casa, extendió el *petate* de Paulina en la habitación donde estaba el cadáver, única con el cuartito y la cocina que existía en la

casa, y ayudada del vecino, extendió el inanimado cuerpo de aquella, encima del *petate*.

Ni pensaron en amortajarla, ni aunque hubieran pensado en ello, pudieran hacerlo fácilmente, dado que ni Paulina tenía más traje que el puesto ni había dejado más herencia que veinticuatro cuartos que restaban del medio peso que el día anterior entregó á Vitoy para que comprara el caramelo y pagara algunas otras cosillas que adeudaba en la tienda, suma que todavía podía verse donde Paulina la dejara, no lejos del vaso con el agua azucarada de la que solo bebiera poco más de la mitad.

Como tampoco en la casa había velas ni dinero para comprarlas, contentóse Vitoy con poner el vaso con la luz que ya conocemos al lado del cadáver.

Dos ó tres vecinas aparecieron por allí, pero éstas, el vecino y sus hijos se fueron marchando, y á las once de la noche Vitoy quedó sola con el cadáver de Paulina.

Cogió Vitoy otros dos plátanos de los que había en la cocina, púsose á comerlos, en cuclillas, á un lado de la habitación, y cuando acabó, se levantó, cerró la puerta de la casuca, extendió otro mal *petate* que hallábase arrollado en un rincón, fué al cuarto que había ocupado Paulina, cogió la pequeña y no muy limpia almohada que ésta usaba y que, ya muerta, no necesitaba, colócola en su *petate* y tendióse en él tranquilamente á dormir.

El aspecto de la habitación, pocos momentos

despues, era el que ligeramente vamos á describir.

El cadáver de Paulina, con los brazos á lo largo y los ojos medio abiertos, segun los habia dejado la muerte, tendido en el petate, sin almohada, próximamente en medio de la estancia.

A su derecha, cerca de la cabeza, el plato roto con el vaso, despidiendo una luz débil y rojiza, que á medida que el aceite disminuía y la mecha se quemaba y carbonizaba, íbase haciendo más lúgubre y sombría.

En un rincon, cerca de la entrada de la cocina, frente al cuarto que habia sido de Paulina, Vitoy dormida y roncando, echada sobre un lado, con las piernas abiertas, los brazos extendidos y subida la saya hasta más arriba de las rodillas.

No léjos de ella, el pellejo de los plátanos que habia comido, tirado en pedazos por el suelo, conforme para comerlos habíale ido arrancando.

Al otro extremo, la puerta cerrada, envuelta entre las sombras.

Trascurridas dos horas, Vitoy despertó y abrió los ojos.

La luz hacia ya un rato que, falta de aceite, despues de larga y penosa agonía, habia concluido por decir: no alumbro más.

—Se ha apagado la luz, murmuró ó pensó Vitoy.

Para que volviera á haber luz necesitábanse varias cosas.

Primero, que se echara aceite en el vaso, y se arreglara la mecha ó se pusiera otra nueva.

Despues, que Vitoy, que era la única que pudiera hacerlo, se levantara á verificarlo.

Pero Vitoy no hizo nada de esto y la habitacion continuó á oscuras.

Vitoy diria: Paulina ya no necesita de nada, yo puedo muy bien dormir sin luz, ¿qué necesidad tengo de gastar aceite y de molestarme en levantarme á encenderla?

Resultado: que pocos minutos despues, envueltas en tinieblas, Vitoy y Paulina dormian, una el transitorio sueño de los vivos, otra el eterno sueño de los muertos, turbando únicamente el pavoroso silencio de aquella fúnebre morada el áspero y acompasado ruido de los ronquidos de Vitoy.

Esta, á eso de las siete de la mañana, despertó.

La luz del dia penetraba por la multitud de rendijas y agujeros que habia en la casa que, en cambio, tenia sólo dos pequeñas ventanas, casi siempre cerradas, una, inmediata al sitio en que Vitoy habia estado durmiendo, y otra en la cocina.

Levantóse Vitoy, arrolló su petate, púsole donde estaba cuando le tomó para acostarse, y cruzando junto á Paulina, cuyos desnudos pies rozó al pasar con la saya, fué á la puerta y la abrió.

La alegre luz matinal de un dia claro y despejado inundó la habitacion.

Volvió Vitoy á la cocina, cogió dos plátanos que quedaban y púsose en cuclillas á comerlos.

Durante esta operacion debió pensar que si tenia que pagar á los que llevaran á la iglesia el

cuerpo de Paulina, difícil era predecir cuándo esto se verificaría.

El cadáver empezaba ya á despedir mal olor.

Vitoy necesitaba ir á sus quehaceres.

Urgia, por lo tanto, sacar de allí lo más pronto posible el cadáver de Paulina.

Con este objeto resolvió ir de nuevo al convento.

Cerró la puerta, y como la casa del vecino que ya conocemos hallábase en el camino del convento, subió á ella para manifestar sus intenciones.

—Pues así debe ser, exclamó el vecino, enterándose que hubo de ellas. El Padre es el que debe enviar por la difunta para darle sepultura. ¿Has de cargar tu con Paulina y llevarla al cementerio, si ni ella ni tu teneis dinero para que lo hagan?

Vitoy, animada con este razonamiento, continuó sus pasos á la iglesia.

Logró ver al Padre Cura y, despues de algunas dificultades, éste la ofreció, no solo que irian los enterradores por el cadáver de Paulina, sino que el entierro, puesto que nada habia dejado la difunta, nada tampoco costaria á Vitoy, que como ésta decia, ninguna obligacion tenia de pagarle.

Vitoy con esta oferta dió la vuelta á su casa muy satisfecha, pues con ella se libraba de un compromiso del que ignoraba cómo hubiera podido salir.

Pasaban horas, y los sepultureros, sin embargo, no aparecian.

El calor del país aceleraba la putrefaccion, y el cadáver por momentos iba despidiendo peor olor.



Sonaron en la iglesia las campanadas que anunciaban las dos de la tarde, y todavía aquellos no habian llegado.

El que espera, desespera, y Vitoy estaba verdaderamente desesperada.

Los sepultureros por fin aparecieron.

—Bien se conoce, exclamó Vitoy al verlos llegar, que no esperais *salapit*.

*Salapit* quiere decir dinero.

Los interpelados callaron.

Metieron, no colocaron, el cadáver de Paulina en el humilde ataúd que uno de ellos llevaba á hombros, y, sin despedirse de Vitoy, dirigiéronse á la escalera.

Notó Vitoy que habian dejado el *petate* sobre que aquel habia estado tendido, y ya porque era de la propiedad de Paulina, ya porque en él podian envolver su cadáver al enterrarla, costumbre muy usual entre los indios, intenciones tuvo de advertírselo á los sepultureros.

Mas luego pensó que para la muerta era igual que la enterraran ó no con el *petate*; que éste no se sabe dónde iria á parar, que el suyo era peor y á ella no la vendria mal, y se calló.

Los enterradores en esto habian llegado á la tosca escalera, formada de dos cañas y tres ó cuatro travesaños.

—¡Dios la haya perdonado! murmuró Vitoy al ver salir de la casa el cadáver de la que habia sido su amiga.

Se santiguó, y llegando hasta la puerta, quedó en ella de pié, siguiendo á los sepultureros con la vista, que se dirigian á la iglesia.

Cuando ya se hallaban bastante distantes, exclamó á media voz:

—¡Pobre Paulina! ¡Quién se lo habia de decir!

Dió media vuelta, y entró en la habitacion.

Cogió el *petate* que habia sido lecho de muerte de Paulina, y mirándole, exclamó:

—Está bastante bueno. Le lavaré y me servirá.

Le arrolló y fué á llevarle al cuartito que habia sido de Paulina, donde le puso en un rincon.

En aquel momento los sepultureros llegaban á la iglesia.

Dejaron el cadáver en el sitio designado para depósito, y uno de ellos, seguramente el jefe, encaminóse en busca del Padre para noticiárselo.

Una hora despues, el féretro de Paulina pasaba por delante de mi casa con direccion al cementerio, y el amigo que me acompañaba me referia la triste historia que antecede.

Asomados á la ventana, ambos pudimos todavía, media hora despues, ver pasar, ya vacía, la fúnebre caja que habia servido para conducirla á su última morada, llevada al hombro por uno de sus conductores.

—Ahí va la caja en que la han llevado, repuse indicándosela á mi amigo.

Este, de espaldas entonces á la calle, se volvió, miró, y contestó:

—Sí... es verdad... ya la han enterrado.

Nadie, de seguro, pocos años antes, hubiera vaticinado fin tan próximo y desgraciado á la modesta, pero feliz familia del pueblo de Z...

Ni D. Laomon, ni Lunesa, ni Paulina, pudieran imaginar tuviera tales resultados el modesto convite de aquel día inolvidable, inaugurado con tan alegres auspicios, conocido en el país con el significativo nombre de *fiesta del palay*.





## ALGUNAS VOCES INDIAS, TAGALAS Y VISAYAS (1).

---

¡ Abá!—¡ Ah! , ¡vaya! , ¡bah!

Abacá.—Las fibras del plátano, tela hecha con ellas.

Aeta.—Negro pequeño, raza que habita en algunos montes.

Anay.—Polilla, insecto roedor.

Amán.—Mónstruo, fantasma.

Ali-cá.—Ven, acércate.

Ala-ala.—Memoria.

Ate.—Fruta.

Aplatanado.—Perezoso, indolente.

Acó.—Yo.

Anting-anting.—Reliquia con que los indios creen tener poder sobrenatural para librarse de los peligros.

Arao.—Sol, luz.

Arraez.—Capitan de barco.

Apoy.—Lumbre, fuego.

Ang.—El (artículo).

At.—Y, e (conjuncion).

Aso.—Perro.

Babay.—Mujer, hembra.

Barangay.—Reunion de cincuenta ó más vecinos tributantes.

Baranganay.—Lancha del pueblo.

Bajac.—Tapa-rabo.

Bombon.—Pedazo de caña que sirve de jarra.

Bantayan.—Guardia de vigilancia.

---

(1) Las palabras están escritas segun su pronunciacion, sin pretension ninguna científica ó filológica.

- Bayon.—Especie de costal, generalmente de palma ó bejuco.
- Bolo.—Machete, cuchillo.
- Bayug.—Arbol hueco colgado en el que, dando con un palo, sirve en los pueblos para avisar á los vecinos.
- Balalong.—Idem.
- Bahay.—Casa, vivienda.
- Bantay.—Centinela.
- Bata.—Muchacho, criado jóven.
- Bejuco.—Raiz, especie de junco.
- Babuy.—Puerco, marrano.
- Buyo.—Composicion de hoja de dicho árbol, bonga y cal.
- Buyera.—La que vende buyo.
- Bonga.—Fruto de un árbol.
- Balítao.—Canto y baile del país.
- Bibinca.—Torta hecha de arroz cocido.
- Banga.—Cántaro, olla grande.
- Banca.—Bote hecho de un tronco de árbol.
- Banquero.—Conductor de una banca.
- Baroto.—Banca.
- Batalán.—Azotea, tejadillo.
- Batangas.—Cañas que ponen para defensa á los lados de las bancas.
- Bonote.—Hilachas de la corteza del coco, que sirven para limpiar, rellenar, etc.
- Bilao.—Especie de plato grande de palma ó bejuco.
- Batea.—Especie de fuente de madera para comer ó lavar.
- Bató-bató.—Tórtola.
- Baquiat.—Zuecos de madera con tacones altos.
- Buti.—Bondad.
- Burí.—Espadaña con que hacen petates, sombreros, etc.

- Bulagao.—Rubio.  
 Bulag.—Ciego.  
 ¿Baquit?—¿Por qué?  
 Balutan.—Envoltorio, lio.  
 Bucas.—Mañana.  
 Bailujan.—Baile.  
 Capitan.—Gobernadorcillo.  
 Capitan-pasado.—Ex-Gobernadorcillo.  
 Caña-bojo.—Caña comun de las islas.  
 Catapusan.—Baile, fiesta.  
 Caida.—Antesala grande, generalmente el comedor.  
 Conchas.—Ventanas.  
 Casangcapang.—Equipaje, baules.  
 Coco.—Fruto del cocotero.  
 Carabao.—Búfalo, animal, bruto.  
 Carajay.—Sarten grande sin piés.  
 Colla.—Lluvia ó viento fuerte.  
 Cabeza de barangay.—Jefe de un barangay.  
 Casco.—Lanchon de poca quilla.  
 Castila ó cachila.—Español, castellano.  
 Camagon.—Arbol de madera oscura, persona antigua en las islas.  
 Chacon.—Lagarto grande y temible por su mordedura.  
 Chongo.—Mono salvaje.  
 Chichirico.—Bonito, elegante.  
 Chupa.—Medida igual á la octava parte de la *ganta*.  
 Camote.—Especie de batata.  
 Chico.—Fruta.  
 Chá.—Tè.  
 Cundiman.—Baile y canto del país.  
 Calán.—Fogon.  
 Cajél.—Fruta parecida á una naranja verde.  
 Cualtas.—Dinero.

- Cocal.—Conjunto ó bosque de cocoteros.  
 Capatit.—Hermano.  
 Cayaputi.—Aceite cicatrizante.  
 Caua.—Caldera grande de hierro.  
 Condol.—Fruta de que hacen dulce.  
 ¡Chura!—¡Qué gracial! ¡Me gusta!  
 Cuyap.—Enfermedad del estómago.  
 Cambray.—Tela para sayas y camisas.  
 Cris.—Sable haciendo ondas.  
 Cá.—Tú.  
 Camí.—Nosotros.  
 Cayó.—Vosotros.  
 Cayomanguí.—Moreno.  
 Cubá.—Jorobado.  
 Cumusta cá?—Cómo estás?  
 ¿Cá mangaling?—¿Vienes?  
 Cauan.—Derecha.  
 Caliuá.—Izquierda.  
 Caivigan.—Amigo.  
 Chonca.—Juego de los indios.  
 Dalaga.—Jóven soltera.  
 Dito.—Aquí.  
 Datto.—Jefe de los moros.  
 Dindin.—Tabique de caña ó tabla.  
 Dumalaga.—Gallina jóven.  
 Diri.—No.  
 Daán.—Camino.  
 Dilao.—Amarillo.  
 Dagat.—Laguna.  
 Dibdib.—Pecho.  
 Duag.—Cobarde.  
 Doón.—Allí.  
 Estero.—Canal, arroyo.  
 Emprestar.—Prestar.  
 Festujan.—Fiesta, funcion.  
 Fandagueado.—Baile del país.



- Guayaba.**—Fruta.  
**Guanabana.**—Idem.  
**Gabe.**—Planta de hoja muy grande.  
**Guingon.**—Tela de algodón, generalmente azul.  
**Gobernadorcillo.**—Autoridad municipal, Alcalde.  
**Guintó.**—Oro, de color dorado.  
**Gumamela.**—Flor grande inodora.  
**Gasac.**—Monte cultivado.  
**Gulay.**—Pote, legumbre.  
**Gatas.**—Leche.  
**Gabí.**—Noche.  
**Gubat.**—Bosque.  
**Gogo.**—Raíz que con agua hace espuma, muy buena para limpiarse el cabello.  
**Hari.**—Rey.  
**Harigue.**—Piés derechos en que se apoyan las casas.  
**Hindi.**—No.  
**Hamaca.**—Red fuerte para dormir, mecerse, caminar.  
**Ina.**—Madre.  
**Indey.**—Muchacha.  
**Icao.**—Tú.  
**Ilao.**—Luz.  
**Ilang-ilang.**—Flor de gran perfume.  
**Init.**—Calor.  
**Inajin.**—Gallina.  
**Ilong.**—Nariz.  
**Jalic.**—Beso.  
**Jabaga.**—Galerna, temporal en las costas.  
**Lancape.**—Banco ancho de caña.  
**Lampacear.**—Sacar brillo á las tablas de los pisos frotándolas con hojas de plátano, aceite, etc.  
**Lampazo.**—El trapo ó rodilla con que se lampacea.

- Lalaqui.—Hombre.  
 Lanzones.—Fruta.  
 Lupa.—Tierra.  
 Lindol.—Terremoto.  
 Lintic.—Rayo.  
 Liab.—Llama.  
 Lapat.—Ancho.  
 Laqui.—Grande. •  
 Lumapit cá.—Acércate.  
 Morisqueta.—Arroz cocido.  
 Mediquillo.—Curandero indio.  
 Marajan.—Con cuidado, despacio.  
 Matandá.—Viejo, anciano.  
 Mangostan.—Fruta.  
 Manga.—Arbol, fruta.  
 Manoc.—Gallina.  
 Mano.—A la derecha, tuerce el coche á la derecha.  
 Macupa.—Fruta.  
 Maganda.—Bonita, hermosa.  
 Mabuti.—Bueno, excelente, de lo mejor.  
 Mairon.—Tienes, tengo.  
 Maitim.—Negro.  
 Misa de vara.—Misa para celebrar la toma de posesion de un Gobernadorcillo.  
 Munti.—Pequeño.  
 Malinao.—Claro.  
 Malambot.—Blando.  
 Malinis.—Limpio.  
 Marumi.—Súcio.  
 Matigás.—Duro.  
 Mapulá.—Encarnado, rojo.  
 Matamis.—Dulce, azúcar.  
 Matapan.—Valiente, atrevido.  
 Malubi.—Pobre, indigente.  
 Madali.—Vivo, de prisa.

- Magandan arao.—Buenos días.  
 Magandan japun.—Buenas tardes.  
 Magandan gabey.—Buenas noches.  
 Mabuti pó.—Bien, señor.  
 Mabolo.—Fruta.  
 Marao.—Malo.  
 Maupay.—Bueno.  
 Manoy.—Hermano mayor.  
 Mangjud.—Hermano menor.  
 Mari cá.—Ven acá.  
 Mecate.—Cuerda, atadero.  
 Molave.—Arbol de madera muy fuerte.  
 Narra.—Madera parecida á la caoba.  
 Nanay.—Madre.  
 ¡Nacúl!—¡Bien! ¡Bueno!  
 Nipa.—Especie de palma con que cubren las  
   casas.  
 Nito.—Junco fino con que hacen sombreros,  
   petacas, etc.  
 ¡Oy!—¡Eh! ven.  
 O pó.—Sí, señor.  
 Oó.—Sí.  
 Orimon.—Silla de manos.  
 Orinola.—Orinal.  
 Polos.—Trabajo personal en los pueblos.  
 Polista.—Individuo sujeto al trabajo personal.  
 Principalia.—Corporacion municipal.  
 Principal.—Individuo perteneciente al Muni-  
   cipio.  
 Parejo.—Igual.  
 Palma brava.—Palma muy dura, elástica y  
   fuerte.  
 Petate.—Especie de esterilla para dormir.  
 Panguingui.—Juego de cartas de los indios.  
 Parao.—Barco del país.  
 Piña.—Fruta, tejido hecho de sus hojas.

- Pinga.—Palo ó caña para conducir peso al hom-  
 bro colgante de sus extremos.  
 Patay.—Muerto, cadáver.  
 Palasan.—Especie de róten de que se hacen  
 bastones.  
 Panday.—Carpintero.  
 Papaya.—Fruta parecida al calabacin.  
 Plátano.—Fruta.  
 Pusa.—Gato.  
 Palay.—Arroz con la cascarilla.  
 Payo.—Quitasol, paraguas.  
 Pono.—Pié de árbol, tronco.  
 Pó.—Señor.  
 Panco.—Lanchon.  
 Panca.—Lancha.  
 Panique.—Murciélagó de piel muy fina.  
 Patigallo.—Enredo, trapisonda.  
 Paco.—Clavo, clavar.  
 Pantalán.—Muelle, embarcadero.  
 Paipay.—Abanico redondo que no se cierra.  
 Quilos.—Vigas que sostienen el techo de la  
 casa.  
 Quimao.—Manco.  
 Remontado.—Indio que huye al monte.  
 Salacot.—Sombrero de forma esférica de nito  
 ó bejuco.  
 Santol.—Fruta para dulce.  
 Sipan.—Carruaje abierto.  
 Señolia.—Mote que dan á los chinos.  
 Suman.—Arroz cocido con agua de coco.  
 Sinamay.—Tela hecha de abacá.  
 Sinamayera.—Vendedora de sinamay.  
 Sampaloc.—Arbol, barrio de Manila.  
 Siá.—Él (pronombre).  
 Sotanjú.—Fideo chino.  
 Salapit.—Dinero.

- Sulun.—Vete, sal de aquí, fuera.  
 Sirong.—Bajos de una casa, piso bajo.  
 Sagá.—Carne del tronco del plátano.  
 Suca.—Vinagre.  
 Siculate.—Chocolate.  
 ¡Sintic!—¡Rayos! ¡Maldicion!  
 Sintá.—Amor.  
 Sa.—Para, en.  
 Sicapat.—Un real.  
 Sicolo.—Medio real.  
 Sundalo.—Soldado.  
 Sulat.—Carta.  
 Tao.—Hombre joven, individuo.  
 Tribunal.—Casa Ayuntamiento.  
 Tributo.—Antiguo impuesto que solo pagan los indios.  
 Tiendajan.—Tienda pobre.  
 Tabo.—Tazon hecho de la corteza del coco.  
 Taclobo.—Marisco de conchas enormes.  
 Tapis.—Banda que se ciñen las indias al cuerpo, más corta que la saya.  
 Tubig.—Agua.  
 Tinapay.—Pan, galleta.  
 Taguláguay.—Bálsamo para curar heridas.  
 Tú cuidado, Vd. cuidado.—Tú ó Vd. verá, como quieras ó Vd. quiera, tú ó Vd. lo arreglará, me es igual.  
 Tampipi.—Arca ó cesto para guardar algo.  
 Tinsia.—Mecha para luz.  
 Trapiche.—Hacienda donde se hace azúcar.  
 Tavi.—A un lado, apártate.  
 Tuba.—Vino hecho con la destilacion del cocotero.  
 Tiquin.—Caña para hacer andar las embarcaciones, apoyándola en el fondo.  
 Tinola.—Cocido de pollo y calabaza para la cena.

**Tulisán.**—Bandido, salteador, malhechor.  
**Tumbaga.**—Mezcla de oro y plata con que hacen pendientes, etc.  
**Tucó.**—Lagarto, chacón.  
**Talibon.**—Machete, bolo grande.  
**Tatay.**—Padre.  
**Tulay.**—Puente.  
**Tapus.**—Final, conclusion.  
**Tapus ná.**—Se acabó, se concluyó.  
**Tingá.**—Plomo.  
**Tian.**—Ventre.  
**Tanhali.**—Es tarde.  
**Tajac.**—Estocada.  
**Valis.**—Escoba en forma de abanico.  
**Vago.**—Nuevo, recién llegado al Archipiélago.  
**Vaguio.**—Viento fuertísimo, temporal de agua y viento.  
**Versos.**—Tiros, salvas hechas con cañones pequeños de mano.  
**Visita.**—Barrio, dependencia de un puebló.  
**Vianda.**—Pescadillo.  
**Vagun-tao.**—Mozo, jóven.  
**Zacatal.**—Campo sembrado de zacate.  
**Zacate.**—Forraje para los caballos.

---

**Uno.**—Isá.  
**Dos.**—Dalauá.  
**Tres.**—Tatló.  
**Cuatro.**—Apat.  
**Cinco.**—Limá.  
**Seis.**—Anim.  
**Siete.**—Pitó.  
**Ocho.**—Való.

Nueve.—Siam.  
 Diez.—Isang-pó.  
 Once.—Labing-isá.  
 Doce.—Labing-dalauá.  
 Trece.—Labing-tatló.  
 Catorce.—Labing-apat.  
 Quince.—Labing-limá.  
 Diez y seis.—Labing-anim.  
 Diez y siete.—Labing-pitó.  
 Diez y ocho.—Labing-ualó.  
 Diez y nueve.—Labing-siam.  
 Veinte.—Dalauang-pó.  
 Veintiuno.—Dalauang-pot-isá.  
 Treinta.—Tatlong-pó.  
 Cuarenta.—Apat-ná-pó.  
 Cincuenta.—Limang-pó.  
 Sesenta.—Anim-ná-pó.  
 Setenta.—Pitong-pó.  
 Ochenta.—Valong-pó.  
 Noventa.—Siam-ná-pó.  
 Ciento.—Isam-daán.  
 Doscientos.—Dalauang-daán.  
 Quinientos.—Limang-daán.  
 Mil.—Isang-libó.  
 Dosmil.—Dalauang-libó.  
 Diezmil.—Isang-lacsá.  
 Cienmil.—Yota.  
 Un millon.—Isang-pon-yota.

Primero.—Naoná.  
 Segundo.—Icalauá.  
 Tercero.—Icatló.  
 Cuarto.—Icapat.  
 Quinto.—Icalimá.  
 Sexto.—Icanim.  
 Sétimo.—Icapitó.

Octavo.—Icanaló.

Noveno.—Icasiyán.

Décimo.—Icasampó.

---

Má.—Haber ó tener.

Ná.—Ser ó estar.

Itó.—Este ó esta.

Itong.—Estos ó estas.

Yong.—Aquel, aquello ó aquellos.

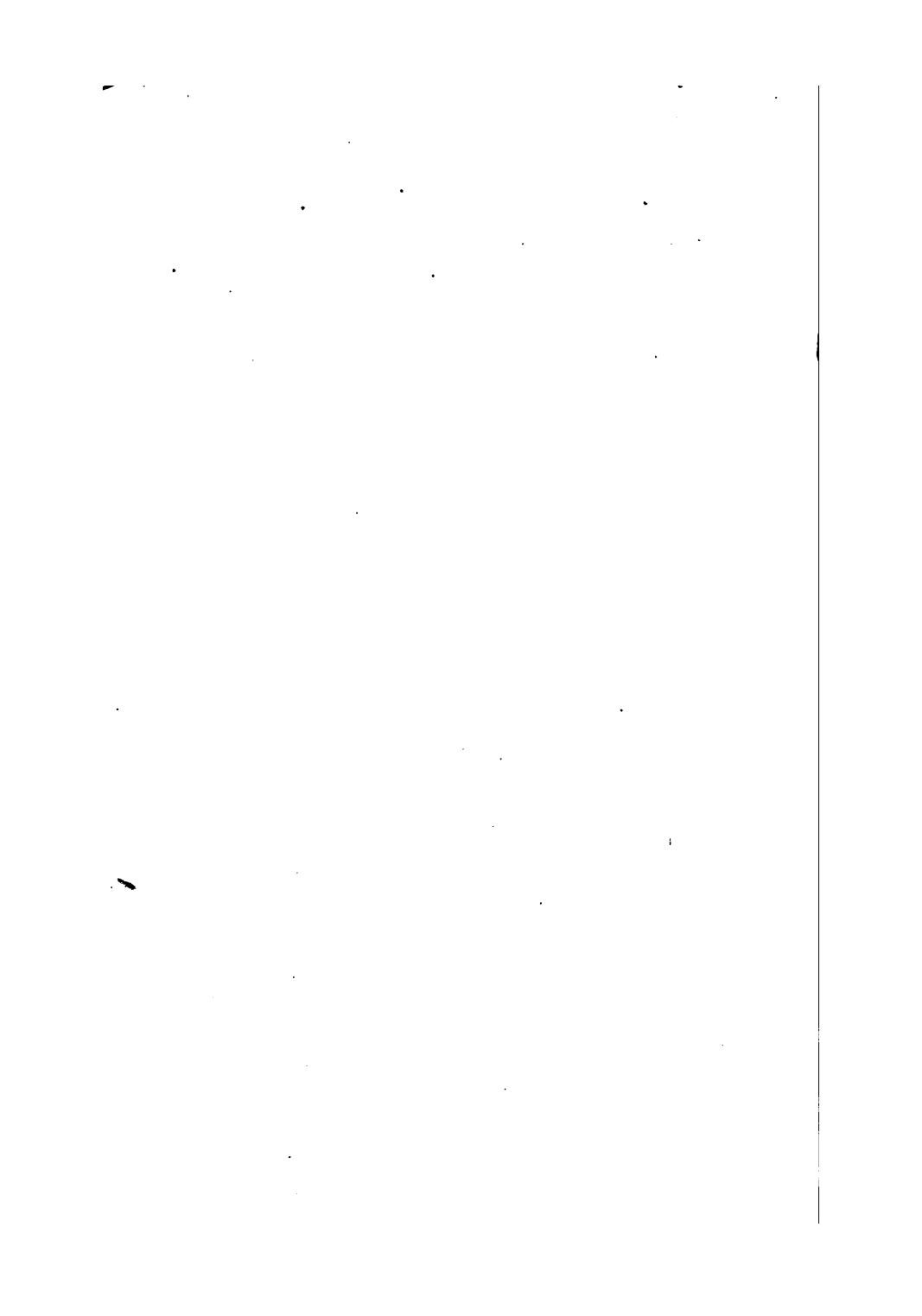
Yang.—Aquella ó aquellas.

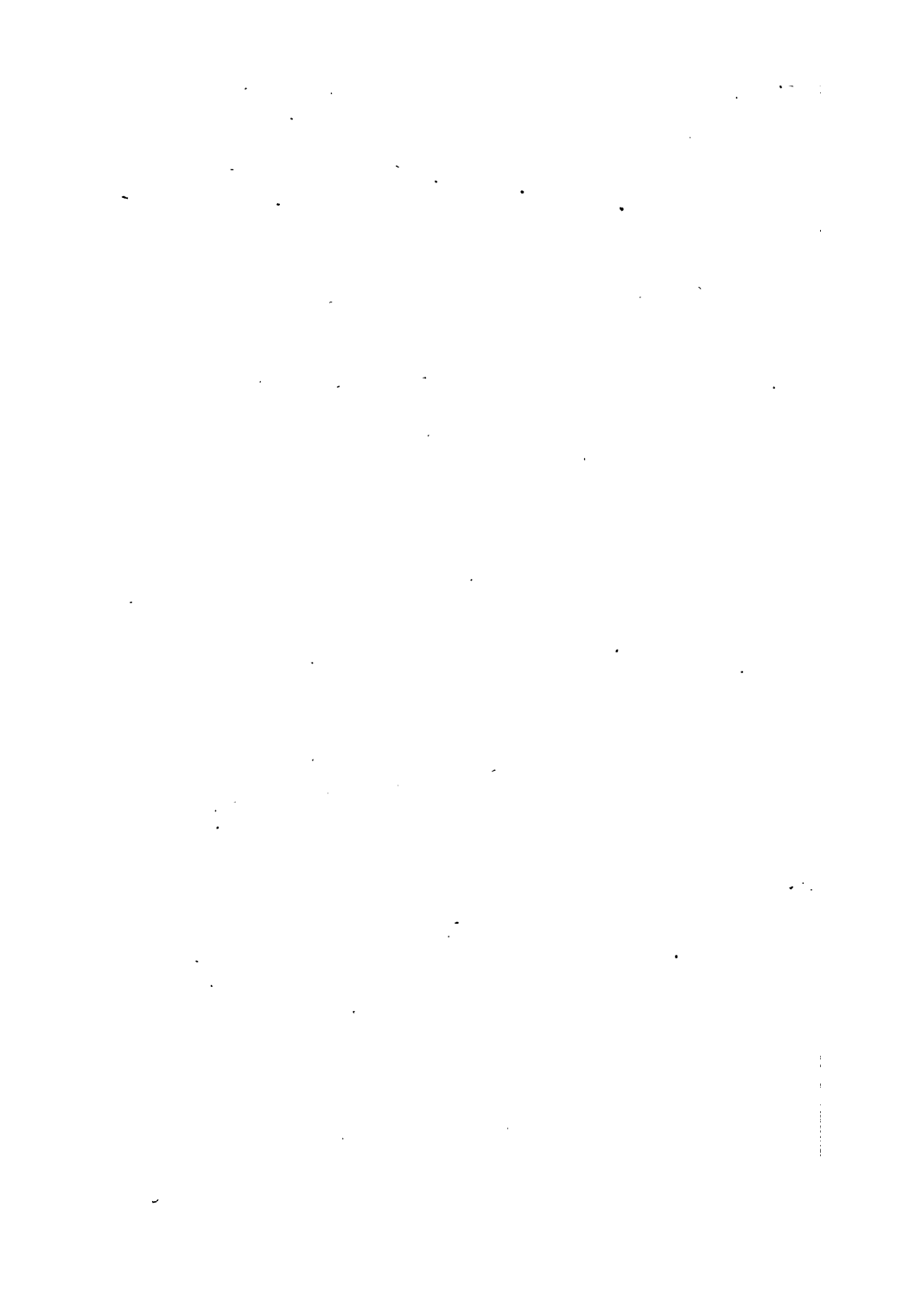
FIN.



## INDICE.

	<u>Páginas.</u>
Prólogo.....	5
Al lector.....	13
El crimen de Malamanic.....	15
Taquia.....	63
El hijo del Tulisan.....	137
La fiesta del palay.....	213





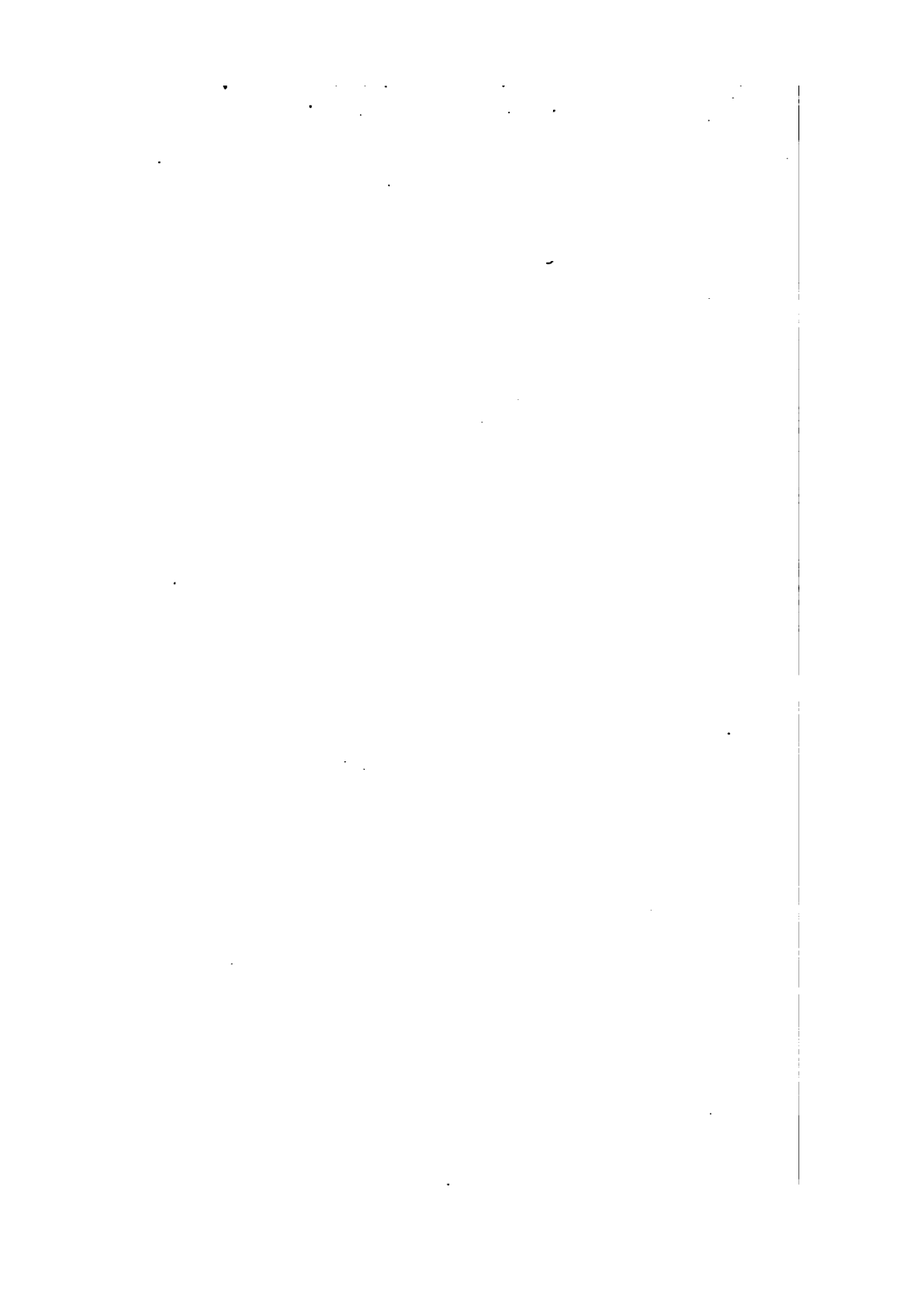
OBRAS DEL MISMO AUTOR.

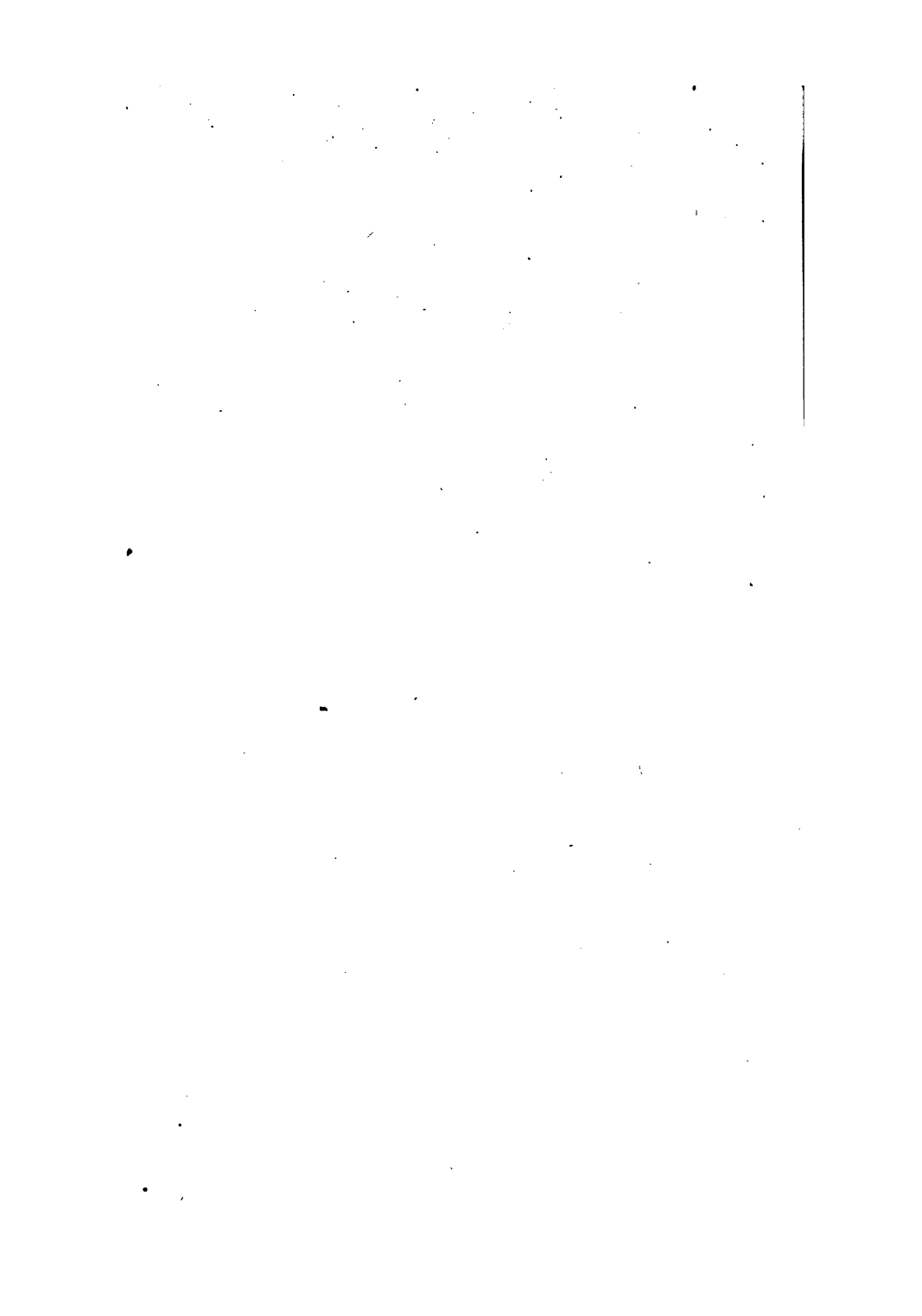
---

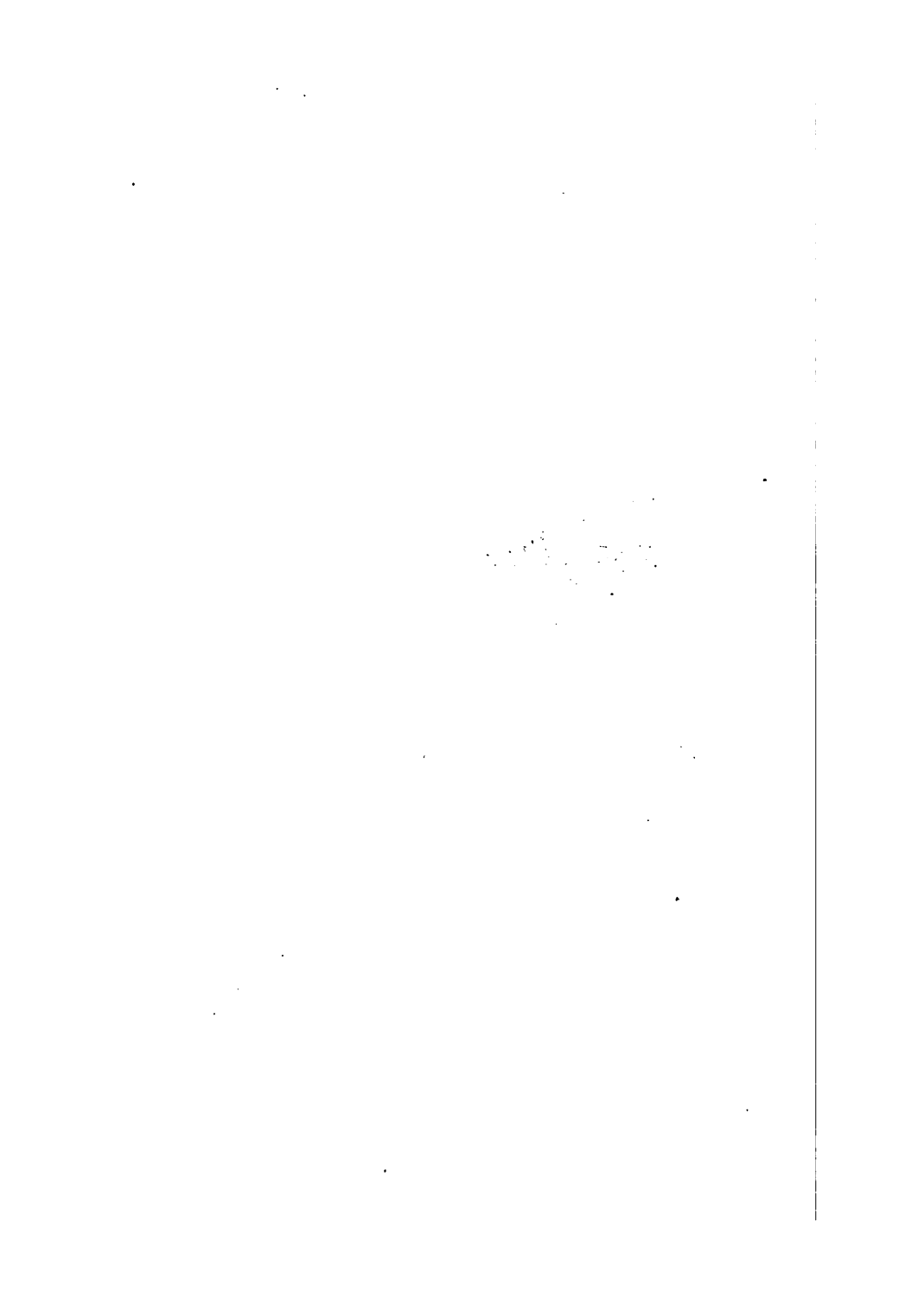
- Poesías.**—Un tomo. (Edición agotada.)
- Lola.**—Idem. (Idem.)
- Un ramo de violetas.**—Idem. (Idem.)
- La profecía.**—Idem. (Idem.)
- Ligeras observaciones sobre *La muerte de César*,**  
tragedia de D. V. de la Vega.—Folleto. (Idem.)
- Observaciones al folleto *Dios*, del Sr. Suñer.**—Folleto.  
(Idem.)
- Filipinas.**—Folleto. (3 reales.)
- Malo y bueno que se ha dicho de las mujeres.**—Un  
tomito. (2.<sup>a</sup> edición.) (4 reales.)
- Malo y bueno que se ha dicho del matrimonio.**—  
Idem. (Idem.)
- Breve noticia por orden cronológico de los sucesos  
más notables acaecidos en España desde el prin-  
cipio del siglo hasta nuestros días.**—Folleto. (3.<sup>a</sup>  
edición.) (2 reales.)
- La gran solución.**—Folleto. (2 reales.)
- 

Los pedidos á la librería de Fé, Carrera  
de San Jerónimo, 2.











A FINE IS INCURRED IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.

496 9056  
LIBRARY  
4 OCT 9 1957  
75H

